

CARTELES



RODOLFO GONZÁLEZ PACHECO

González Pacheco es uno de los libertarios más rebeldes, beligerantes y radicalizados que brotaron en América Latina.

Dinamitero del verbo. Miliciano de *la Idea*, Pacheco escribe con una prosa poética cuyas ráfagas, casi pueden ser declamadas y que nos embrujan desde el primer momento.

Sus “*Carteles*” son retazos de agitación; un sin fin de fragmentos esparcidos que, como semillas, pueden germinar si los hombres y mujeres tienen la voluntad de cambiar la vida y la sociedad y revolucionar la Tierra...

Por la anarquía.

Rodolfo González Pacheco

CARTELES

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Contenido

Aclaración

Cartelerías

De España

Los míos

De Ushuaia

Conferencias

Fragmentos

Biografía

ACLARACIÓN

La presente selección de textos de Rodolfo González Pacheco está extraída de la edición —mucho más extensa, en dos tomos— de 1956, realizada por Editorial Américalée, Buenos Aires. Textos que originalmente Pacheco escribió en las distintas publicaciones anarquistas en las que participó.

CARTELERÍAS

CONTRA LOS CAUDILLOS

No estamos para encauzar a los hombres, amontonándolos a un punto de orientación, de acuerdo con nuestros modos de ver, personales. Esto, que cumple completamente a todos, todos los caudillos, no cumple nunca a los anarquistas. El caudillismo no sólo es malo por lo que concreta a la tiranía, sino que es peor por lo que disuelve, para sumárselo a sí, a los demás, que no tienen personalidad distinta y fuerte contra las sugerencias.

No. Lo que queremos es revelarle a cada uno su propio origen, hacerle luz en todas las caras de su medalla. Y sobre todo, los anarquistas, aparecer consecuentes con la Anarquía. Esto sólo dispone más voluntades para la revolución que cuanto se haga para sumarse los otros a uno; aunque uno sea el Revolucionario.

No hay que creer que los más grandes agitadores del pueblo lo son, lo fueron, por lo que sugestionaron, hasta enceguecerlas, las multitudes. Ésta es una calumnia histórica, como tantas. Lo son, lo fueron, por lo que llevan en sí una doble luz: bajo una se muestran ellos, cabales; con la otra alumbran a los demás, les ponen de manifiesto sus propias fuentes de fuerza. Y extraen, de lo que era pueblo, chusma y masa, hombres de acción, distintos y voluntarios.

Para nosotros cada hombre es un valor real. De él puede extraerse un aporte que servirá, cuando menos, a su vida. Y cuando más – ¡piensen esto los caudillos!– un compañero.

El caudillismo puede ir hasta la revolución. Pero nosotros queremos ir, también, a la Anarquía. Porque somos anarquistas...

LAS BOMBAS (1915)

Tenían un encanto fuerte para nosotros; de abismo y sol. Más que con hierros y fuego, se llenaban con ideas. Eran cráneos que estallaban. Y ése era su encanto trágico.

Decíamos: su móvil es la justicia. Hay que llorar mucho, entonces, antes de matar a nadie. Pues si el que las tira es uno, los que las cargamos somos todos.

Su carga son nuestras penas de sangre, dolor y lágrimas. Por eso estallan así, siempre contra los tiranos: nunca jamás contra el pueblo.

Y el dinamitero era como un hermano mayor. Más aún: como nuestro padre, matando para salvarnos. Gracias a él, y cada tanto, podíamos erguir la frente, ver consternarse al burgués, y ser, por un instante siquiera, temidos y respetados.

¡Ah, sí! Tenían un supremo encanto de abismo y sol. Eran nuestras. Su estallido era el de un cráneo cargado con nuestras penas.

Pero, ahora... Ahora hablamos de las bombas avergonzados. Ya no las carga una angustia, sino una furia. Ya no estallan más tampoco al

paso de los tiranos, sino a los pies de los niños; no son justicieras ya; son criminales, bandidas.

Cualquier bruto uniformado las vuelca desde su máquina sobre una ciudad que duerme, un campo de labradores, o una aldea que canta o reza. Al azar; donde caen, caen.

Estamos avergonzados. Ayer... ¿Ayer?... Todos los días los diarios nos notician las hazañas de los bombardeos burgueses. Las siembran sus aparatos –aviones o zeppelines– desde la altura. Y llueven sobre las gentes la muerte injusta y cobarde; igual que la vida de ellos.

¡Ah, nuestras bombas!... Estamos avergonzados. ¡Avergonzados!

LA IGUALDAD, PONGO POR CASO...

Son muy pocas las razones que nos ofrece esta vida, que puedan determinarnos creyentes de otra mejor, más de acuerdo con los postulados del anarquismo. Donde miremos, lo que triunfa es el engaño, la fuerza bruta, y lo que padece siempre es la verdad, el espíritu de justicia. No precisan grandes sumas de experiencia, ni muchos libros, para probarnos todo esto los escépticos.

Con que nos saquen al sol cualquiera de nuestras debilidades, nos han vencido.

Mas predicar no es dar trigo. Y si lo que se predica es el descorazonamiento, la involuntad creadora, entonces es dar cizaña, más vale. Y cuanto más y mejor nos rindan con esas armas, menos debemos reconocerles el triunfo. Porque éstos sólo los deben a nuestra debilidad; y son tan fáciles.

Fácil es, ¡oh, ya lo creo!, crearle obstáculos al hombre,. Ellos existen a miles, donde se mire, y no hay más que revelárselos, pegarle con ellos en los nudillos, para que suelte su pluma o su hacha de obrero de los ideales. Un poco de genio oblicuo y voluntad atrabiliaria bastan.

Lo difícil es lo otro: ponerle fe de combate en las entrañas, audacia bajo del cráneo y canciones de victoria en la boca. Mas para esto, que es ahora, en este ambiente, como amarse en una tumba, se precisa cierta dosis de un optimismo ancestral, capaz de extraer razones de vida, jugos, hasta de las piedras. Y volverlos hechos flores, frutos nutricios, al hombre.

Es claro que nada, absolutamente, justifica nuestro ideal de igualdad, pongo por caso. Todo es burgués, privilegiado, y lo niega hoy. Y a poco esfuerzo que se haga, nos probará, el menos leído, que no tiene precedentes en la tierra ni en el cielo; que el sentido de la historia le es contrario...

Mas predicar no es dar trigo. Y lo sólo que a nosotros nos corrobora anarquistas, es lo que damos de nosotros mismos, aquello por lo que hacemos vivo el ideal, latente su aspiración, tensa su voluntad engendradora. Por lo que hacemos cada día más compañeros, más iguales unos a otros los hombres.

Todo nos niega, según los libros que leen los que tanto saben. Pero es que ellos leen tan sólo letras burguesas, con ojos aburguesados y tácitos. Por eso...

Otros libros y otros ojos se precisan para leer anarquismo. Y otros valores también, más altos que esos con que nos aburren, hasta rendirnos, los eruditos.

El valor de la igualdad, pongo por caso, que no lo posee ninguno de cuantos por ahí lo niegan.

EL MIEDO

Las condiciones del mundo han movido de posición y de formas los fantasmas que atribulaban a nuestros antepasados. El rayo se caza al aire, ahora, igual que una mariposa. El desierto, el mar, las cumbres, se acercan, se abren, se agachan a nuestro paso.

El torvo esclavo de ayer es hoy un señor fastuoso que arrastra un botín de gloria sobre un planeta rendido, violado en sus napas más remotas. Se crece su voluntad en la medida que se alza sobre la tierra; y ya vuela. Se aguza su inteligencia, de acuerdo con lo que penetra abajo, a arrebatarse a las sirenas sus perlas y a los gnomos sus metales. Y, en fin, se afirma en su genio, abrazando el universo, en menos de lo que tarda en decir: ¡yo quiero!, con un golpe de telégrafo.

Y como estas conquistas son, más no sea moralmente, patrimonio universal, he aquí que hasta los más infelices sentimos sobre los huesos, a modo de espaldarazo, el orgullo de la estirpe. ¡Somos hombres! Es decir, de la familia de aquellos que le dan caza en el aire, igual que a una mariposa, al rayo. Y ante quienes el desierto, los mares y las montañas se acercan, se abren, se agachan...

¡Oh, sí! Las condiciones del mundo se han movido en favor nuestro. Las sombras, viveros de los fantasmas que atribulaban a nuestros antepasados, no existen ya... ¡Ay, pero el miedo es siempre el amo; siempre!

No está más en el fondo de la mar, ni tras de las blandas nubes, ni en las entrañas del suelo, ni en las copas de los montes, no. Ha variado de posición y de forma: está en nosotros ahora. Se llama *cárcel, hogar, mañana...*

Cualquiera de estas palabras, surgidas así, de pronto, ante un hombre de este siglo, asume desproporciones fantasmales. Tira de su integridad con mil manos a la vez. Le manda los huevos a la barriga.

Por eso es tarea tan leve, risueña casi, ésta de los encargados de guardar el privilegio. Con que levanten la voz o pinten en las paredes cualquiera de esos fantasmas, basta para que nuestras nociones de derecho, de libertad, de justicia, vuelen y se desparramen como papeles. ¡Tenemos miedo!

Este señor que pasea el universo, lo clarifica y lo limpia como una casa, ¡tiembla! Este hombrón alza las manos, se arrodilla como un indio, implora a unos monigotes, ya ni siquiera de palo o piedra: ¡de tinta, escritos! ¡Ay, si!

La ley, el hogar, el hambre... Transmutaciones de aquellos viejos fantasmas: el demonio, dios, el rayo... En definitiva, miedo. ¡Siempre el miedo!

COMUNISMO

Toda obra de bien o belleza humana ha nacido de un momento bello o bueno del espíritu. Sus autores han deseado suscitar entre nosotros ideas gentiles o justas. Artesano, artista o sabio, trabajaron para todos y por simpatía a la vida.

Son comunistas.

Lo cierto es que para el hombre no hay más que un móvil central, y los demás son parásitos: proyectar sobre los otros lo mejor suyo. Ni los más sombríos ascetas dejan de querer vivir, como ejemplo o como influencia, dentro de esta sociedad. No importa que, en vez de un canto, sea un anatema el que traigan; es su mensaje; tienen que comunicarlo: comunizarlo.

Nada, al fin, es para uno. Y no existe el creador que se nutra de sí mismo ni del orgullo de su obra. Ha de sacar a la calle sus creaciones, y de lo que allí susciten extraerá el pan de su vida; su real salario.

Y cuanto más grande o noble sea lo que el hombre plante, tanto más se orientará también a más hombres y más mundo. Altos puentes, hondos túneles, alas que unen hemisferios: ¿Qué son? ¿Qué buscan? ¿Qué quieren?...

¡Comunismo y comunismo!

Es un principio moral, fecundo y cálido, entonces, antes que un sistema inerte de economía política. ¡Qué dialéctica, ni un *corno*! Se lleva a él como se llega a una gracia del espíritu: labrando en nuestros instintos hasta el día que nos brote, como a un áspero peñasco un rostro de santa o santo, un nimbo, una luz, un grito de simpatía social.

Y ahora sabemos por qué, en vez de vanidad, es vergüenza lo que nos produce el pan que nos arroja el burgués en pago de nuestras obras. Vergüenza de él y de nosotros; de vender y que nos compre. Para el escritor del pueblo, doble vergüenza.

Así es. Pero que sepan también nuestros mercaderes: ese pan no es el pan nuestro. El nuestro es de otros trigales. Se dora donde tu vida y mi vida, por gentiles o por justas, suscitan amor o compañerismo. Éste es nuestro real salario.

Porque somos comunistas.

POR EL COMUNISMO ANÁRQUICO

La historia del movimiento social en esta república es la historia del comunismo anárquico. Ninguna idea como ésta ha trabajado entre el pueblo tan duramente. Toda sombra de dolor y toda luz de esperanza hay que ir a buscarla a ella. Ella lloró en nuestros llantos, se entreveró en nuestras luchas, resplandeció en nuestras bombas.

¡El comunismo anárquico!... Han paseado sobre el pueblo muchos símbolos guerreros, muchas banderas en alto: blancas, amarillas, rojas; católicas, socialistas y bolcheviques ahora. Están todavía paseando... Pero ¿qué tienen?...

Mejor dicho: ¿qué NO tienen, que más que insignias de lucha, parecen papeles vanos que un viento trae y otro lleva?... No tienen peso de ideas; les falta tinta de ideal, desgarrones de entreveros, humos, en fin, de grandeza.

Les falta lo que nosotros tenemos con el comunismo anárquico: tradición y porvenir. Una madre, a la que le mataron su hombre, alzando por sobre sí, brindando al sol de la vida su hijo desnudo, podría simbolizarlo: negra de pena ella, su chico rojo de luz. ¡Nuestra bandera es roja y negra!

¡Ah, compañeros! Yo levanto mis palabras por arriba de los mares y pregunto a todos los deportados: ¿por qué os echaron de aquí? – ¡Por el comunismo anárquico!... Yo me bajo hasta la tumba donde se pudren los huesos de los hombres y los niños que masacró la cosaquería argentina, e interrogo sus despojos: ¿Por qué, por qué os masacraron, siendo que erais buenos, útiles y bellos? – ¡Por el comunismo anárquico!... Y yo, señor, finalmente, me allego hasta las murallas de las prisiones y clamo: ¡Eh, hermano preso! ¿hay por ahí algún obrero huelguista?... Al pronto nadie responde, pero yo siento que una mano dura y firme escribe un grito en la piedra: ¡Viva el comunismo anárquico!

Así es, aunque no lo queráis vosotros, repartidores de papelitos blancos, amarillos, rojos; católicos, socialistas y bolcheviques ahora. Aquí las cosas están para el comunismo anárquico. Porque él lloró en nuestros llantos, se enteveró en nuestras luchas, resplandeció en nuestras bombas, y porque tiene más grandeza él solo que todos vuestros ideales juntos.

EL DICTADOR

El triunfo de este animal consiste en no permitir que se le discuta. Es, lo que es, por sus cabales. Barbariza porque puede, manda porque tiene fuerza, pega porque los otros son flojos. Y en esta zona moral, que oscila desde el matonismo raso hasta la imbecilidad cascabeleante, se identifican hermanos el dictador del soviét con el del gremio y el del imperio. Son cachorros de una misma lechigada.

Mas he aquí que donde un anarquista se alza hay siempre un dictador venido al suelo. Es matemático. Una palabra que diga, y el andamiaje de hierro se desarticula y cae. Por ello, instintivamente, a lo primero que atinan los dictadores es a que aquél les deje y se calle.

Pero esto no puede ser, compañeros. El mundo sube por horas hacia un plano de claridad y cultura. Todos queremos saber, explicarnos, ser conscientes. Los anarquistas no habían de quedar abajo en esta alzada de la vida hacia la luz. Y hablan, razonan, dan sus ideas también.

Sus ideas... ¡Cómo las temen algunos! Y el dictador más que nadie; se fortifica contra ellas hasta en la piel de los dientes, y no se da, ni con eso, por seguro. Y es valeroso y osado y fuerte, por lo común.

Sería capaz de rendir un toro de un puñetazo, de atropellar un ejército con el pecho descubierto, de recoger en su pañuelo una bomba con la mecha ardiendo. Pero –¡por favor, caramba!– que no le vengan con cosas de discurrir o explicar. Es superior a todo su coraje eso.

Él es un tipo de acción, nacido para poner en orden cuanto hay revuelto. Por vaya a saber qué divinas sendas, a él le bajó la inspiración de organizar, y organiza. Y usted, en lugar de andar por ahí, charlando, lo que ha de hacer es entregarle la vida para que él se la arregle en dos patadas.

Por otra parte, ¿qué quieren?... ¿No lo ha dicho él ya mil veces?... Su mandato es transitorio: un sacrificio del que él es el primero en querer librarse. Pero, antes, dejen que triunfe la huelga, o la burguesía se doble, o el Estado se le entregue. Ya están al caer. ¡No le estorben!

Sin embargo, esto es histórico: a todos los dictadores hubo que sacarlos a puntapiés, a garrotazos o a tiros de sobre su dictadura. No quieren largar más una vez que agarran. Siempre les falta un detalle, un toque de luz de genio –¡eh! ¡oh! ¡ah!– en su monumental obra.

El dictador es un pesimista de la libertad ajena. No la comprende más que a través de su libertinaje. No cree –¡qué va a creer, si él no es romántico, ni tonto, ni retardado!– que ella podría curar hasta de su locura a los locos.

Y así es, poco más o menos –o más que menos– este animal por dentro. Por fuera es su animalada: la dictadura que impone. Negra o blanca o roja.

LAS MEDIAS ALMAS

El bien o el mal, pero entero, puesto en la tierra como un huevo: esto es lo único que puede tomarse en cuenta. De diletantes y medias almas la vida no hace memoria. En cambio, cuando un hombre se da todo, en un lamento o una obra, parece que hasta las piedras quisieran hacerle un nido en su entraña.

No la mitad de la cosa, no; toda la cosa han de entregar quienes quieran que los otros se les apareen o se les acoplen. Amor, amistad, compañerismo: ¿quién suscita esto sino los grandes amantes, amigos fieles y compañeros en toda la línea?... Y así en los demás órdenes.

—Déseme entera, mi doña— le dice el gaucho a su moza. Sabe él que las medias vírgenes resultan, a fin de cuentas, más deslomadas que las hembras fáciles. Con este agravante encima: que son todavía más tristes; porque el pecado que se realiza pesa mucho menos que el que se cavila.

Medias almas, medios hombres, son todos los socialistas. De entre ellos, el más varón —Lenin, pongo por ejemplo— no podría decirse, ni en secreto, lo que Bonafoux gritaba a los cuatro vientos: —“¡Ay, señor mío, qué pena que yo no pueda servir a los sinvergüenzas!”— Y era

verdad: no podía. Pero podía batirlos, reírse de ellos, hacerlos llorar de rabia, de dolor o de ridículo.

Los socialistas –yo no voy a calumniarlos– no sirven a los burgueses; son sus clásicos rivales. Pero tampoco –no voy a comprometerlos– les sirven a los obreros: son sus eternos estorbos. Ni éstos ni aquéllos pueden gemir o alegrarse por sus obras. Están justamente al medio, donde no sirven ni a dios ni al diablo.

Todos los días trae el cable esta noticia de alguna parte: “Durante el motín de hambrientos, la comuna socialista, o el soviet, o el sindicato, o el comisario del pueblo, se incautó de las cosas de comer y las puso a la venta por la mitad de su precio. La medida fue eficaz; ya reina el orden”.

Medios hombres; medias almas... Revientan a los burgueses vendiendo a dos lo que ellos tasaron cuatro. Y revientan a los pobres; les revientan en las yemas o en la base sus impulsos combativos y de reivindicación.

¡Semirrevolucionarios!

Hay que entregar, devolver: no regatear ni bajar los precios. – Déseme toda, mi doña, No sea tan... ¡zorra!

¡SALUD Y R. S.! (1919)

La pampa, que hoy han cargado de alambres como cadenas, los ricos, fue una vez libre. La cruzaban los paisanos macerando con los cascos de sus potros los trebolares. Iban, igual que las aves de selva a selva, por ancha vía sin obstáculos, de pago a pago. Como el cielo ahora, ella estaba abierta entonces a la canción y a la audacia. Era una tierra gaucha.

Pero surgió el propietario. El hierro de los machetes milicos y el palo del crucifijo católico se trocaron en postes y rejas sobre la pampa. Y fue dividida en celdas la cancha inmensa, y tuvo capataces como un ingenio y portones y ordenanzas como una fábrica... El gaucho ganó la selva o la sierra; se hizo matrero.

Y es desde entonces ahora que, cada vez que dos de ellos se topan en un camino, o se apean bajo de un tala, o se guarecen de la intemperie en un puente, primero se ofrecen mutuos servicios, dividen caña y tabaco y exaltan las excelencias de sus caballos; pero al irse, al separarse, siempre, siempre, dejan caer, sobre el lacre oscuro y cálido de sus dos manos unidas, esta juramentación de cuño gaucho: “¡Güena salú y mal istinto!”

Sí, sí. Buena salud para sobrellevar la mala vida; mal instinto para vencer, aunque sea a traición, el destino fiero. A ese precio pueden seguir siendo gauchos todavía; gauchos libres sobre una pampa esclava...

Y bueno. Los anarquistas no vamos para la selva o la sierra, hacia el desierto; venimos a la ciudad y a los hombres, hacia el pueblo. Traemos algo que no podríamos dejar de sembrar en él: el ideal de un mundo abierto, en el cual vayamos todos por ancha vía sin obstáculos como las aves del cielo.

Desde que esta idea surgió empezaron a cruzarse en todas las direcciones nuevas palabras también. Tenían, como aquéllas gauchas, algo de juramentación, de consigna, de santo y seña. Decían: ¡Salud y R. S.!

Sí, sí. Salud para resistir prisiones, transitar la tierra esclava, descender a la miseria y subir al sacrificio. R. S. para llegar al comunismo anarquista. ¡Salud y Revolución socia!, querían decir.

Y tiritando en Siberia, el mártir volvió los ojos al sol, a la libertad, al pueblo y dijo: ¡Salud y R. S.! Y dando la espalda al vicio, aclarado en su destino, el trabajador leyó en la primera página de su periódico: ¡Salud y R. S.! Y enflaquecido de fiebre, loco de amor y justicia, el héroe hizo volar un tirano y subió a la horca o al tajo, gritando: ¡Salud y R. S.!

Y Kropotkin desde Londres, entre las brumas, y Malatesta en Italia, bajo los cielos sonoros, y Pedro Gori en la mar, sobre las crestas azules —los sabios, los fuertes y los poetas—, escribían, blasfemaban y hacían rimar sus estrofas: ¡Salud y R. S.! Y el rebelde en la prisión, el

herido desde el lecho y el deportado desde el destierro, a la amiga y al amigo, a la madre y a la novia, sobre la masa de afectos que les enviaban, como sobre un tierno lacre, esculpían: ¡Salud y R. S.!

¡Salud y R. S.!

Y hoy que se alza sobre el mundo el sol de la libertad, compañeros proletarios, como nunca, como siempre, gitemos: ¡Salud y R. S.! Sí, sí. Salud para resistir el último encontronazo con los tiranos y Revolución social para implantar en la tierra nuestro comunismo anárquico. ¡¡Salud y R. S.!!

REVOLUCIÓN SOCIAL

¡No hay paz, no hay paz! Esperarla de los amos es como esperar un beso de la boca de un cañón, una fruta de la vaina de una espada: ahí no hay más que hierro y plomo. Fuerza que debe contrarrestarse con fuerza.

Mirad sus instituciones: están cercadas, como trincheras, de un alambrado de púas que viborea en las lomas o se hunde como un azote en los valles. Detrás de ellas, los corajudos burgueses se hacen fuertes. Una espesa nube cálida cubre sus ojos; es inútil, infantil, acercarse en son de paz, con bandera blanca; ellos lo ven todo rojo, teñido en la convicción de su prepotencia.

¡No hay paz, no hay paz! Mirad al pueblo: los hogares de los, pobres parecen tablas en un naufragio; pero no todos los náufragos lloran acobardados. Alguien entre ellos vigila, escucha y espera... Su oído, su corazón y sus nervios se abren, se estiran a recoger, sobre todos los tumultos, uno, bajo todos los silencios, algo... ¡Un indicio, una seña, un grito, y saltará al abordaje, al entrevero, a la lucha, un padre, una madre, un niño!

Y vagando por las vías, encerrados en las cárceles, sumidos en las más tristes miserias, los malos, los peores, los desechados de amor,

de bien y de ensueños, comulgan todavía un credo. Sus labios secos de fiebre, hinchados de maldiciones o macerados de alcohol, se mueven, tiemblan y sangran como llagas; rezan. –¡Creo! Creo que hay una sola cosa capaz de regenerarme. Ella será como un volcán en mi vida; echará fuera de mí el pus, la ceniza, el lodo; surgiré limpio, fecundo, sano. ¡Creo!

¿Qué es esto?... ¡No es la paz, no, no es la paz! La humanidad de la Tierra y de los siglos se ha contraído en un espasmo de alumbramiento. Se huele el grito que viene y se oye el dolor que crece. ¡Es la Revolución social!

EL FRENTE ÚNICO

Hace mucho, tanto tiempo, que deseamos todos esto: una acción conjunta y única... El pueblo, la masa mayor, inmensa, contra esta minoría de todo el mundo y de siempre: los burgueses... El aliento de miles, millones de hombres, de herreros, batiendo en un solo fierro, a una sola voz... ¡Sería la Revolución, la Social, pues!

Para los comunistas anárquicos, éste y no otro fue el fin de todas sus luchas.

¿Quién se atreve a negarlo ahora?... Son sus ideas, los peñascos de sus cumbres, los que al caer en la corriente del pueblo le han hecho alcanzar el nivel que hoy tiene. Su acción, su acero y su bomba, y esta confianza de locos en el porvenir del Hombre, es lo que ha herido a los amos, fundado la nueva sociología y empujado más allá de la casta, de la patria y de la clase, el anhelo de redención proletaria. ¿Quién lo niega?

¡Queremos un frente único! Todos los pobres –no sólo trabajadores, sino también vagabundos, presidiarios y haraganes: ¡todos!– contra este solo maldito mal: el Estado. ¡Así se hará, o no se hará jamás nunca, la Revolución Social!

Pero, ¿es de esto que ahora se habla?... Caudillos de sindicatos, electos al parlamento, *nonnatos* de comisarios del pueblo, decirlo claro: ¿es esto lo que soñáis?... ¿Queréis un proletariado unido contra el burgués, pero autónomo en su acción y libre en su iniciativa; o, simplemente, un frente de ejército único de cuyo seríais vosotros los generales, los capitanes, los instructores?...

¡Oh, la, la!... Como otras veces, igual que siempre que hablasteis de unificar las fuerzas trabajadoras, lo que queréis es un bloque contra la idea libertaria, contra el principio de negación del Estado, ¡contra nosotros, vaya!... Confesad que es la Anarquía el clavo que os hinca el culo y del que pensáis libraros levantando una muralla de pechos de proletarios entre vuestras nalgas y nuestra punta...

Para eso os amontonáis, mugiendo y graznando, gansos de los capitolios bolcheviques y bueyes de los pesebres del sindicato... ¡Sí, sí! Ante el rayo de este verbo que alumbra el escenario social y desata ideales de independencia entre el pueblo, hacéis lo que hacen las bestias cuando truena y cuando llueve: ¡ponéis las ancas!... Y a eso le llamáis frente único... ¡A las culatas vuestras!

NIDOS DE BOMBAS

No hay novedad en el mundo. Dios sigue en las alturas y el diablo en los abismos. Cualquiera de ellos que se asomara a la Tierra, no podría menos que volverse bostezando: –¡Ta, ta, ta; siempre la misma música!...

Y así es, en la superficie. Somos no más que ediciones nuevas de libros viejos: hombres, hombres siempre. Sueños y angustias nuestros: ¿qué? ¿No fueron soñados antes, gemidas miles, millones de veces?... Remontes hacia lo empíreo, descensos a los infiernos, el cantar de los cantares y el clamor de los clamores, la rebelión de Espartaco y la renuncia de Cristo: ¿qué?... ¿No está todo en el mismo arco del destino sonando en la misma caja de la vida?

Sí, sí, sí. No hay novedad en el mundo. Pero hay extensión, siembra a voleo, desborde de los torrentes a las llanuras. Eso se ve, si no se mira, a los hombres, como a libros por las tapas, sino como a almas, a sus ideas; no a su carne, que es un triste garabato sobre la Tierra, sino al espíritu que fluye de ella y llena abismos, azota montes, registra el llano, como un gran viento que llevara a todas artes una misma semilla de fuego: ¡la inquietud, la angustia, la rebelión!

Hay novedad en el mundo. El ideal se une con la fiereza, la voluntad se abraza con el ensueño. Job, el de las lamentaciones, canta, y Espartaco, el de la acción, medita. Entráis al cuarto del pobre y halláis, bajo su jergón, su libro, y bajo su libro: ¿qué?... ¿Un collar de amuletos, una estampa de Cristo, un frasco de aguardiente?... ¡No, pues; no! Halláis un nido de bombas.

¡Eh, tiranos! ¿Qué hombre nuevo se alza en vuestro esclavo viejo?...

Toneladas de cartuchos bajo toneladas de literatura recogen diariamente los policías vuestros. Garras y alas, canciones y blasfemias, abrazadas, confundidas, juramentadas para este solo destino: ¡vivir libres o morir peleando!

¡Eh, dios! ¡Eh, diablo! ¿Hay, o no hay, novedades en la Tierra?... ¡Asomaos a ver esto!

JUECES

Con el pie sobre el cuello de la víctima, el juez ya no ve sino sangre ni siente otra cosa que odio. Es una bestia confiada en su impunidad, y convencida, también, que eso la honra y la talla, la saca por arriba de los hombres como a algo grande, sereno y respetable... Sería curioso saber en qué abismante locura funda su creencia de ser superior al criminal que condena; con qué se lava las manos para no manchar a sus hijos después que mata; dónde pone la conciencia para dormir; cómo resiste, en fin, la tentación de ahorcarse.

En el fondo, todos los tribunales son lo mismo; todos los jueces. Y no variarán de esencias si, en vez de la burguesía, salen del pueblo. Sea de hierro o de cristal el frasco, el líquido autoridad hiede y envenena igual, si se le destapa y se le esparce. El poder de sentenciar: ¡ése es el crimen!

No hay derecho a matar nunca. Aunque hay, sí, el deber, a veces, de llenarse de dolor, cegar de luz y estallar de justicia. Pero esto es una defensa, no un crimen. Acto de héroe, no de bestias.

Entre los jueces del mundo, ningunos tan bárbaramente cínicos como los de Norte América. Éstos unen el fondo a la forma: su odio se abraza con su fiereza; su ceguera con su locura. Y así dan esas

sentencias que quedan luego en la historia como obras maestras de infamia, como espectáculos que se recuerdan siempre con angustia y asco. El ahorcamiento de nuestros compañeros en Chicago, por ejemplo.

No menos bestial que aquél es el fallo recaído ahora contra Vanzetti y Sacco.

Y con no menos cinismo seguirán sus juzgadores viviendo, aunque, después de cumplida la sentencia, la revisión del proceso pruebe que eran inocentes. Ni tuvieron piedad ni tendrán remordimiento.

Compañeros: Contra el derecho a matar de todos los jueces, alcemos nuestro deber de llenarnos de dolor, cegar de luz y estallar de justicia. ¡Contra la ley, la bomba!

EL CIUDADANO

Va entrando a la hora de su auge este animal doméstico, buen levantador de piezas sobre las que se descarga la escopeta del político. Porque el elector es eso: perro atraillado que se suelta tras la pista del puesto público, la canonjía oficial, el faisán o la perdiz, de cuyos él no conoce sino el volido y los huevos mondos... Sí que es bestia el ciudadano libre.

Y ya se acerca su día. De los sectores patricios empiezan a partir órdenes a capataces y mayordomos: cuidar los perros, gritarles a las orejas las fórmulas de combate, que las aprendan mejor que sus propios nombres. Y embravecerles, también, poniendo un poco de pólvora en su bazofia, de alcohol en sus aguas sucias.

Y el ciudadano bravea en su cubil o su cadena. Gruñe, ladra, muerde el viento. ¿Hay algo más importante que él sobre la tierra?... ¿Qué ha de haber, si de él depende —de la hediondez de su bofe y las babas de sus fauces— la felicidad de todos los habitantes de la república! ¿No hace él la ley y el gobierno?

¿Entonces?...

Y pavonea su estampa de hurón en traílla. Si lo sueltan, corre a gritar a las plazas, los comités y los teatros. Se aturde sin comprender y loquea sin destellos.

!Sí que es bestia!

Delegar el poder es perderlo, decía Reclus... ¡Oh, perdón! Es más aún: es ser perro de la libertad ajena, del derecho de los otros, de la belleza que duerme o vela en la selva o en el monte. Es una inmoralidad y una barbarie, delegar el poder.

Sí, sí, pálidos u oscuros seres que desde la guardilla o la mina, encorvados sobre el surco o sobre el bloque, empapáis de claridades la tierra: es sólo contra vosotros que se organizan y se llevan adelante estas cacerías de votos. Tiran a vuestros ensueños de libertad los políticos, a vuestro esfuerzo fecundo los, haraganes, a vuestra vida: en total los cazadores burgueses. Y los “ciudadanos libres” no son más que sus jaurías, sus animales domésticos.

BANDOLERÍAS

Sin duda que hay una alarma de simples competidores entre el gobierno y quienes le desconocen y operan contra su ley y su orden. Parecería que teme que le arruinen el negocio, que prosperen y levanten frente a él una tienda similar en bandolerías; de tal modo se apresura a blindarse hasta en la piel de los dientes y a hacer gritar a su prensa todo el registro de sus fulminaciones. Cualquier castigo, reacción, escarmiento, le parece poco. ¡Bandoleros, bandoleros!

Pero yo sudo en mis surcos de la mañana a la noche, sueño sobre mis carillas años tras años, crío mis hijos, los alzo de sus pañales hasta que me pasan en estatura; trabajo, trabajo... Y un día llegan la leva o el recaudador o el juez, patean mi puerta y me lo quitan todo: la libertad de escribir cosas que no les convienen, el mejor nutrido grano de mi cosecha y hasta el muchacho que he criado y que es como un brazo nuevo en mi cuerpo viejo. Necesitan mi silencio, el producto de mi esfuerzo, la carne moza, el retoño nacido al pie de mi vida. Y hay que dárselo, no más, pues si protesto o me niego me llevan a mí también, me arrancarán como a un árbol de raíz para hacerme secar en sus calabozos.

¡Bandoleros, bandoleros!

¿Hacen más los que, al decir de los diarios, en Santa Cruz y el Chaco, asaltan las estancias y los comercios, comen, beben y se llevan camiones y caballadas?

Hacen menos. Protestamos que ésa es una competencia de minoristas frente a las bandolerías en gran escala y de todo el ramo que realizan los gobiernos. Los dueños legales de eso ni sudaron en los surcos, ni soñaron libertad, ni hicieron más que apropiarse lo que pertenece a todos. Eran sólo propietarios, bandoleros protegidos por la ley, hijos donde otros son entenados.

Digámoslo de una vez: bandolero es ser patrón, presidente de república, diputado o general. Esas sí que son bandolerías de órdago. Las otras, ¡bah!...

Estamos con toda el alma con esos bravos muchachos que bandolerean al Sur y al Norte, en las selvas y en las pampas. Si bajaran hasta aquí, ahora que empiezan las campañas electoras, los harían candidatos de algo. Seguro, no saldrían nada, como no saldrán de pobres bandolereando; pero gritarían tanto burgueses y socialistas competidores. Y, si salieran, paciencia; peor para ellos.

Serían gobierno, entonces. ¡En vez de bandoleros, bandolerazos!

LOS REYES MAGOS

Hay una serie de farsas que lo barajan al hombre no bien nacido, y que no lo sueltan más, hasta que muere. Crecen con él, se lo pasan de la mano, y no lo dejan sino en la boca del hoyo. Y ahí todavía, y en honor de sus “sagrados despojos”, le hacen la última, letanía o discurso; la fantochada póstuma.

“Los reyes magos” es una de éstas, pero no la primera ni la segunda. Antes están la cigüeña, el coco, Dios. Después, la patria, la ley, las jerarquías sociales... Con un solo embuste de éstos, bien remachado, tenemos un embustero, tan malo de la cabeza, como bueno de la voz o de la pluma; un disco o un loro.

Asusta oír cierta gente cuando se larga, sin control ni prevenciones, a decir lo que es para ella la noble verdad desnuda. Es un descarte que tira de espaldas.

¡Cuánta inocencia! Pero no de esa inefable y porosa de los niños, como un terrón que todo lo germina; no. De la otra, torpe y grotesca; de zanguangos que no han podido pasar de los primeros palotes.

Como al alcohol y al veneno, igual se acostumbra el hombre a asimilar la mentira. Y una vez hecho su estómago, traga ya, sin morir de asco, hasta un escuerzo. Y lo digiere y deyecta para que lo traguen otros.

De estas deyecciones tuyas son también “los reyes magos”. Y hoy es el día que los chicos, después de soñar con ellos, se despiertan como flores que esperaran un cortejo de mariposas. Esperan esos juguetes que sus calzonudos padres les han mentido que les trajeron aquéllos... Y, si lo creen, ya son tontos; y si no lo creen, y se hacen, ya son unos mentirosos.

¿Decís que luego, o mañana, no se acordarán más de esto?... No sé. Pero sé otra cosa: que ahí comienza la mentira, el escamoteo alevoso de la verdad que, sea sapo o estrella, es más poética que cualquier leyenda de dioses o hadas.

Sobre esa primera farsa se amontonarán las otras, como en una corola las orugas puercas: la patria, el amo, la ley; toda la serie, y a cual más idiota. Y así hasta el hoyo.

UN CANÍBAL

Hoy hay muy pocos capitalistas de hombres; quiero decir que posean una cantidad de éstos, de cuyas vidas sean amos, como de las de un rebaño. Es casi un sueño creer que al pisar en los Estados de un Gran Kan, o de un príncipe rabudo, éstos nos harán saltar, como corchos de los frascos de un buen vino, unas cuantas cabezas de esclavos para honrarnos. Ya no hay más potentados de esta clase. Nadie tiene ahora un cautivo para darnos; para hacerlo andar al trote hasta el matadero próximo y satisfacer allí nuestros deseos de crueldad y de sangre.

El primero y el más fuerte capitalista de hombres ha sido el jefe caníbal que poseía un rebaño para su mesa. “Ve –decía él– y prepárame el almuerzo”. Y el salvaje iba y le asaba, entre dos piedras ardientes, un prisionero vivo. Pero este rico fue empobrecido hace mucho. Los últimos que quedaban eran los rumbosos reyes del Dahomey y los Anchastis, que poseían los súbditos al solo fin de darse degollaciones de homenaje. Fueron depuestos por Inglaterra y por Francia. Y parecía no haber más...

¡Pero había! Teníamos uno aquí mismo. Un caníbal con el poder de ultimar hasta 1.600 hombres de una sentada. (Justo el doble de lo

que, el más glotón antropófago, tenía por toda su vida; pues que, a lo sumo, su haber era de 800)

¿Quién posee tal riqueza, constituida por el dolor y la sangre, los sudores y los fríos de la agonía de tantos seres humanos?... ¡Llor a la patria argentina! Un solo capitalista en la redondez del mundo: ¡el Teniente Coronel Héctor Varela!

Él convirtió Santa Cruz en un país dohemeyano. Lo que cazaba era suyo. No había más que acercársele y apartar de sus cautivos huelguistas los que de ellos se deseara, y sin temor a pasarse en cuanto al número. “Vayan –decía–, diviertan a este señor”. Y sus soldaditos iban; iban a volar las vidas de los obreros como corchos de los frascos de un buen vino. Y así es como ahora cuenta en su haber hasta 1.600 fusilamientos...

Y tanta gloria debía tener su contra... Se habla de elevar allá, sobre las tierras del sur, que sé yo qué monumento a “sus” pacificadores. ¡Injusticia! Corazón y cerebro y voluntad de esa patriótica hazaña, fue él solito. ¡Solito él! Él, el que emuló, doblándolos, a los más rumbosos capitalistas de hombres. Él. Sólo él: Héctor Varela. ¡El caníbal!

EL PROGRAMA

Esto parece endémico. Cada vez que nuestras cosas prometen un desarrollo más amplio, se aprestan a entrar a actuar en más vasta escala, de los labios de los propios compañeros se nos viene esta solicitud angustiosa: ¡Un programa! ¡Den un programa al pueblo!

Confesamos que antes de ahora ello nos tomaba de sorpresa. Con las muñecas calientes de machacar en un solo punto durante años, sin ojos para otro objeto que la tarea, llenos los corazones de un entusiasmo loco, pequeños, es la verdad, pequeñitos ante la mole que habíamos atacado y que veíamos, sin embargo, caer deshecha por momentos, abriarnos paso hacia otra, esa palabra –¡el programa!– nos paralizaba en seco. Era un balde de agua.

Porque es humano. Quien se cierra para una dada labor y enfila todas sus fuerzas a un determinado fin, pierde o inhibe, al menos temporariamente, muchas otras facultades que cree él que, para la causa a que se dio y en la que está prendido, son secundarias. Así el que apunta, no oye; el que oye bien, ve poco; el que camina mirando al cielo, casi siempre tropieza en la tierra...

Estábamos trabajando por el comunismo anárquico. Y ¡el programa! nos volvía a una realidad que de primera intención no alcanzábamos a oír, a ver, a abarcar.

¿Cómo?... ¿Qué?... No entendemos, compañeros.

Tal fue cuando el centenario: éramos ochenta mil hombres en la Avenida, listos a todo, y nos disolvieron; no los patriotas, no, sino aquellos propios nuestros que gritaban angustiados: ¿Dónde van sin un programa? ¡El programa!

Y cuando el auge bolchevique, con todo el proletariado de pie, esperando la voz que lo llamara a la lucha, nos pasó igual: nos ofrecieron para redactar un diario —el que fue luego “Bandera Roja”—, y no pudo ser tampoco, porque Antillí no sabía de qué le hablaban cuando le pedían un programa... ¡El programa! Y ahora, ¿qué es lo que salen diciendo de nuestro primer congreso algunos compañeritos? Que ha sido un fracaso, puesto que no ha elaborado ningún programa... ¡El programa!

¡Diablo con el programa! Nos ha dado tantos sustos que hemos terminado por detenernos a ver qué es él, seriamente. Estamos al cabo. El programa que nos piden a nosotros, primero con buenos modos, después a gritos, es... ¡el de ellos!

Y lo más curioso aún es que ya lo tienen concluido, listo, cuando vienen a clamarnos: ¡El programa! ¡Den el programa!

Sí, lo tienen. Lo tenían cuando el centenario, cuando la revolución de Rusia y hasta cuando la asamblea del mes pasado. Un programa que no era, precisamente, de libertad, de actuación franca y derecha

del comunismo. Un programa que es la muerte de la libre iniciativa, la entrega en las manos suyas de lo que los anarquistas hemos trabajado durante tan largos años en el país: ¡la Anarquía!

¡No puede ser! ¡No nos asustan más! Volvemos a nuestras fiebres, a hervir como marmitas de bronce sobre las trébedes rojas de nuestros músculos, y a repartir a jarros la propaganda. Y el día que nuestras cosas prometan un desarrollo más amplio, actúen en más vasta escala, llegue la Revolución, en fin, entonces, ¡oh, compañeros!, sólo un programa queremos: hervir aún más, hervir hasta quedarnos sin gota, hervir hasta volarnos de nuestras trébedes hechos campanas. Y astillarnos y rompernos llamando al pueblo a la libertad. Ese es nuestro programa. ¡El gran programa!

“CAMISAS NEGRAS”

No bien llegado al poder, tras una revolución, el general Huertas, de México, llamó ante él a todos los opositores –caudillos, periodistas, diputados–, y les dijo: “Caballeros: hasta hoy el gobierno les ha dado pan o palos, según que se sometían o se rebelaban. Conmigo se acabó el pan”...

He aquí, pues, un precursor de Mussolini, un “camisa negra” americano. Lo recuerdo con la secreta esperanza de que se le haga justicia; de que, a lo menos, su nombre, ya que no su cuerpo de orangután, ha tiempo disuelto en lodo o betún, vibre o brille junto a esa constelación cesárea que alumbra ahora el escenario italiano. Es justo y es oportuno.

–Caballeros: esta cámara puede durar dos días, o dos meses, o dos años; ello depende de cómo os comportéis frente a mi gobierno. Pero, de todos modos, no os hagáis ilusiones: estáis vencidos, y no tenéis más derecho que los deberes que yo os imponga. –Esto ha dicho Mussolini al Parlamento.

Ha dicho más, que no le reproducimos, porque ello es, precisamente, la parte floja, la grieta de decadencia del espíritu sintético y contundente de Huertas.

Farolerías tenorinas. Lo esencial, lo virtual, lo medular está todo en lo transcripto y, compendiándolo un poco, cabe bien en aquella frase histórica: conmigo se acabó el pan.

¡Se acabó el pan!... ¿Comprendéis la alarma de socialistas, republicanos, católicos y los demás tiburones jefes de tiburoncitos?... ¡Se acabó el pan!...

Turatti se pasa a Bélgica, el fraile Sturzo renuncia a la política, Nitti se larga a América... ¡Se acabó el pan!... *¡Accidente!*

Sin embargo, no es para tanto tampoco. Pan y palo, y palo y pan son la diástole y la sístole del gobierno. Diputados, periodistas y caudillos, por más opositores que sean, recibirán siempre su porción de unos y otros. Dulce y amargo. Cinco y cinco. Como cinco de yerba y cinco de azúcar.

¡Ay, si! El palo, el palo seco, el palo toda la vida, sólo lo recibe el pueblo. Él, a favor y en honor de quien, a creerle a los dictadores, se hacen esta clase de revoluciones. Fue así en México, con Huertas; así es con Lenin, en Rusia, y lo será así también con Mussolini, en Italia. ¿Por qué ha de ser de otro modo?...

Ese italiano camisa negra no va a ser más que el ruso camisa roja, ni el mexicano camisa sucia. Será el Poder. El Poder, cuya esencia no varía, sino en su apariencia física, con las encarnaciones que sufre. El Poder, que tiene, tuvo y tendrá sólo una cosa que darle a los descamisados: ¡palo; más palo; palo siempre!

MAÑANA

El día, lejano o próximo, que la Revolución baje del labio al puño, de la idea al hecho, de flor de ideal a raíz de vida, nosotros, los anarquistas, tenemos que preocuparnos por que ella sea lo más profunda y extensa. Por que vaya más allá de nuestras fuerzas y nuestros sueños. Por que nos pase y nos burle, como se burla, pasándonos, el árbol del que pusimos la semilla en tierra y que luego no alcanzamos ni en su copa ni en sus aves.

Preocuparnos de esto, sin miramiento a otra cosa. Caiga todo, destrúyase cuanto ha creado el hombre esclavo y aparezca y organice el monstruo nuevo; el monstruo de la audacia libertaria. De él, y no nuestro, será el mundo, mañana.

¿Qué sucede ahora?... Aún no quemamos el primer cartucho y ya estamos cavilando cómo vamos a comer cuando la Revolución triunfe; y hasta cómo se hará el pan, quién nos lo traerá a la mesa y con qué le pagaremos al panadero.

Nos preocupa, desde ya, el debe y el haber futuros; ese debe y ese haber que fue, según Kropotkin, el principio de esta sociedad burguesa; sociedad de bandidos.

Queremos cambiar de vida, como actualmente de hogar; con las costumbres y hasta con los cachivaches.

Y no. La Revolución será un estado de conciencia nuevo, inusitado, hasta parecernos quizás salvaje. Creará un sentido ideal, un ambiente alucinante del que no tenemos ni memoria ni idea. Y todo habrá que hacerlo dentro de ese medio, como hacen su nido los desposados pobres, sin más riqueza que su fe ardorosa. Los desposados de entonces serán la libertad y el pueblo.

Amenazan con el hambre y con la muerte para mañana, si hoy no disponemos todo de modo a no interrumpir la producción, la distribución, las relaciones, en fin, de la ciudad con el campo. ¿Y quién afirma que a los hombres nuevos van a cuadrarles los negocios actuales nuestros?... ¿Valdrán menos o más que nosotros, ellos?... Valdrán más, y, sobre todo, querrán saber muy poco de nuestras miras sociales, tablas de moral y valores económicos.

El hambre y la muerte... ¡Diablo! Con la mano en la conciencia, compañeros: ¿qué lloráis de la fracasada Revolución rusa: las víctimas que hizo o los ideales de libertad que no pudo cumplir? ¡Éstos, éstos!

Si la especie humana tiende, naturalmente, a conservarse, si la Anarquía es consustancial al hombre, si el comunismo es el único sistema en que ella puede vivir y, finalmente, si la sociedad burguesa es mala desde su base a su cúpula, sólo una cosa nos corresponde llegada la hora revolucionaria: hacer con todo lo actual –costumbres, ideas, DEBES y HABERES– lo que se hace con los dados sobre la mesa cuando se empieza otra partida: trastocar posición y valores, lanzar

al pueblo a través de la tierra a la busca de su ficha original, la nueva, la libre. Y que empiece a vivir.

Por lo demás, eso hará, y no otra cosa, la Revolución Social. Los hombres que de ella surjan irán más allá de nuestras fuerzas y nuestros sueños. Nos pasarán burlándonos. Como el árbol del que pusimos la semilla en tierra y que luego no alcanzamos ni en su copa ni en sus aves. ¡Así sea!

ASCO

Se ha presentado al Congreso un proyecto restableciendo la pena de muerte.

Esto viene al filo de los asaltos, asesinatos, verdaderas orgías de sangre que nos ofrecen a diario algunos locos estúpidos. Suelta la bestia, con las bridas rotas y el apero de la ley en las verijas, se la piensa detener con cuatro tiros.

Nosotros no sabemos nada. Ya no sabemos siquiera qué es mejor para la mayoría de los hombres, si la pena de muerte o la pena de vida. No vemos otra cosa que barbarie y cinismo. Y no es horror, sino asco, lo que nos tupe el cerebro y nos vela los ojos.

Sí. Horror podríamos sentir ante los criminales, pero esto está superado por el asco que nos causan los burgueses. A la madre de un bandido tendríamos, en última instancia, que decirle llorando: ¡mira lo que hemos hecho de tu hijo! Pero a la madre de un juez, un carcelero o un verdugo, ¿qué le diríamos?...

Éste es el caso, el clavo de fuego que nos taladra la entraña, mientras alrededor la sangre corre, salta, espumarajea. Y ante la sombría inminencia de la sanción de esa ley, lo único que sentimos es que una bocarada más, un hipo sangriento nos será escupido al rostro. ¡Qué asco!

¿Remedio heroico, decís; amputación necesaria del miembro gangrenado para salvar el cuerpo sano? ¡Mentira, farsa! ¿Qué?... ¿Somos niños o idiotas, sordos o ciegos que nos decís también eso? ¿Qué?... ¿Nos haréis creer ahora que os preocupa la salud ajena, el respeto a la vida del pueblo? ¡Ah, no, burgueses; no!

En la soledad fiebrosa de nuestras noches oímos escupir a nuestros tísicos los pulmones que vosotros les rompisteis. ¡Sangre! A la claridad del sol, las manos de los obreros se desnudan de su piel como vosotros de vuestros guantes.

¡Sangre! Dentro de vuestras prisiones, los carceleros arrancan la confesión que quieren junto con las uñas, los dientes y los cabellos de los presos. ¡Sangre! Una sola cinta roja brilla al cuello de toda esa juventud que alojáis en vuestros cuarteles fétidos; es la señal de la muerte, el signo de la fatalidad que les espera.

¡Sangres! Y en nuestros cuerpos exangües, sobre la claridad impávida de nuestros pechos y nuestras frentes, ¿no sentimos que nos hince y que nos quema la lanza farisea de vuestros jueces y vuestros polizontes? ¡Sangre, sangre!

Tábanos en nuestros flancos, chinches en nuestros Jergones, lobos hambrientos tras de los rastros de todos los que atraviesan vuestra sociedad salvaje, ¿nos diríais también, ahora, que nos defendéis la vida matando a los criminales?... ¡Ah, no, burgueses; no! Todo el horror que queráis ante esos locos estúpidos; pero, ante vosotros, algo mucho más profundo: lo que hace cubrirse el rostro, subir la entraña a la boca. ¡Asco!

NOSOTROS, LOS ANARQUISTAS

Tenemos un ideal ultra, de justicia, irremplazable. Dentro de él caben hasta los sueños más líricos, esos que tocan el sol y flamean gentiles sobre las nubes.

Hemos hendido el futuro, la puerta oscura de todas las imposibilidades. Y, hendidas, parecen surcos que esperan los sembradores.

No hubo hasta ahora doctrina que albergara más rebeldes y más santos, más hombres de acción y ensueño, superadores de ciencias y artes. En cada anarquista vibra un pensamiento creador, una cuerda de arco tensa que envía flechas al futuro. Las flechas son las ideas. A veces son las cabezas también, voladas de entre los hombros como flores guadañadas bajo el sol...

¡Juventud, juventud, juventud! Nosotros, los anarquistas, somos la claridad de la Tierra; poseemos el divino arte de crearnos nuevos, de nuevo. Nuestras ideas son, más que deducción de libros, vibraciones de la carne eterna, insometible, inmortal: palabras vivas, de vida.

Torrentes de idealidad, de cauces que cantan a la presión de las aguas, somos nosotros, los anarquistas. El más humilde y sencillo,

tiene un pensamiento propio, un sueño en flor, una idea en grano, por médula.

Libres audaces, resueltos, conquistaremos la Tierra.

¡Verán,arán! Ahora silbamos al viento las flechas de nuestras ideas. Ya silbaremos los hechos. Y las cabezas también.

¡Nosotros, los anarquistas!

¡META Y META!

No acaba de comprenderse al anarquista. Y esto se debe –parece una paradoja– a su propia sencillez, su rectitud, su coherencia con su idea. Siendo, como es, la mayoría de la gente, infija y bailarina, su marcha firme, su talla a plomo, la desconciertan; su rotundidad hace gritar a los flojos, su fe encendida ciega o hace que sólo puedan mirarlo de reojo, torcidamente, sus biógrafos. De él sí puede decirse, parodiando al poeta: de blanco, de claro que es, a la luz no puede vérselo...

Y cuando algo no se ve, ¿qué mejor cosa, más fácil que imaginarlo?... De imaginaciones sobre anarquistas se han llenado muchas planas de periódicos y libros. De folletines. El hombre está ausente siempre, o caricaturizado en una forma que irrisiona o enerva de rabia o risa. Con rabia o risa, tuvo Malatesta, hace poco, que salir a decirle a un propio admirador suyo: yo no soy ese que pinta, ni he dicho ni quiero eso que dice. Y esto él, ya cumbreado el medio siglo de decir y de querer una sola clara cosa... Es trágico y bufo. Parecería el anarquista un condenado a accionar frente a un espejo cóncavo y a hablar para un lenguaraz idiota. Ni lo entienden ni lo ven; lo proyectan; lo imaginan. Y nunca en bien, sino en mal, por descontado.

Hasta hoy ningún compañero pudo hallar emulación o alegría de vivir en la fama o la leyenda que le crearon. Echada a rodar su vida, es una mota de nieve echada al fango, crece, sí, pero ¡ay! en oscuridad, en basura, en proporciones ya siniestras, ya risibles, pero siempre para el asco o el escarnio.

¿Es fatal esto?... ¡Hermanitos! Parece fatal. Pero ¿para qué sois vosotros lo que sois, anarquistas, sino para vencer también las fatalidades? ¡Meta y meta!

¿No os comprenden? ¿Hay quienes, chotos o infijos, inocentes o malvados, vacían sobre vosotros el tacho hediondo de sus imaginaciones? ¿Os cargan todo lo suyo, os vierten en jerigonza y os reflejan, ante su público imbécil, panzones o narigudos?... Allá ellos ¡cristo!, si eso les gusta, les sirve para asustarse o enfurecerse. Nosotros, vosotros, los anarquistas, dele no más. ¡Meta y meta!

Sería ridículo, tonto y flagrantemente tonto que, teniendo las carillas en la mesa, el clavo bajo el martillo o el bloque al frente, en vez de vuestra labor de machos, forzada, tenaz, fanática, os dedicarais a poneros lindos, empolvaros los hocicos y hacer mohines graciosos para la galería como hembras. Sois y somos en la obra, en los hechos y en la vida. Si esto no se tiene en cuenta, dele otra vez.

¡Meta y meta!

No acaba de comprenderse al anarquista. Y bueno, se comprende y le basta.

Sabe lo que quiere, y lo hace. Se dio una línea, y la sigue. Y por eso cuando siente, oye o ve que le maltratan, le calumnian o le niegan, ni

se encoge ni se asusta. Se enoja, sí, pero consigo, pues piensa: seguramente, lo que le metí a la vida no lo remaché como es debido. Hay que darle todavía. Darle siempre.

¡Meta y meta!

¡ANARQUISTAS!

El anarquista es un hombre de batalla. La pelea es su juego: es la arena en que él destaca mejor su bravura fatal: o es el mar, cuyas crestas amargas cumbrea él, jubiloso. La derrota o el triunfo no cuentan; son los dos impostores de que habla el poeta, que él supera o desprecia mientras marcha a cumplir su destino; su destino, que no es tan poquita cosa como un manojo de palmas o una corona de espinas, sino más, y más del hombre: libertar y libertarse. Y, si no, morir peleando.

Cuanto no sea la batalla le viene chico o le queda ridículo al anarquista. Vedlo en cenáculos de intelectuales o en tratativas de cualquier orden con los burgueses: un montañés con los pies charolados o un arador con guantes no estaría más incómodo ni haría un papel más triste. Como en una balanza tramposa, su valor ya no es valor, pues debe estar referido al no—valor de los otros; al peso que echen al otro platillo los que tienen prudencia o miedo o, simplemente, no creen en la anarquía.

El anarquista es un hombre de pelea, y no de componendas o sutilezas. Con él no hay arreglo nunca. No pacta ni desiste; lucha y afirma. Tipo nuevo en la historia, generador de otra especie de

hombres, macho ardiente y poderoso que avanza, bramando amor, a poseer la vida.

Y la batalla es su juego; es la luz en que él destaca su musculatura fornida y ágil. Su arena candente y su oleaje amargo. Lo que él cumbrea y donde él se clava.

No ven mal –¡no!– los que le ven como un insurrecto eterno, tenaz y diabólico. ¡Es él! Los que tiran a matarle, le conocen; los que le llaman “peligroso”, a él, al anarquista nombran. Timbre es esto, y no calumnia; flechas bajo cuya lluvia canta, sin romperse, su talla de granito.

¡Anarquistas! Vengo a hablaros con la voz de huracán de la anarquía: la guerra contra el burgués es hoy, fue ayer y debe ser siempre, definitivamente y a muerte. No peséis vuestras acciones en la balanza tramposa de los legalitarios, negros o rojos. Sólo un peso debéis sentir en vosotros; el peso que os clave al suelo, que os afirme en el destino y que os aplome, machos ardientes y poderosos, frente a la Vida: ¡el peso de los testículos!

A SACCO Y VANZETTI, NUESTRO SALUDO

Lo mejor de los hombres –tú lo sabes, Vanzetti– no es su cuerpo, que cualquier asesino carboniza. De ser así –también tú lo sabes, Sacco– sería más noble y piadoso ser verdugo que anarquista. Lo mejor de los hombres en su coraje y su fe, aquél es manto que arropa a los que tiemblan; ésta es sandalia para los pies llagados. Hoy, las almas proletarias están calientes y erguidas gracias a lo que vosotros, moribundos, les donasteis: audacia, esperanza. ¡Os saludamos en vuestra final victoria, hermanos!

Desde la CÁMARA DE LA MUERTE, eso –fe y coraje– irradiasteis a los hombres de toda idea y toda raza, Sacco y Vanzetti.

Con pupila serena y altiva, te vemos a ti, vendedor de pescados, esta mañana de tu último día: Has terminado de vender tus frutos marinos. Ayer noche, ríos y mares habían volcado en tus manos su riqueza de plata y de oro vivos. En tus cestas de mimbre, latían, como los pensamientos en las celdillas, plateados, dorados, rosados peces. Y hoy todo lo entregaste, todo lo diste. Y cuando el sol tocó el cenit, en el momento que cae derecho y vibrante, como una flecha, sobre las cabezas, ¡en la mitad de tu vida!, te quedaste de pie, paralizado y sonriente ante tus cestas, como tu cuerpo vacío de

voluntad, vacías de pesca. ¿Muerto o soñando?... ¡Muerto!
¡Electrocutado!

¿Por qué?... Porque en el país de las latas ponzoñosas y de las conservas nauseabundas, sólo tú repartías pesca sana. ¡Repartías la Anarquía!

Desde la CÁMARA DE LA MUERTE, esto has tú comprobado a las gentes, Bartolomé Vanzetti. Te saludamos en tu final victoria. En la certeza, que lograste clavar en las almas, de que es por anarquista que te asesinan.

Con pupila serena y altiva te vemos ahora a ti, Sacco, el zapatero. Tú también esta mañana terminaste tus tareas. Zapatos de todos números, formas y clases se te fueron de las manos a correr el ancho mundo; a defender los pies de los peregrinos de los guijarros, las espinas y los lodos. A erguir hombres sobre tus suelas trabajadas. Y cuando el sol, como un señorón estúpido, fue a arrojarte a la banqueta sus discos de oro, te halló inmóvil y crispado. ¿Muerto o soñando?

¡Muerto!

¿Por qué?... Porque en el país de los hombres con pezuñas, como burros o bisontes, sólo tú tenías piedad de los piecitos tiernos, de las plantas ensangrentadas de tus hermanos. Porque calzabas con tu coraje y tu fe a los proletarios; fe en la Anarquía, coraje para hacer el camino largo...

Desde la CÁMARA DE LA MUERTE esto has tú comprobado a las gentes, Nicolás Sacco. Te saludamos también en tu final victoria. En

la certeza, que lograste clavar en las almas, de que es por anarquista que te matan.

Saludamos... Pero, ¿basta esto?... ¡No! ¡No basta! Comprender una infamia no quiere decir consentirla. Sacco y Vanzetti, hermanos: nuestro saludo a vosotros es de una sola palabra: ¡VENGANZA!

CÍRCULOS O ESPIRALES

Hay dos modos de explicarse y de lanzar la vida: en espiral o en círculo. O creerse el centro del universo, algo así como el eje de una rueda cuya llanta aprisiona lo posible y desecha lo imposible, o sentirse rama viva, ornada de ágiles hojas que aletean a su flanco, como paloma lanzada hacia las posibilidades. Esto distingue al dictador del libertario.

El dictador es el hombre que quisiera que los ríos no bordearan sus dominios, no penetraran cantando bajo extranjeros sauzales; que cercenaría las cumbres que se le pierden de vista entre las nubes. Toda su ambición es ésta: tener la suerte del pueblo bajo sus ojos y obedeciendo a su rienda, dentro de su visión de la vida, que es una visión de circunferencia. Y pues que la libertad es agua en marcha y el libertario es un monte que crece en punta, ella y él son sus enemigos clásicos.

El historial de los dictadores no es, precisamente, político, sino clínico. Se trata de simples locos, de alienados de las más varias y abominables manías.

Obvia ahora una incursión a la historia, donde aparecen gesticulando o enchalecados, ridículos o sombríos, los Nerón y los Calígula, los

Rosa o los Lenin. Basta tomarles el pulso, a través de su ladrante retórica, a un Mussolini, a un Rivera o a un Ibáñez. Son casos de manicomio.

Son enfermos de esta enfermedad: el círculo. Son la crisis de una dolencia que padecen todos los autoritarios, desde los negros hasta los rojos: el Estado. Son los locos que concretan y rezuman una locura latente, aunque débil y dispersa, en el cerebro de las mayorías: el gobierno.

Queremos decir con esto que el dictador no niega a la democracia, como se afirma, ni es tampoco contrapuesto a la mentalidad de los mismos proletarios que aspiran a una dictadura para su clase, sino que es su consecuencia más lógica. Mientras floten y vibren en la circunferencia de sus ideales, como sola posibilidad de realizarlos, ansias de mando y de tiranía, su más fiel representante será el mandón, el tirano. Unos y otros, bolcheviques y demócratas, son moléculas de un hierro que, tarde o pronto, debe concretarse en sable.

Y todo parte de estos modos de plantearse y de lanzar la vida: en espiral o en círculo. O creerse eje o sentirse ala. Centro muerto o corriente viva. Autoritario o anarquista.

HAY UN DESCONOCIDO

No sabemos en qué rincón de la tierra trabaja y cavila a estas horas aquel que nadie conoce. En el silencio que arropa las almas, hay un hueco que él llena de audacias y fiebres, como un casco de bomba con dinamita y recortes de acero. Y ya lleno, atornilla su tuerca, se yergue y se pone en marcha. ¿Oyes?... El desconocido viene.

¿Quién es?... ¿De qué raza; cuál es su rostro que besará el propio viento que él va a purificar de infamias? Misterio, misterio. No lo sabrás nunca. La única cosa que de él podrás conocer será su obra. Su radiosa justicia. Su venganza silbante.

Con el oído en la tierra gritamos a los hombres abatidos de pena o vergüenza:

¡Alzaos! Él viene; él vuelve otra vez; él llega siempre. El gran desconocido –cuyos ojos nadie puede mirar porque sus resplandores ciegan, cuyos brazos no hay verdugo que corte o que queme, porque son de una llama más fuerte, de un acero más puro– avanza, se acerca, ya está entre vosotros.

Y cuando el estampido raje el silencio, y la noche, como hembra que pare, lance al cielo un alarido de llamas, descubríos y saludadle. Es él que ha hecho justicia. Aquel que nadie conoce. El gran desconocido.

ANGUSTIA DE REVOLUCIONARIO (1927)

Hay en todos nosotros una angustia por la acción que no tenemos por qué ocultar ni debe avergonzarnos. Donde se levanta un hombre hay una posibilidad tan libertaria, por lo menos, como donde alumbra una idea. Esta precisa la encarnadura y aquél la conciencia. Pero una y otro son por igual promesas que no vamos a llevarnos por delante o no mirar, porque no cumplan, desde su nacimiento, punto por punto, con nosotros, con la ideología nuestra. Al contrario: lo que hacemos es seguir su desarrollo, tratando de atraerlo al centro de nuestros propios principios para que desde él cumbree también nuestras posibilidades.

Ésta es la historia de las intervenciones de los anarquistas en movimientos que no responden a su ideología. Es no más que la angustia por la acción, el sentido que tenemos de la vida militante, audaz y plena. Y la confianza en nosotros.

Donde estemos, lo que hagamos será anarquía, comunismo anárquico.

En general, el que hace el gasto de su libertad y su sangre, codo a codo con el pueblo rebelado, es el anarquista, son nuestros

compañeros. ¿Debe ocultarse esto o debe avergonzarnos como un error o una ingenuidad?... ¡Nunca! ¡No!

Debe proclamarse como una gloria, más vale; debe encarnarse como un deber en cada revolucionario.

Mariscalear es más fácil. Aquí tenemos muchos de estos mariscales que rastrean con el dedo sobre el mapa las insurrecciones de las indiadas de América. Y que de pronto se paran y se vuelven a nosotros para decirnos: tal o cual sublevación no cuenta, no puede tomarse en serio porque es de origen político, católico, reaccionario. Lo que no dicen, y les decimos nosotros, es lo que ellos son: saltarines, gambeteadores a lo único que vale en el anarquista y sin lo cual no será nunca en la Tierra la Anarquía; la pelea, el codo a codo con el pueblo sublevado.

Compañero que ahora llegas de Bolivia, perseguido o deportado tras el fracaso del último movimiento de los indígenas: nosotros te comprendemos.

Aunque te hayas desangrado en una causa que no cumplía totalmente a tus ideas, no necesitas justificarte. Ya sabemos: era la angustia, no más, por hacer algo: la angustia del verdadero revolucionario.

PRODUCTORES, BURGUESES Y BOLCHEVIQUES

Si no catamos la esencia de la cosa, la propia cosa no existe como verdad para nosotros. Saber no es, en definitiva, más que situar.

Ubiquemos al burgués. Hasta hoy se ha estado bajo su imperio como bajo una hinchada tormenta que aquí brama y allá fulmina, dios de voz gruesa y de barbarie ubicua. Esta irradiación de su sombra y de su furia es lo que ha determinado nuestra posición, y la de todos, filósofos y sociólogos, no frente a él precisamente, sino frente a sus irradiaciones. No es al burgués que hemos ubicado, sino a la burguesía.

Del hombre pueden darse cien o mil definiciones. El juego social que él hace o que a él lo obliga, es a modo de un cincel que labra, afina o desgasta su superficie. Mas quien tome esa careta por su verdadera faz, se equivocaría; su naturaleza es otra; más sagrada o más sacrílega, pero otra siempre. Como el bloque de mármol, del cual el artista saca ya una estatua o ya una fuente, la diferencia está adentro, en la veta o el grano constitutivo, y no en las múltiples formas o figuras que le adapten o le esculpan. Esto lo saben los escultores y nosotros –perdón– los psicólogos.

Quien desbroce la hojarasca que, so capa de profesión o de oficio, no es sino un mimetismo que la sociedad impone, dará con sólo dos clases de hombres: doblado uno en su labor; alerta el otro para la rapiña. El que produce y el que lo roba; el que crea y el que lo explota. Los demás, aunque sean la mayoría, son sus caricaturas o sus abortos.

El productor es, por excelencia, un ser que desconoce la propiedad y la medida; incapaz, por propia gravitación de su madurez interna, de alzar la vista para ponerle tasa a sus producciones. De sus puños o su frente; cae la luz o cuelga la obra como de una rama los racimos. Y no hay espectáculo de envergadura más trágica, cargado de más electricidad dramática, que un hombre de éstos, obrero, artista o sabio, condenado al ocio o reducido a sobrevivirse a una fecundidad ya agotada. Acaban envileciéndose o suicidándose.

Ubicado éste, mal que bien, ubiquemos al otro. ¿Qué es un burgués?... Es el animal que vive en verbo positivo. Su entraña y su gesto aúllan un solo grito: ¡mío! Entre el coro de las voces que el hombre arrancó a la piedra y al hierro, a la tierra y al cielo –dulces, patéticas, risueñas o melancólicas– la suya es la que apuñala, como al canto del ave el bramido de bestia: ¡mío!, ¡mío! Desconoce en absoluto el valor de la vida y de las cosas, y a este desconocimiento se debe la tabla de los valores que juega y por los que se guía, tanteando, como un monstruo ciego, a lo largo de una cuerda con nudos. Lo que atrapa es de él: ¡mío! Mas como, a pesar de todo, en cuanto cierra la boca su posesión caduca, cerca entonces sus rapiñas y pone, a que se las guarden, leyes, soldados, lacayos, que también son suyos, ¡suyos!

Y llegamos al último. Cuando decimos que sólo hay dos clases de hombres, es porque la tercera no puede contarse ni como carácter ni como variedad de la especie. Es neutra; mixta. Es la mediatización del productor y el parásito, fruto de un ayuntamiento sacrílego condenado a morir sin descendencia. Un verdadero mulo humano. El socialista, el bolchevique.

Éste no tiene esencias para catarle. Los otros sí y, mal que bien, se las catamos.

Y, ahora, a crear, los creadores, el repudio al sentido burgués de la vida y el amor al sentido anarquista. ¡Nada es de nadie; todo es de todos!

HABLAN LOS MUERTOS

Nadie, ni el pobrecito Taboada, para el que el dinamitazo habrá sido como un rayo, sintió la llamarada en el rostro y el sacudón en la entraña que nos deslumbró y nos sacudió a nosotros al recibir, camino de la prisión, la noticia de las bombas. Porque nosotros sentíamos, desde hace meses, el corroer de los ácidos sobre el tabique de corcho. Porque nosotros veíamos forjar el casco, rellenarlo de explosivos y ajustar las tuercas. Porque nosotros oíamos el paso de aquel que nadie conoce, de aquel que marcha con su cilindro frío en la mano, como un muerto con su lengua muda en la boca. Porque nosotros esperábamos...

¿Sabéis qué es esto: saber que la fatalidad está en pie y avanza?... ¿Y la angustia que ello implica en los días y las noches del hombre que ama a los hombres, aún a los más miserables?... No lo podéis saber si no sois anarquistas.

Y nosotros lo sabíamos. Procesadnos ahora, jueces. Hundidnos en las mazmorras; arrojadnos al redondel de vuestras bestias patriotas. ¡Yo lo sabía!

Sabía que hablarían los muertos. Que más abajo de las grandes palabras de Sacco y de Vanzetti, de France y de Debs, había otras,

aún más grandes; que al fondo de los sollozos de Rosina y de Luisa, había un mar de llanto; que la pena de Dante, el niño, y de Malatesta, el anciano, sería una sombra de muerte que seguiría a todos, a todos los hombres de trabajo. Sabía que con las limaduras adheridas a las uñas de los herreros, con el cemento que polvorea las blusas de los albañiles y el resplandor de todas las herramientas, se estaba forjando un casco –¿sólo uno?– a cuyo seno confluirían todo el dolor y la ira que desatasteis vosotros –¡oh, burgueses!– sobre el mundo. Y otra cosa más sabía: que un desconocido iba a recoger aquello para ir a hacerlo estallar frente a vuestras cajas fuertes. Porque tenéis la cabeza llena de oro. Porque ahí tenéis la cabeza, iba a romperos los tímpanos.

Nadie, ni el pobrecito Taboada, sintió la llamarada en el rostro y el sacudón en la entraña que nos sacudió y llameó a nosotros, al saber, camino de la prisión, que, al fin, habían estallado aquellas bombas. Porque nosotros sabíamos y esperábamos. Sabíamos que habíais puesto de pie y en marcha a la fatalidad y esperábamos y esperamos sólo cosas fatales. Bienaventurados vosotros que nunca sabéis ni esperáis nada.

¿Daréis con el autor ahora?... Tampoco. Aunque apresarais a todos los anarquistas del orbe, a ése no lo apresaríais. El que no ve su crimen, tampoco ve su castigo. Él pasará ante vosotros con su bomba invisible en la mano como un muerto con su lengua muda en la boca. ¡Pero los muertos hablan!

DELINCUENCIA

¿Son buenos los delincuentes, o son malos?... ¿Qué puede importarnos eso a nosotros, compañeros?... Esta duda, que debería plantearse el juez, y que nunca se plantea, tiene que ser superada por nosotros, absorbida en la llama pasional de nuestras vindicaciones: son víctimas.

Sin caer en sensiblerías frente a los que hacen ilegalismo, podemos afirmar que son siempre mejores que los que los castigan. ¿Tablas para valorizarlos?...

Si alguna podría aplicarse, debiera ser ésta: el llamado delincuente es más humano que el vigilante, éste menos perro que el comisario, éste todavía menos bestia que su jefe y, en fin, este último nunca tan canalla como el presidente de la república o el rey del reino.

El que encarna el poder, encarna el daño. Los demás son simples grados, eslabones de una cadena que termina en una argolla que aprieta el cuello del que cayó más bajo. Éste hace el gasto de la bacanal de sangre y lágrimas en que los otros se ahítan, con su miserable vida aherrojada.

Éste es la víctima; pero no sólo de la pena que le infligen los perversos, sino también de aquellos “hombres honestos” que no han deshonrado en ellos toda la legalidad. Ésta es la palinodia que hay que cantar frente a los delincuentes. Todo puritano, aunque se diga anarquista, es en el fondo un legalitario; como toda mujer que se envanece de la castidad de su alma, es en el fondo una burguesa.

Su capital de virtud, como el del burgués, de oro, está hecho de la desventura de sus hermanas; es este lodo infecto que alimenta su bella planta, la flor de su pureza delicada.

El delincuente es un despojado de su honradez; la prostituta es una desposeída de su amor virtuoso. Un anarquista frente a ellos nunca puede preguntarse si son buenos o son malos, sino atraerlos al foco de sus reivindicaciones contra los burgueses y contra las burguesas. Reparto y reparto de todo; si aquí, en el mundo de la delincuencia, faltan muchas virtudes, es porque en los que los persiguen, y, lo que es peor todavía, en los puritanos, sobran, sobran hasta corromperles el alma.

Mujer caída, befada de todos: si habría de hacerse una tabla para valorizarte, diríamos: siempre eres más humana que una virgen, como ésta es menos zorra que una monja, como ésta nunca es de sentimientos tan corrompidos como una presidenta o una reina. Es tu savia caída en el fango que nutre esas plantas. Eres una despojada. Quien toca a ti toca el despojo. Quien sea hombre tiene que ayudarte a erguirte contra las despojadoras.

En verdad que debemos deshonrar muchas cosas en nosotros, si es que queremos honrar la verdadera justicia. Sin esto tampoco

nunca nos comprenderán los deshonrados. ¡Menos virtudes legales;
más militancia anarquista!

REBELIÓN (1930)

El rebelde es una roca entre el barro. Todas las salpicaduras que el lodazal que le rodea escupe, se estrellan en su mole y chorrean por su flanco. Pero ni una lo penetra ni lo mancha; todas juntas son impotentes para desvalorizar su valor de piedra, de fuerza limpia que se abre paso entre la debilidad inmunda.

Al rebelde le es tan fácil tenerse erguido entre el barro, como volar al ave o florecer a la mata. Limpio es el vuelo del pájaro, limpia surge la flor sobre el tallo; limpia, como corola o volido, brota, del que es anarquista, la rebeldía. Y contra de esta limpieza, consustancial a su vida, no hay infamia que pueda ni inmundicia que valga.

Están perdiendo gargajos, que harían mejor en tragarse, los sapos que nos escupen ahora. Periodistas, policías, militares, todos juntos, pueden chapotear su lodo y salpicarnos de sus basuras. El *anarquista asesino*, el *delincuente anarquista*, el pueblo sabe que es la única cosa limpia, erecta y firme en medio del lodazal que lo degrada y lo ahoga. Y desde el fondo de su alma, de su angustia honda, saluda a su acto rebelde, como de noche, el perdido en un desierto saluda la fogarata que anuncia que no todas son bestias traidoras; que hay también hombres.

Éste es nuestro momento, anarquistas. Con alegría de fuego en la noche, con firmeza de roca en el barro, con limpieza de vuelo de ave, brote, téngase derecha, cruce el espacio la acción rebelde. ¡Rebelión, rebelión, rebelión!

CAPATACES

Todo organismo vivo posee reservas ocultas e inéditas que sólo revela o edita cuando la enfermedad o la muerte lo rondan y amenazan. Del profundo ser avanza, militante furiosa, la defensa de la vida que no se entrega sino tras una encarnizada batalla. Hasta el último soplo es para la pelea y para la esperanza.

La vida sólo es violencia cuando está enferma. Lo mismo en el individuo, al que le sube la fiebre, que en el Estado, que cae en la dictadura.

Fuego en las venas o fuego en los fusiles, no revelan ni salud ni coraje, sino instintos de conservación desesperados.

Son éstos que reaccionan, editando ante el peligro sus más ocultas fuerzas. Ni más ni menos que el dueño del taller o de la estancia, que delega en el capataz, insensible a las sugerencias de la justicia, que serían su muerte, la defensa de su vida de parásito. Es el sicario, el negrero, el bandido asalariado, anónimo hasta ese instante y ahora munido de la suma de poder, mando e impunidades. El burgués está detrás, escondido y temblando, pero listo también para, una vez acalladas demanda y protesta, escamotear la violencia de sus dominios; como se escamotea, de la cabecera del enfermo que cura, la droga repugnante.

El gobierno de los pueblos ha caído en las garras de los capataces de los burgueses. Nadie podría afirmar y el que lo afirme miente, que hay un solo dictador cuyo volumen de genio o de audacia se destacara antes de este momento de crisis y moribundez burguesas. Ocultos, inéditos, anónimos, sólo la enfermedad del Estado ha podido revelar siluetas de una mediocridad tan flagrante como las de Mussolini, Machado, Uriburu, etc. Del profundo ser burgués han avanzado, no como inteligencias, sino como instintos, para defender la vida de un sistema que no se va a entregar sino tras la más sangrienta y encarnizada batalla.

Y esto era lo que se quería demostrar. No hay dictaduras transitorias ni gobiernos provisionales. Hay sólo una burguesía que no quiere morir y enfila contra los pueblos la barbarie de sus capataces. De nosotros depende su suerte: Si nos humillamos, vive; si la atropellamos, muere.

La vida sólo es violencia cuando está enferma. Y la nuestra está también enferma de servidumbre. Para curarla, todos los medios son

igualmente sagrados y buenos. De lo más hondo del ser yerga cada uno la más viril, contundente y audaz reserva de energía que posea: la oración o el grito, la barricada o el dinamitazo.

¡Por la libertad! ¡Por la justicia! ¡Por el comunismo anárquico!

¡SABANDIJAS!

Los primeros que suben al barco no son ni su capitán ni sus tripulantes; son los ratones; suben en el astillero. Y cuando la perra pare, los primeros a recibir el cachorro, o la cachorra, no son tampoco ni el amo ni el perro padre, sino las pulgas; saltan a ellos desde el suelo o desde su perra madre. Por sobre toda miseria o cualidad de sus vidas, prima en estas sabandijas la condición alevosa y madrugadora: siempre han de ser las primeras a prenderse, los primeros a embarcarse.

¡Sabandijas! Pero ahora no lo decimos, precisamente por ellos, los ratones y las pulgas, sino por otros, mujeres y hombres, que los emulan con idéntica presteza e igual cinismo: por la tanda intelectual, periodistas, dramaturgos y poetas; y la otra tanda: la histriónica de los actores y actrices. Las primeras y primeros a embarcarse y a prenderse en el malón militar.

Ellas y ellos: los primeros. Con decir que les ganaron de mano a los caudillos de comités y obreristas... ¡Ya es decir! ¿Quién los llamaba, y a qué? Nadie, ni nada de su oficio o de su arte. Condición suya, no más, advenediza y logrera.

Condición de sabandijas.

¿Y ahora? Porque ahora, hasta los propios milicos están de acuerdo que el patacho les hace agua; que el can revienta. ¿Y ahora?

Ahora... Ahora tampoco les van a ganar de mano. Los primeros a embarcarse, las primeras a prenderse serán también las primeras y primeros que salten y que disparen. Ya están prontos. Ya hay que oírlos en corrillos de cafés, camarines y cenáculos: echan putas o hacen coñas, no sólo de coroneles y generales: de todo; de la armada y del ejército y de la aventura idiota.

Intelectuales; artistas; pulgas de perro; ratas de barco. ¡Sabandijas!

CON LOS REBELDES SIEMPRE

Nosotros, anarquistas, no podemos olvidar, ni aun en aquellos momentos en que una negra derrota nos llama a la *prudencia*, al hombre valeroso y arrojado que cayó por la Anarquía. No debemos extraer de su caída otra cosa que voluntad solidaria. Afirmarnos en su acción para volver a pararnos.

Decir que cayó porque fue iluso, o porque, imbuido de un entusiasmo teatral, sacó el brazo o el pecho más allá de esta línea o de aquella experiencia es, no sólo cantar al desánimo, sino algo más feo: declararnos superiores. Derrotarlo más aún. Pegarle porque es caído.

No debemos hacerlo. Ni ante ese hombre ni ante las multitudes. Éstas también, muchas veces, avanzan sobre nosotros, a destiempo. Juegan libertad y vida por causas que nos parecen mezquinas o de planteo inoportuno. Por el triunfo de una huelga que, al fin de cuentas, las dejará como estaban, asalariadas, o por reacción instintiva contra una vulgar infamia que les golpea en la cara, atropellan y se hacen diezmar. Ir luego a los cementerios a plañir que estaban locas, o a las cárceles a dictarles cátedras de cordura es, todavía, más que feo, repugnante.

La rebelión, individual o del pueblo, no será, estamos de acuerdo, la revolución, pero es su nervio y su esencia. Es el sentimiento de ésta, sin el cual no hay anarquistas ni habrá Anarquía. De ella hemos partido todos, partirán siempre el hombre y las masas, y no de nuestras consignas. ¿Qué podríamos reprocharles?... ¿Que su caudal de indignación y coraje es más hondo e irrefrenable que el nuestro?... ¿Que el dolor les duele más y la injusticia les es más injusta? ¡Linda cosa!

Nunca tenemos más jefes y catedráticos que cuando estamos en el suelo.

Todos somos excelentes para acaudillar carneros; muy pocos para enseñarles que tienen cuernos como los toros; menos aún para atropellar con ellos y rompernos donde ellos se rompan. Los esperamos de vuelta para decirles, a los que llegan desangrados y deshechos, lo que alguien les dice a los obreros y campesinos de España: “la revolución perdió lo que tenía que perder”... Que es decir: los que yacen en cementerios y cárceles por la intentona de Asturias, que revienten y se pudran por estúpidos.

¡Coño, si! Hay que sacar lecciones de las derrotas; pero no de posibilismos y de consignas, sino de audacia y conciencia. De solidaridad más firme con los caídos y de redoblada acción al lado de los que quedan. No para hacernos sus jefes, sino para ser, más que nunca, sus compañeros. ¡Con los rebeldes siempre!

EL POLÍTICO

Desde lo que se plasma bajo los puños hasta lo que se enciende sobre la frente, todo es pensar. Pensamiento. Trabajador, poeta o sabio, el que hace o crea es porque piensa. Y hasta ahí las cosas van bien. Pero luego viene lo otro: el comercio o el destino de esas obras o creaciones, y aquí comienza lo estúpido.

En esto ya no interviene el creador, sino el parásito; no el que siempre todo lo hizo, sino el que nunca ha hecho nada: el político.

Aunque decir: no ha hecho nada, quizás sea mucho. Visto de otro ángulo, desde el que se ve lo inútil, es verdad que es un campeón pensando y haciendo todo; todo lo que puede hacerse en contra del que produce; hasta reducirlo a nada. Gracias a su obra campeona, en ningún orden o régimen cuentan el hombre de ciencia, ni el artista ni el obrero. ¿Conocéis alguna parte donde uno de éstos cuente algo?... Como no cuenten sus penas, miserias y humillaciones...

Para organizar el mundo sólo cuenta él: el político.

¿Es que es un técnico?... ¡No! La técnica, aun la del crimen, es pensamiento.

Es pensar. Baraje o fulmine el rayo, te arme la máquina o te desarme la vida, es la mano al servicio del cerebro. Y mi calumniado, ¡no! En cuanto a eso es un tullido; no movió un dedo jamás. Pero administra y legisla.

Desde la raíz de la tierra hasta la copa del cielo, rehenchido está el universo, como un árbol, de estas tres potentes savias: la ciencia, el arte, el trabajo.

Parecería que quienes han levantado su aliento desde tan bajo a tan alto debieran saber también cómo organizar el mundo de sus relaciones físicas, morales e intelectuales. Y no; no saben. El que sabe es el político.

¿No es esto estúpido?... ¡Ah, muy estúpido! Estúpido hasta dar risa.

ACCIÓN DIRECTA

El anarquista es la acción directa. Es un obrero, y la idea es su herramienta.

Ama su anarquía y sabe que el solo modo de hacerla amar por los otros es actuando su anarquismo.

Sabe también otra cosa: que él es un tipo todavía minoritario, de posición, casi siempre, opuesta a la mayoría. Y que esto no ha de traerle ni la gloria ni el respeto que a otros seres excepcionales, genios o santos, les trae, sino el escarnio o la muerte por rebelde o por hereje. Porque él no está por arriba ni al margen de los conflictos sociales, sino en la entraña de todos; allí donde la corriente es más caudalosa. Está con su acción directa.

No puede haber paz para él en un Estado al que él le planteó la guerra. Ni puede ni le conviene. Su crecimiento en la Historia, como hombre nuevo entre los viejos hombres, y como creador también de un nuevo pueblo entre el histórico pueblo sometido y embaucado, es la feliz consecuencia de su posición siempre guerrera. De haber concedido algo, no sería nada. A la ceñida coherencia entre su ser y su hacer le debe toda su vida, tan hondamente dramática, como rica en eficacia. Sin su acción directa, que lo contiene entero, el

anarquista hubiera muerto al nacer, como esos monstruos que, por no ser viables, mueren matando a su madre. Hubiera muerto con él a la anarquía.

Pero no es un monstruo, sino en cuanto a la incoherencia o pequeñez de los otros. Él es la guerra contra un sistema social monstruoso, planteada a fondo y con todos los peligros que la guerra implica: derrota, prisión, muerte. Que son tales solamente para quien se cree el principio y el fin del mundo; mas no para quien ve el mundo desde la obra que deja, la vida nueva que anima, los pensamientos de rebelión al Estado que en el pueblo alza.

Tenemos una doctrina, un plan de convivencia social y hasta un arte también, los anarquistas. Pero tenemos, a más, a quienes todo esto militan, encarnan, viven. Y éstos son los que levantan las huelgas, pueblan las cárceles, pelean y mueren por la anarquía: mujeres y hombres, generalmente ignorados. ¡Salud a ellos, este primero de Mayo! ¡Salud siempre a los compañeros de la acción directa!

LOS CURAS

El pueblo los llama cuervos. Pero esto es una calumnia: calumnia al cuervo.

Comparado con el cura, el cuervo es un ave real. Mora en el cielo, en el aire limpio. Se lanza sobre su presa como un carnicero sobre su res: belicosamente.

Es fuerte. Y lo que arranca y se lleva, carniza o músculo, va a hacerse en él carne también musculosa. Fuerza.

¿De dónde salen los curas?... De donde salen las moscas: de abajo siempre y siempre de la carroña. De Cristo aquí, donde hay un cuerpo llagado o un sucio espíritu, ahí están ellos, no para airearlo o sanarlo, sino para hozar en su podre, aquerezar en sus llagas y, lo que es peor todavía, para alentar y dar forma a otras larvas asquerosas.

Como las moscas. Y mal ha de estar un pueblo, a punto de pudrición hasta en la piel de los dientes, cuando, de la noche al día, se ve cubierto de este enjambre necrofórico. Y ni lo aplasta ni espanta. ¡Muy mal!

¿Estamos así nosotros?... Estamos con cientos de obreros y profesores, periodistas y estudiantes, radiados o perseguidos o presos. Y con muchos miles de éstos en lucha franca y abierta contra el malón militar. Tan, tan podridos no estamos.

¿De dónde remonta, entonces, ese cardumen luctuoso?... Curas y curas y curas. Curas, ya no hasta en la sopa, como se dice; ahora hasta en los mingitorios. Y de derecha y de izquierda: de D'Andrea y de Copello. ¿De dónde?...

Nadie se llamea misterio. Los remontó el cuartelazo: porque así también fue siempre. Nunca se levantó un sable ni se desbocó un caballo, que no le siguieran ellos en un chorro zumbador y pegajoso. Olfatean la carne herida y la altivez pisoteada, y acuden a beber pus y a zumbar resignaciones. A aquerezar en las víctimas.

¡Ah, no! No nos asusta tener la vida llagada. También las llagas son bellas; tienen un color de aurora. Y el que marcha, sueña o piensa llaga su frente, su corazón y sus pies. ¡Vivan las llagas!... Pero sin moscas. Con moscas ya sería lo último; la pudrición de todo. A aplastarlas, compañeros. ¡Campaña contra los curas!

EL LABRIEGO

Una patraña marxista: la emancipación del pueblo vendrá sólo a través del industrialismo. Y cuando, como en Rusia, país de campesinado, se hace la revolución, otra patraña más: para acelerar la marcha sobre esa etapa fatal, la industria, es necesaria la dictadura bolchevique. En plata: palo, porque no te industrializas y, porque te industrializas, palo.

Campesino, obrero o técnico, la capacidad de convivir en un mundo sin tiranos ni parásitos, o está en el que padece a éstos, o no está en ninguna parte.

Está, pues que si hay Historia de que se puede extraer algo más que embustes, es la de su ininterrumpido esfuerzo por emanciparse. Su vida es una espiral que no se cierra nunca, mientras que la de los amos ha debido cerrarse e ir a otras formas incontables veces. Son los Estados que se adaptaron al pueblo, y no éste a ellos. La decadencia está en el Poder, no en los proletarios. Tan cierto es esto que hasta los propios marxistas tienen que hablar en su nombre, y no en el de los gobernantes.

La rebelión en los campos no es más difícil ni menos sentida que en las ciudades. Es al revés: más fácil y menos prorrogable. Y ello, precisamente, porque sus hombres no están industrializados.

La tierra tiene encantos de sirena, decía Reclus. Lo que hay —y esto sólo lo siente el que abre el surco o cría el árbol— es que más que vivir de ella, con ella se convive, como con una hembra arisca y ruda que hay que hacer hermosa y tierna a fuerza de trabajos y caricias. Nos da lo que le encarnamos, y con sus donaciones nos remece el alma. Y si nos da poco y malo, no por eso la queremos menos. De esposa pasa a ser hija: por fea y triste, la queremos más.

El socorrido concepto del egoísmo y tozudez campesinos; cuando no es una incompreensión, es una blasfemia. El que habla de eso no ha trabajado la tierra.

En ese peón desvalido o pequeño propietario que se resiste a entrar en las colectivizaciones que en Rusia imponen los bolcheviques, no hay una mala fe estúpida, sino un gran amor por una amada, que otros, sin amor, quieren gozarle.

El terrón no es la máquina con que el obrero produce cosas mecánicas. El talento será de éste; pero el fervor que irradia de lo que nuestras manos siembran y amparan, es del labriego. Aquél huye, más que se va, al finar el día, del taller o de la fábrica, como de odiosas cárceles; éste hasta quisiera dormir cobijado por las melgas, como semilla, o sobre los pastizales, como las bestias. La diferencia entre ambos es más de sensibilidad que de aptitudes; es la de estar en la vida con pasión o con desencanto.

Sobre uno y otro el Estado ha impreso deformaciones terribles; ya lo sabemos. Crean y producen bajo el mismo signo cruel, matador de todo estímulo. Pero, aun así, ese entrañable salario por el que el hombre trabaja, además que por comer, todavía lo percibe el campesino, mientras que el obrero ni lo recuerda.

La cuestión, entonces, no era de despojos ni de palos, como colectivizaron los marxistas de Hungría y Rusia. El problema no es solamente económico; es sentimental también. Su solución tenía que buscarse en la libertad. Y ahí fue donde la encontraron C.N.T.—F.A.I.

El celoso de su pedazo de tierra se la queda a amarla él solo; el que tiene la conciencia comunista, la comuniza... Y pasó como en la “La dama del mar”: al ver que no eran esclavos, los más torvos propietarios olvidaron el mío y tuyo; entraron todos en las colectividades. Y esto, mejor y más rápido que los trabajadores industrializados.

En plata: si algo pudiera extraerse de las patrañas marxistas sería esta sola verdad: la industria sirve al Estado, porque deforma al hombre; hiere de muerte el sentido de lo solidario y cósmico. Mientras que en las labores del campo va implícita la alegría de crear en base al apoyo mutuo y al libre acuerdo. Y esto no es cuento o leyenda: es viva historia en la vida de los labriegos españoles.

LOS MARXISTAS

El saber no obliga a nada ni a nadie, cuanto a moral o conducta. Es una aptitud, no más, que no implica, ni con mucho, una posición buena ni mala, Por eso la fe en la ciencia es tan salvaje o grotesca como la fe en la leyenda.

O, tal vez, un poco más, aunque parezca que exageramos. No hay ni centros ni derechas que den, como las izquierdas, en que actúan – o actuaban– los marxistas, tantos y tan pueriles fanáticos. Nunca nadie creyó más en sus dioses y profetas que esta gente en el Estado y sus jefes. Nunca tampoco hubo siervos autómatas y secuaces más científicos. No nos cuesta confesarlo: cual más, cual menos, todos tienen “su” talento.

¿Qué les falla, que no enriquecen la vida con acciones o emociones de libertad o belleza? La posición, sobre todo: el hombre, que no comprenden, ni se sienten, ni se aman. Parecería que se odiaran, a tal punto se someten a los más viles y negativos martirios. En la esperanza de un mundo, que está al otro lado de Éste, matan o mueren, se cierran o se entregan con una impudicia que espanta.

Pero, ¡atención! No queremos compararlos con los mártires cristianos. ¡Ah, no! Aquéllos no sabían nada; eran inefables brutos;

chorreaban simpleza humana. Éstos saben: son rematados cultos; chorrean inteligente cinismo. Había una furia de negación en los otros, que no pretendía la ganancia ni el engaño; en éstos hay una furia de fullería y de enjuague que quiere afirmar su triunfo a costa de cualquier vileza o trampa. Y la diferencia, que es entre saber e ignorar, es también entre lo repugnante y lo admirable.

Los primeros en reconocerle a Marx su aporte al conocimiento de la economía y la historia, fueron los anarquistas. Carlos Caffiero, contemporáneo suyo, extractó y tradujo *El Capital*, antes que nadie. Y Bakunin, su contendedor más acérrimo, no pensó en negarle nunca la calidad de su ciencia. Que no era tanta, como los marxistas creen, ni de ninguna manera original tampoco. Pero sistematizaba muchos conceptos y datos en una teoría eficiente. Y se lo reconocieron.

¿De dónde les nació, entonces, el repudio insuperable, que aun hoy mismo nos separa? ¿De qué rincón de la conciencia o la sangre? Bakunin se lo expresó, una de las tantas veces que Proudhon intentó reconciliarlos: —Tú sabes más que yo; pero yo soy más revolucionario.

Ahí es la cosa. Entre las aptitudes de ellos y las posiciones nuestras es el conflicto. Entre quienes creen que el hombre, que se forjó las cadenas, puede romperlas, contra quienes creen que el propio proceso histórico ha de hacer crisis en una liberación. Aquello obliga a la lucha por la dignidad humana, siempre más consciente y viva; esto obliga a un fetichismo hacia el progreso y sus técnicas, tan salvaje o tan grotesco como la fe en el Mesías.

No creemos, con Waldo Frank, que este mesianismo advenga de una secta o de una raza. Según él, porque Marx era judío, su tesis materialista no es más que un formal fraseo. Lo entrañable, que la nutre, es de vieja raíz profética. Después del industrialismo la libertad, no sería más, ni menos, que lo de Cristo, también hebreo y, como tal, mesiánico: Tras este valle de lágrimas, el paraíso...

No creemos. Es la doctrina. Es en ésta que va anejo el sometimiento tácito, sin esperanza, desesperante. Ella, la que fulmina y arrea a sus militantes, desde la altura en que, siempre, invariablemente, coloca a un jefe. Porque, donde hay dos marxistas, uno es quien manda. Ésa es la ley. Y, cuando son millones, ése es también el Estado. Los demás son materiales, de choque o base, que ése organiza o destruye, levanta o hunde. Haga lo que haga, ahí están ellos para justificarlo a ése.

¿Qué ocurre ahora? Lo de siempre del marxismo... No hace todavía un mes estaban, codo con codo, con los demócratas. A esta fecha, lo mismo, codo con codo, forman en la otra vereda. ¡Y tan tranquilos!

Al contrario de indignación o vergüenza, los topa usted y se los halla rezumando regocijantes albricias: —¿Se da cuenta, camarada? Con esta nueva política mandamos a los burgueses de Europa a exterminarse en la guerra.

Después, sobre su exterminio, avanzaremos nosotros y... ¿Se da cuenta? ¡Ese Stalin!

¡Cinismo idiota! Porque no son los burgueses los que van a aniquilarse, sino los pueblos, los pobres. Y porque, aunque fueran

ellos, los ricos, el triunfo de los marxistas sería la aniquilación del Hombre; la feroz esclavitud que impera en Rusia. La dictadura.

Es la doctrina. Es el Estado, en que adoran, que les factura esta mística espantablemente abyecta. Contra aquél y ésta, nosotros. Igual que Bakunin contra Marx. Siempre. ¡Toda la vida!!

HOMBRE A LA VISTA

Más allá de este momento de confusión y de horror, se ve una verdad serena: el poderío del hombre. Si en lugar de ser esclavo, y destruir, él fuera libre, y creara, ¡qué obra la suya, y qué vida! Dioses e imaginerías, ¡qué pobres cosas!

¿Hará tanto mal ahora porque no puede hacer tanto bien? No creemos. ¿Le habrán degradado al punto de no sentir, ni en sus huesos ni en sus nalgas, la desolladura viva del sufrimiento? Tampoco; también lo cierto y lo firme hay que verlo más allá. Es que, quien más o quien menos, el hombre sabe o intuye que en esta oscura tragedia no hay pasado ni futuro, sino un podrido presente; que es el que revienta al fin.

Nunca hubo guerra con menos pasión humana. Las más ancestrales hordas resplandecieron siempre de alguna fe: Dios, el valor, la aventura. Como chispas de las piedras, sacaban de sus instintos estos señuelos, y los seguían. Se empinaban o caían, pero señalando alturas, distancias, luces.

En ésta no; nada, nadie. Toda es dentro de un sistema, en la cerrazón de un límite, mirando abajo. ¿Qué quiere el nazi? Matar al que no obedezca. Y el demócrata, ¿qué rumia? – ¿Para qué la

violencia, si con la vileza basta? – Y la suspiración del marxista, ¿quién ignora cuál es? Envilecer o matar a los que los otros dos todavía no pudieron, o no les interesa.

Suspiro, pues, o rumiación o querer que han de interpretar los pueblos como los actores buenos una obra infame. Sólo que en ésta la infamia no es por un rato, en las tablas, sino por la entera vida y para autores e intérpretes. Es la infamación al hombre.

Mirad, tocad, si podéis. Tiempo y espacio se llenan de los despojos de un mundo hecho astillas y carroñas. Oíd relinchar los guerreros, y recordad, si gustáis, sus más malditos relinchos. –Donde pise mi caballo no crecerá más la hierba –decía Atila. Animalito de Dios. – Donde llegue el enemigo que no halle más que cenizas. ¡Quemad la tierra! –dice Stalin. ¡Qué va a comparar!

Lo que ninguno proclama, ni susurra, ni remece es que adelante o atrás de este bestial sacrificio el hombre puede ser libre. ¡Ah, no! Caverna nazi, valle demócrata, brete marxista, siempre el tumor del Estado comiéndole los sesos.

Para esto y eso es la guerra. Y el hombre, ¿qué es? ¿Cómo podríamos saberlo? El punto de referencia es ahora su poderío para destruir. Pero así y todo, pensad: si en vez de la esclavitud, viviera la libertad, ¡qué obra la suya, y qué vida!

Acendrad esto; sangradlo. Más allá de este momento de confusión y de horror, ved esa verdad eterna. Ni este crimen, ni el diluvio, podrán ahogar su destino si él se yergue de lo más hondo en lo hondo de su matriz o su semen, para la creación y la lucha.

¡A erguir al hombre! Que muera o mate, pero peleando al gobierno. Y con el hombre a la vista.

¡VIVA LA ANARQUIA!

Las banderas de la tierra son las flores. Las banderas de los pueblos son los gritos. Pueblo somos, compañeros; gitemos nuestra anarquía.

Ideal, conciencia y destino, todo está –como en la flor el perfume y la pulpa y la semilla–, contenido en este grito. Colguémoslo de las horcas, martillémoslo en los yunques y, cuando caigamos presos, escribámoslo en los muros de nuestras celdas. Arañado, o remachado, o mordido, donde pise o pase o muera un anarquista queda un ¡Viva la anarquía!

Artistas, obreros o vagabundos. ¡Machos! Todos los que hacemos luz con los sesos, pan con los puños, caminos con los talones, hagamos de él nuestro santo y seña. Entre la sombra y el fuego, por sobre el mar y la cumbre, náufragos o centinelas reconozcámonos todos en el ¡Viva la anarquía!

Viejas, compañeras, novias; las que velan o amamantan o dan besos.

¡Hembras! Mientras reine la injusticia, el hambre y el salvajismo: – ¡Viva y viva!

Viva tres veces—, una vez por vuestros novios, otra vez por vuestros hijos y otra vez por vuestros nietos: ¡Viva la anarquía!

Las banderas de la tierra son las flores. Las banderas de los pueblos son los gritos. Floreced el vuestro, artistas, obreros y vagabundos. Y el vuestro también, doncellas, madres y abuelas. ¡Machos y hembras! ¡Viva la anarquía!

TODOS SON HUNOS

Como cuando la de España, y la del 14, y siempre y donde quiera que sea, los anarquistas tienen una posición frente a la guerra. No menos, sino al contrario: más que a todos los sectores les interesa un conflicto en que se juegan a vida o muerte conquistas de convivencia social que, aun no siendo las de todos sus deseos, si las pierden tendrán que reconquistarlas. Con todo que también sepan que nazismo y democracia son nada más que matices de un mismo mal, no niegan que sea mejor estar vivos que muertos.

Y ellos quieren estar vivos. Pero no sólo en su bulto o su pellejo, que cualquier garrote o bala les agujerea o les tumba. En sus ideas, que son, además, sus posiciones. Como anarquistas.

¿Cómo están en una huelga? ¿Desde qué móvil empujan toda su vida, privada o pública? Siempre desde su anarquismo. Y es la eficacia de este, la claridad y la fuerza que para él logran, que viven ellos y hay anarquía.

La guerra, esta y todas las que advienen por la existencia misma de los Estados, por más que nos interese, no es nuestra guerra. Por abajo y por arriba de la mayor o menor tolerancia que nos conceda

un gobierno, está lo que, justamente, vive por lo que nosotros no le concedemos a él: nuestro anarquismo.

Su dejación, por lo que llaman “la realidad del momento”, implica su negación como militancia y como doctrina. Es confesar que no es más que *parola*.

Charlas de charlatanes.

¿Es que negamos con esto la beligerancia a nadie en este u otro conflicto? Ni en la lucha ni en la paz; nunca, a ninguno. Mas, si somos anarquistas, beligeremos desde ahí, desde el anarquismo, y no desde una deriva o adentro del sucio oleaje de los frentes populares antinazis o antialiados.

Y todo esto porque ya, lo mismo que en otra conflagración, y cuando la Rusia y los de España se empiezan a sopesar “los realismos del ahora”, que si pesan hasta bajar un platillo es porque nosotros no ponemos en el otro el peso de la realidad anarquista. A más guerra burguesa, más revolución social.

¡CUMPLE LA LEY!

La democracia –en el sentido político de gobernar por el pueblo– pretende hacer de la ley un símbolo máximo. Como es creyente en su dios, quiere que creas en la ley, que vivas para la ley y sin salir de la ley. ¿No te alcanza una?...

Ahí van diez, o cien, o mil, y todas enderezadas a someterse a la ley. ¡Cumple la ley!

Una filosofía que no traspasa la ley es una filosofía de servidumbre. Lo legislado es deber que el hombre pierde como derecho. A este paso, si mañana, como en los tiempos de Herodes, fuera ilegal nacer macho, habría, no más, que no hacer. O esperar el verdugo.

Así estamos: con el porvenir abierto sólo a la ley, y a sus doctrinantes y aplicadores. Todo a ellos y a ella. Y nada, o cada vez menos, a la verdad por sí misma, la justicia por sí misma, la vida, en fin, por lo que está, por sí misma, es afirmación y empuje. Nada que la ley no mida, pese, calibre y promulgue.

¡Cumple la ley!

O apela. Pide a tus representantes que te reformen la ley. ¡Pide!...Y entonces en lugar de una, tendrás diez, o cien, o mil. Un plan quinquenal entero.

Hermanos: una filosofía que no traspasa la ley, es una filosofía de servidumbre. Y la democracia es eso. Yérguete contra su ley. ¡Viola la ley! Y que en ti la ley se cumpla.

CAMPOS DE ORÉGANOS

Huelgas, motines, bombazos puntean de llamas la tierra. Excepto Rusia, donde nunca ocurre nada, como en los cementerios, en todas partes la pelea sigue. O comienza.

Identificado el hombre con el fuego y con el hierro, sólo a ellos fía la conquista de su libertad y su vida. ¿Barbarie?... ¡Claro! Barbarie, pero de aquellas que le han venido empujando, también así, a hierro y fuego, a esa disyuntiva bárbara que es matar o morir: o morir matando.

Esta cruda realidad que despierta ahora a los pueblos, fue la angustiosa vigilia del anarquista. Desde Bakunin aquí, gritando viene. ¡Velar las armas! No hay paz dentro del Estado. Ni valor de pensamiento, sea él social, moral o estético, si no hay un valor de sangre. Porque, al fin, hay que pelear. O pelear en una guerra, o pelear en una revolución. Pero pelear. Todo acaba en este juego, en el que tendrás que ser el jugador o el juguete. ¿Jugador?... Entonces, a jugar fuerte.

Quiero decir, a tirar los gestos como la taba: a clavar. Y a clavarlos de tal modo que ni con palas los pueda desenterrar ni de la psicología ni de la historia.

Esto, o lo otro: que con tu destino juegue el político. Ese hideputa que siempre comparan al camaleón, porque cambia de colores. Y no. si han de buscarle su par digan, más bien, que es un topo, renegado de la luz, que te socava la vida, hasta sacarte el piso.

Y es la hora del hombre en firme. Entonces, a maniobrar los gestos como la taba. A esto llama el anarquista. Y entre huelgas y motines y bombazos, como en campos de oréganos, planta su tienda.

LA OPOSICIÓN

Bien está ésta en todas partes, porque se afirma peleando; menos entre políticos. No es pegarles en el suelo, sino que debe decirse: su resistencia, hasta ahora, al nazismo peronista sólo ha servido a la anécdota, alegre o cruel, pero negativa siempre. Es una oposición de ancas; de ancas de bueyes.

Sus principios y sus medios y sus fines nacen, actúan y mueren dentro del campo en que es reina esta madama: la ley. Gran señora, a la que tienen un miedo, o respeto, bárbaro. Pujan por ella, y a quienes la cumplimenta mejor. Y ni uno que sea negarla y, menos, a sugerir que fuera de ella pueda siquiera vivirse. ¡Ah, no! Sólo son a protestar que el que les golpea la vida la cumple mal, o no la cumple del todo. ¡Que hay que cumplirla!

Y yo pienso: cuando un buey se deja uncir es porque, tácticamente, se comprometió a yugarla. Se dijo: —¡Vamos a arar!— A gobernar, para el caso. Si luego, por sí o por no, mañerea o se hace el chúcaro, fatal viene a ser también que el que empuña la picana se desate en salvajadas. Todas las ancas revueltas incitan a picanearlas. ¡al surco, al surco!

Y sí, señor: desmán y crueldad es esto que a mí, de veras, me indigna. Pero esto no oculta aquello, que a nadie puede ocultársele: que en la entraña de estas víctimas había otros victimarios. ¡Otros que querían mandarnos! Por lo demás, si para ellos, lo mismo que para el buey, lo legal es enyugarse, que se revuelvan y bramen, reclamando lo del toro: ¡la libertad!, es un poquito grotesco...

No, no, no. El mal de toda la vida, para el hombre, es el gobierno; que lo que ocupe quien lo ocupe, y aun suponiendo macanas: que haya uno bueno. Cada cual padece el peor. Entonces: ¡a rechazar las coyundas, romper los yugos, negarse a surquearle el campo a esa cachonda señora Legalidad!

AQUÍ HABRÁ REVOLUCIÓN

Como en la planta, en el hombre radica fuerza. Y culpa suya será si no la emplea como debe: en cumbrear la flor o el fruto. Es cosa que me entra menos que una agua a un coco, que porque esté desarmado deba faltar en el pueblo fuerza revolucionaria.

No falta, ni faltó nunca. Pero sobran los *prudentes*; que alardean su prudencia, igual que las cicatrices en la cara de matones: para evitarse entreveros. Tipos que le cortarían al águila real sus alas. Y que le desteñirían al faisán sus plumas de oro. Y todo porque no tienen fruto ni flor que cumbrear, ni pensamiento ni acción audaces a que entregarse.

Contra ellos: la vida es fuerza. Fuerza en el macho, que se abre paso peleando. Fuerza en el grano, que brota hasta entre la piedras. Pequeña fuerza, quizás, pero que, centrada a polos, puede remover montañas.

Tampoco es cuestión de números. La capacidad de un pueblo para batirse y vencer no se la debe contar como matón del Estado cuenta su tropa. Ése cuenta como aquel que mandó a la cruz a Cristo; o como el juez que hizo envenenar a Sócrates; o como el otro también, de las horcas de Chicago. Cuenta verdugos, sicarios o pretorianos,

cuya eficacia matona es pareja, por la estúpida, con la de quien voltear el árbol para bajar el ave.

Yo cuento desde el volante de la evolución que mueve a la savia y a la sangre.

Con esa evidencia, digo: no se puede entrar de nuevo en el grano el brote, ni la hoja en la rama ni en la gema el fruto. Imposible volver más el espíritu a la nada.

Fue cumbreado por la vida, y no hay tiranos no esclavos, ni guerra nazi ni paz marxista que puedan bajarlo nunca. Ni aunque guadañen el mundo.

Sobre todas las catástrofes, el hombre salvará al hombre. Porque lo ha salvado está ahí: ondeando en la vasta tierra, en altas o en bajas varas, como capullo o espiga, su pensamiento o su acción. Un fuerte y gentil destino brilla en su frente y lo empuja al entrevero otra vez. Y a oro, por lo etincelantes, vuelven a sonar sus gritos. Y como remotes de águila, por la altura que dominan. Vuelven a ser sus ideas.

Contra todos los prudentes, y los matones, también, de cualquier laya de Estado: aquí habrá revolución. ¡La haremos! Y triunfará. Porque la libertad triunfa siempre; hasta sobre su derrota. Como aquel fénix de la leyenda vieja. Y porque en el pueblo, la vida es fuerza.

ASÍ SERÁ

Será así, en la sociedad futura: Un hombre, de esos que sienten la dicha sembrar y contemplarse en la reunión de las plantas, tomará el trozo de tierra que pueda labrar él solo; o, mano a mano, con otros rigurosamente afín.

Orientando, desde el vamos, hacia la gran abundancia, no descansará hasta convertir su prado en una plaza de sombra, un campo de pan o un bazar de fruta.

Y orientando, desde el vamos, hacia la gran libertad, abrirá su mundo al mundo, sin exclusión y sin cálculo.

Compañero de los hombres, lo primero que atraerá será su feliz campaña.

Verá crecer en las gentes, como otra siembra lograda, la simpatía en tallos llenos. De donde resultará que, aun a medio crear esa isla de su esfuerzo individual, empezará a producirle flor de amigos.

No tendrá porque temer depredaciones ni abusos. “Nadie roba en su bolsillo”.

El daño, presunto o real, que hoy podrían hacer los pobres si los dejaran entrar por un momento, no más, en las fincas de los ricos, cesaría por completo si los dejaran entrar de una vez y para siempre. Porque no hay tamaño estúpido que destruya, mate o ciegue la fuente, el árbol o el surco que le dan pan, sombra y agua.

Los que habrá, quizás, sean éstos: los egoístas mediocres, que pretenden apropiarse lo que pertenece a todos. Se les dejará de lado, sin amigos ni campaña, a que vegeten y mueran como plantas sin sol ni aire. Y, quizás también, haya otros: productores que no quieran producir más que para sí y los suyos; los hombres que habrán perdido su fe en el hombre. Y a éstos habrá que esperarlos hasta cuando se recobren en su íntegra humanidad.

Así será, y no de otro modo, el mundo del porvenir: un florecimiento de islas del esfuerzo individual. Dichoso de contemplarse cada uno en su obra, se orientará, desde el vamos, hacia la gran abundancia y hacia la gran libertad. Será así.

PRIMERO: LA LIBERTAD

La cuestión no es alcanzar el sentido o el dominio de los complejos sociales.

Ni estar al día en política o en arte, o en una o en muchas ciencias. Esas son otras cuestiones. Se puede ser elemental como un niño, o simple como un salvaje y, sin embargo, querer lo que es, en definitiva, primero siempre: la libertad. Ser libre.

El anarquista no hace caudal ni tabú del genio ni del estúpido. Ni vota a aquel ni veta a éste. Sabe que el más desvalido de luces y de coraje, lleva también en su sangre, grano germinador, un dorado ensueño: ser libre. La libertad.

La libertad... Ser libre... No sé qué de eterno y grato pasa por el corazón del hombre cuando un esclavo se yergue a decirle a su tirano: ¡Vamos a ver: la libertad aquí! Se acabó ya tu siervo: ¡ahora soy libre!

Cada vez que esto acontece, algo se agita y aflora en la humanidad. Escéptica, vieja, exhausta, siente que en alguna parte le renacen los botones de su vigor juvenil. Y es porque la libertad es

una fuerza con alas: nos remece y nos remonta desde todos los abismos.

Y es bueno que deba ser conquistada, igual por el individuo que por los pueblos. Ella, como la vida, nos dice: ¡Tómame! ¡Poséeme! No me doy más que a los bravos, que me quieren y se atreven.

Los débiles se acomodan y apesebran. Y así vegetan: a poco amor, a poca dignidad, a poco pasto. Sobre estos no se rehará ni el fervor ni el carácter de la especie. Son las aguas pantanosas, sin fluir de sí, que el hombre libre debe remover con varas; valerosamente.

A no ser cursis. A no hacer una cuestión de estar al día en política o en arte, en una o en muchas ciencias. Esas son otras cuestiones. La primera es tumbar esto: la tiranía y el tirano, y cuanto impide ser libre. Primero: la libertad.

DE ESPAÑA

EL DRAMA ESPAÑOL

Tratemos de hacer conciencia. Porque entre todo lo bueno que se ha venido de España, tenemos, ahora, lo malo que aquí se viene. Arribista, como siempre, la prensa burguesa ha creído ponerse a tono español girando el lugar común. No entiende nada, y se explica. Móviles, sentidos, fines, le son extraños en esta lucha, no de izquierdas y derechas —márgenes de un solo caudal de fango que es la política—, sino entre las dos corrientes que se disputan su vida desde que existe: la que va y la que regresa. Por toda la libertad o toda la dictadura.

El viejo pleito del Hombre; aquél de todos los tiempos, primero y último —¿libre o esclavo?—, es hoy el pleito español. Español por el coraje tremendo con que van a dirimirlo los españoles. Que así es España: absoluta en claridades y en sombras. Y porque es así es también tan terriblemente hermosa su posición en la Historia. De extremo a extremo: “¡Vivan las *Caenas*” O “¡Viva la anarquía!” La pelea está en su sangre. Y gracias a sus contiendas, de siglo en siglo, la humanidad ha sentido que vivir es una gestión dramática, una batalla a morir entre lo vil y lo heroico.

Como ahora. Bolcheviques, liberales, militares la venían propagando tenazmente. Mansa y fértil —tierra, al fin, de

cementerios—, les devolvía mil por uno. Ya era marxista, republicana o monárquica... Pero he aquí que, al primer pistoletazo, o al primer grito de guerra, es como si su destino la llamara por su nombre: ¡España! Y su superficie se hunde y su fondo sube... Y salta sobre la arena la crucial española: dos bandos, que siempre fue, y que será, mientras no triunfe uno solo, acabando con el otro.

¿Y el determinismo histórico? ¿Y la cultura política? ¿Y dios y el diablo?...

Palabras. O, si queréis más: pretextos para volver con más furia a la guerra vieja.

Éste es el drama español, que ya no es social tampoco; que está más hondo, va más allá, y no tiene solución en un envaselinado juego de relaciones. Su problema, que no pudo resolverle ni el romano ni el francés, ni el judío ni el moro, es el angustiante y único que debe plantearse el Hombre: ser o no ser.

Abismo o cumbre. Ladera: ¡no!

En estas agonías vive la realidad española. Cuando fracasa, descansa. Y en estos descansos es que la explotan los políticos, la aherrojan los militares y ven su España de pandereta los literatos.

Hasta que, descansada, vuelve a la lucha. No hacia derecha o izquierda, sino hacia atrás o adelante. Por toda la libertad o toda la dictadura.

Veréis, si no, de aquí a poco. Bolcheviques, liberales y monárquicos enjuagarán sus tinturas, que sólo son de fachada, para aparecer unidos, codo con codo e iguales, frente a nosotros. Éste es

el nudo del drama, cuyo primer acto, ahora, se está jugando en España. Y que sólo es español por el coraje tremendo con que esta vez, como siempre, lo plantean los españoles.

Somos dos bandos los hombres. La pelea es en la sangre de la entera humanidad. ¿Libres o esclavos? ¡Por la anarquía, compañeros! ¡Como en España!

DURRUTI

El anarquismo es, primero que todo, una posición: el hombre libre. Por querer serlo es su lucha con el medio, mundo o trasmundo, metafísica o prejuicio que le niegan o le oprimen. Su doctrina, el comunismo anarquista, es un sentido, no un tópico: un resplandor de su sangre y no una entelequia sociológica. Está en ella y la milita y la vive, y ése es su drama: que el impulso de su vida, poderosa o delicada, al expresarse en su acción, pueda revelar, para unos, la imagen de un santo y, para otros, la enmarañada estampa de un bandido.

Éste es el hombre que aún no ha captado la historia, ni intuitido el arte, y a cuyo paso escupen o se hacen cruces los papanatas. (Los periodistas). De él, de su oscuro camino que, de tanto en vez, alumbra su odio al tirano o su amor al pueblo, no sabe ni siente nadie que no sea otro libertario. Como Reclus, el tierno, sabía de Ravachol, el dinamitero.

Y que lo ignoren tampoco importa. Y menos que nunca ahora, cuando ideas, sentimientos y adjetivos están de vuelta hacia los instintos. Bueno o malo, vil o noble no expresan nada. El burgués, con su cinismo, avergonzó honra y deshonra. Han quedado las palabras; las cáscaras de una pulpa que se ha volcado hacia adentro, a la raíz de la especie. ¡Mejor! De allí volverán mañana más sabrosas y fragantes. Más esenciales. Para esto es también la guerra con los dientes apretados y la esperanza del triunfo hasta en los gusanos de nuestros muertos.

Durruti, santo o bandido, no es, jamás fue, el real, el Durruti nuestro. Eso es caricatura o leyenda: las dos estampas barrocas tras de las que siempre estuvo, erguida en su tragedia o su poema, la imagen militante del anarquista. Y ésta no la ve ni capta nadie más que nosotros.

Ha muerto el hombre. Frente a su noble jornada, que no tuvo más salario que el de su odio al tirano y su amor al pueblo, meditemos un momento: ¿Qué fue Durruti?... Un compañero, cuyo vacío hay que cubrir como, a su tiempo, cubrió él el de otro. Llorarlo sería llorarnos. Y ahora estamos en la hora de hacernos al rojo vivo; de que la sangre y las lágrimas se nos vuelquen hacia adentro, a la raíz del coraje. ¡En marcha! ¡Avante!

¡A POR TODO!

La realidad anarquista está en las posibilidades que tiene el pueblo de realizar la anarquía. No la inventamos nosotros: cuando más la suscitamos, poniendo un acento enérgico a cuanto en él es instinto y esperanza. Intuía la libertad: debe vivirla; aborrecía el Estado: debe aplastarlo.

Esto no será tan fácil como escribirlo. (¡Qué va a ser si ésta es la lucha en que agonizamos!) Pero nadie puede probarnos que es imposible. Por más que digan los que, llegada la hora de la realidad anarquista, se quedan a la mitad del camino, los obstáculos que ven o los riesgos que señalan, no se los levanta el pueblo, sino los que no pueden querer, porque no les conviene, o porque no comprenden, la anarquía. ¿Cómo aliar las pequeñeces de ellos con las grandezas nuestras?... ¿Por qué pararse a contemplarlas?... Mejor sería recordar que no hubo, hasta ahora, alzamientos populares, y menos revoluciones, que se perdieran por pelear mucho y quererlo todo, sino al revés: por no emplearse a fondo y querer poco.

Del mal el menos, es un eufemismo del no podemos; la realidad que se nos impone, no la nuestra. Porque no se puede todo, solos, adherimos a los que, solos también, no pueden nada. ¿Pero es que

somos nosotros, los Fulanos o Zutanos, los miles o los millones de anarquistas, la anarquía?... ¡No!

¡Protestamos que no! Que tengamos su acento y su doctrina no quiere decir que tengamos la realidad de su vida. Ésta la tiene el pueblo. Y de sus limitaciones para vivirla no podemos hacer caudal nosotros: porque no está probado que así sea y, en cambio, sí está probado que el que lo limita es el gobierno.

En este instante del mundo de sí o no, de bien o mal, sólo los que no pueden, por infijos o cobardes, juegan a menos. Son los que siempre también ventajearon las derrotas de los rotundos y fuertes. Los que, entre los dos extremos del varonil todo o nada, del salto hacia el infinito o el regreso a la caverna, se quedaron en el medio, entre las dos audacias, que les dan miedo.

¿Somos nosotros, los anarquistas, de éstos?... ¡No! ¡Protestamos que no! Son nuestras arremetidas las que han llevado a la humanidad a esta encrucijada de vida o muerte. ¿A qué engañarnos?... Porque peleamos por todo, los enemigos del hombre pelean porque no logremos nada.

Pero el pueblo quiere todo. La anarquía es todo. Anarquistas: ¡A POR TODO!

POLÍTICA

¿Era una fatalidad la lucha entre las fracciones por “el copo de las masas”? Lo que se llama fatal ¿no es la carátula trágica bajo la que ríe el caudillo? ¿Quiénes desatan y explotan tal fatalismo? ¿El pueblo que, fatalmente, sufre y muere en la pelea, o los que, en las retaguardias, viven y operan con vistas a las ventajas, suyas o de sus partidos?

Tras el golpe que aplastó, no sólo a los militares, a los burgueses también, el proletariado ibérico volvió, una parte al trabajo, mientras la otra defendía y ensanchaba el área de sus conquistas. La revolución vivía desde el fondo de las almas hasta la boca y la punta de las herramientas y de los rifles. Honda, ceñida, vibrante, expresaba la alta tónica y la corajuda mística de una mayoría resuelta a todos los sacrificios para llevar adelante su primer triunfo. Así la vio y la sintió el mundo asombrado. Así era.

¿Quién, o quiénes, sobre el Estado vencido, cavilaban el botín de jefaturas? El pueblo no. Los políticos. Al margen de la generosidad pululante preparaban el asalto al Poder vacío de jefes. No eran obreros ni revolucionarios; eran parásitos, y querían ser amos.

No es gran éxito lograrlo en una revolución. No acredita ni de genio ni de héroe. Eso es lo que está vacante; que abandonan en su fuga de gallinas, los burgueses, cuando ven venir las águilas proletarias. Pero, ¿a quién sirve? ¿Qué monta? ¿Vale la pena frenar el hecho insurreccional para despojar a aquellos de lo apropiado... y apropiárnoslo nosotros? ¡No! Si la revolución ahonda su cauce vivo, todas estas porquerías serán barridas. No son fatales.

Fatal ha sido otra cosa: que en vez de seguir al pueblo, orientándolo en sus luchas, nos volviéramos a compartir posiciones de gobierno. Fatal que en eso estemos aun. Fatal para nuestra fuerza y el decoro de nuestra alma. Fatal que politiqueemos, porque seremos vencidos, fatalmente... Y ésta es la única fatalidad que nos parece muy bien: ¡Que en política nos venzan!

GANAR LA GUERRA

Cuanto pensamos —y hasta donde es hoy posible escribirlo— es para ganar la guerra. Perderla es morir. Pero hay algo más aún: ganarla contra nosotros como anarquistas, es suicidarnos. Al frente o atrás, en el posibilismo político o en la posibilidad revolucionaria, hay igual amenaza: la muerte.

Ni suicidas ni mártires, miramos la disyuntiva serenamente. Sin fanatismo ni miedo. Y vemos que la salvación está en nosotros. No la física, que en la guerra es problemática; la moral, que es la vida para siempre.

Y nos quedamos con ésta. No para perder la guerra, si no se puede ganar para la anarquía; esto es estúpido y puede ser también cobarde. Para perderla o ganarla fieles a nuestro anarquismo; esto es coherencia y coraje. La realidad extraída de todas las realidades que nos han dado a elegir los que se dicen realistas.

Ganar la guerra desde la revolución. Pudo ser; no fue. Puede ser todavía.

¿Cómo? Volviendo a la revolución.

Contra Mussolini y Hitler: la revolución. En frentes y retaguardias: la revolución. En nuestra vida de lucha y de relaciones: la revolución. Para que los obreros del mundo, los hombres libres del mundo trabajen y vengan, como al principio venían y trabajaban por la revolución en España: ¡La revolución!

Nos jugamos la cabeza a que todavía ganamos esta guerra desde la revolución. A que de este punto muerto, en que ahora ha caído todo, aún es tiempo de saltar a la victoria. ¡Desde la revolución!

LA CONTRARREVOLUCIÓN EN ESPAÑA

Una revolución en marcha no puede ser juzgada desde la inmovilidad de una teoría política. No es un hecho; es un proceso en que los imprevistos e imponderables —iniciativas y audacias de un pueblo en armas— juegan roles definitivos e inesperados. Se puede hablar de sus etapas concluidas o superadas.

Establecer hasta dónde cumplieron, o no cumplieron, con determinada táctica.

Pero, al otro lado de eso, lo humano se ríe del tópico; éste, por ancho que sea, y profundo, es siempre un cauce; y una revolución es la vida desbordada.

Para el que ha estado, como el autor de este opúsculo, en plena guerra española, esto debiera serle evidente. Es lo que se ve primero; lo que más hondo impresiona. La palabra ni la acción no la dictan ni la viven las directivas de la C.N.T. y la F.A.I. La dice y realiza el pueblo; cada hombre y cada mujer de esas organizaciones. Sus caudillos —y en esta realidad alienta nuestra inquebrantable fe—, sus caudillos logran serlo cuando la revolución se inmoviliza. Por ese

tiempo están vivos, actúan y determinan. Mas cuanto aquélla se mueve, marcha, estructura en la vida, ellos son muertos que flotan a la deriva, o quedan para pudrirse entre las resacas, de las orillas.

Estas reservas que hacemos a la tesis del trabajo de R. Luzon, no tocan a los informes que el mismo aporta. Son valiosísimos. Eso que él cuenta, y no menos, sino algo más todavía, se ha hecho en dos años de orientación anarquista, bajo la traición y el crimen estalinista—burgués. Son estampas fotográficas. Datos de una veracidad histórica indiscutible.

Pero antes de eso, y después, hay, y habrá para un rato largo, una revolución que no puede ser juzgada desde la retaguardia en que estuvieron, y están, todos sus caudillos. Y Luzon, para juzgarla, se ubica también entre ellos. Habla desde una teoría política al cien por ciento. Y a eso se debe, sin duda, que llegue al fin de su opúsculo, suspirando.

—¿Triunfará C.N.T.—F.A.I.?— se pregunta. Y se contesta—: Esto no depende de ellas, sino de las circunstancias que permitan a los pueblos de otros países desafiar a toda Europa.

“Toda Europa” es el burgués, su banca y su imperialismo. Mas “toda Europa” es también lo que no preocupó a Lenin, ni a Hitler, ni a Mussolini para ir derecho a lo suyo, en contra de “toda Europa”. De preocuparles, de mirar “las circunstancias” que podían serles adversas, aquél habría muerto en Suiza, y éstos estarían ahora en una casa de locos.

¿Triunfará C.N.T.—F.A.I.? Pregunta ociosa. Una cosa es cierta siempre sobre la tierra española: los proletarios no esperan, para

lanzarse a la lucha, la orden de sus directivas. (Insistimos en un hecho que Julio y Mayo probaron). Ni la esperarán tampoco cuando, vencido el fascismo, se vuelva a pedir cuenta a sus retaguardias derrotistas. ¿Y si los vencen?... ¡Compañero! Ése es el imponderable o el imprevisto frente al cual no hay más que una posición para nosotros: dentro del pueblo, en medio de la corriente de su vida y sus acciones, llenas también de imprevistos e imponderables. ¿Más claro? ¡Menos politiquería y más comunismo anárquico!

ANTIFASCISMO

La burguesía es la clase que menos ha resistido al despojo y al desquicio.

Todas las otras, de nobles y militares, religiosos y feudales, están todavía aquí, vivas y actuantes, contra su enemigo nato: el proletariado. Sólo ella, que apenas cuenta un siglo de predominio, agoniza de incapacidad y de espanto.

¿Ley histórica? Seguramente, también. Pero, sobre todo, sentencia que venía implícita en su natural parásito. Economía, más que en el orden social, en las bases de la especie. Es ésta que se sacude lo que la roe sin honrarla. El burgués relaja al hombre que, por absurdo que sea, siempre desplaza su acción desde un mínimo de idealismo y de carácter. Él no cree en nada; sin sustancia y sin espíritu, su vida está en sus tentáculos.

Cuando se habla —o, si queréis, se hablaba— de nobles y de plebeyos, de sangre azul y de la otra, no se emitían sólo frases. En la mente del bandido o del imbécil, que de ellas hacía pavés, eran una convicción por la que moría o mataba. Y a esa tozudez sincera responde su pervivencia. Ahí están, aquí les veis, como en las remotas épocas, al frente de sus mesnadas. Y así podemos decir:

fascismo y antifascismo son otros nombres, no más, de las mismas viejas causas que ahora pelean nuevas gentes.

De esta lucha se excluyó la burguesía. Y no por disconformismo esencial o filosófico, sino por debilidad e indefinición. Su postulado demócrata mima su avidez parásita; pero no engaña a nadie ni satisfizo nunca; repugnó a los dos bandos. Era el tercero en discordia, la vaselina en la máquina, que unos querían romper, y otros ajustar hasta reventarnos. Como tal ha ido al desquicio en Rusia, Alemania, Italia, y ahora en España. No cuenta. Y quererla hacer contar es, más que mala política, una absoluta carencia de eso de que tanto se habla: sentido de la realidad histórica.

Y he aquí que los bolcheviques pretenden que la contemos. ¿Por qué? Porque *gracias* a los nuestros, que no la pulverizaron, como debieron, ella sigue en el Poder y puede facilitarles esto que, desde la calle, sigue siendo todavía muy peliagudo: copar a un pueblo que lucha por su libertad integral.

¡Claro, también! Ella, cobarde e inepta, se apaña en estos audaces haciéndoles un lugar en sus directivas. Y el resultado ha sido éste que, ahora —¡tarde piaste!—, se nos viene a denunciar: el 50 % de la burocracia aquí es comunista.

Agregad que otro 65 %, el de la nafta con que Mussolini mueve sus tanques y sus aviones sobre la tierra española, es ruso. Y tendréis la revelación del móvil de sus Frentes Populares: servirse de los burgueses para aplastar la anarquía.

Y a este juego, ventajeador y tartufo, le llaman, algunos nuestros, antifascismo. Y lo hacen. ¡Lindo!... Si no fuera trágico. Si sólo

perdieran ellos su apelativo anarquista. Juegan la revolución. ¡La pierden!

EL ESTADO, LA REVOLUCIÓN Y LA GUERRA

Si nosotros no supiéramos que: a) cuantos colaboraron para afirmar la república, en lugar de emplearse a fondo por la anarquía, fueron a eso convencidos de que “una cosa es la doctrina y otra muy distinta es su posibilidad” en un pueblo amenazado desde todas las fronteras, y aun desde dentro mismo, por las fuerzas reaccionarias, bolcheviques y burguesas; b) sí los que tal hicieron tuvieran ahora la más mínima esperanza de una justificación, no frente a los anarquistas, que hay, hubo y habrá siempre muchos que los justifiquen, sino ante el proletariado ibérico, que es quien hizo, y a quien se le deshizo, desde el gobierno, su revolución social, y c) si nuestra estada en España y el contacto personal y militante con algunos de estos hombres no nos hubiera servido para comprender su angustia ante el sacrificio estéril de su anarquismo; nosotros no discutiríamos nada; con Santillán ni con nadie. Sabiéndoles insinceros o insensibles, les dejaríamos de lado.

Pero, no es ésta la cosa, en ningún sentido. No se trata ni de pillos ni de idiotas; de hombres que se echaron la manta atrás o que no comprendan. Sus vidas prueban contra cualquiera sospecha. Todo lo que se quiera decirles, se lo han planteado. Y lo sufren. Para convencernos de esto está también este artículo del director de

“Tiempos Nuevos”. Santillán explica lo que ocurrió. Lo explica, porque aún le duele.

“Fuimos al gobierno, dice, porque teníamos una preocupación dominante: poner todos los recursos, todas las energías, todas las posibilidades del país al servicio de la guerra, a la que considerábamos sagrada, por ser una guerra del pueblo contra aquellos que se habían sublevado para reducirlo a una esclavitud peor que la ya sufrida”.

Esto es lo más sabroso de su trabajo. Y éste es también el móvil y el fin de cuantos fueron, no solamente a ministros —¡ay!—, hasta a carceleros. Fueron porque tenían “una preocupación dominante”: ganar la guerra...

¿Pero, estamos en lo mismo de siempre, entonces? Estamos en el 14, cuando Kropotkin, Malato y Grave alegaban, para militar con los aliados contra Alemania, una razón de cultura contra barbarie. ¿Y qué ganamos ganándola? El bolchevismo en Rusia y a Mussolini en Italia. ¿Las democracias?... Ya, ya... A la inglesa o la francesa que son, más aún que las dictaduras, las culpables de que no la ganemos en España.

Ganar, perder... Muy importante, sin duda; pero no tanto para hacer de ello un problema de vida o muerte. La disyuntiva era otra: ganando desde el gobierno desarmábamos de razón y de eficacia al anarquismo. ¿Para qué, ahora, propagarlo y encenderlo? Con hacernos sus ministros, ya estaba hecho. Un paso más que avanzarais y nos preceptuáis la lucha desde las urnas... Y todo para que no se nos venga la reacción —que no podía venirse, porque en

el primer semestre no tenía ni armas ni mercenarios— y nos reduzca a “una esclavitud peor que la ya sufrida”... Y perdiendo con el pueblo —¡que no perdíamos!— ganábamos para siempre la realidad de esa experiencia anarquista en que él empezó a vivir y que vosotros, al afirmar el Estado, quisierais o no quisierais, le saboteabais. Ésta fue la encrucijada en que fracasasteis.

¿Y ahora?... Ahora a volver al anarquismo viejo. Con más conciencia y más fuerza. Y si perdemos... ¡A morir de pie!

LOS MÍOS

BAKUNIN

Bakunin es una masa de vida explotadora al cincel, pensamos. No hay piedra capaz de contenerlo en su esencia. Estallaría del pecho; se le abriría astillada la cabeza.

¿Y el bronce?... El bronce se haría un puñado de fuego, se caldearía como un horno, hasta abrirse. Bakunin es una llama de vida incontenible. Como un grito de la tierra.

¿Comparaciones?... Poned la divinidad de Cristo, la cinta de inmensidad que lo nimba, su fragancia de martirio, y será, cuando mucho, su reverso. ¡Cuando mucho! Frente a frente, talladura a talladura, no tiene igual, nos creemos.

Bakunin es como una ola de pueblo, de agua de vida, mesturada de casquijos milenarios, que se quedó estatua en pie. Hombre en el dintel del mundo.

Nadie dijo de él lo justo. Nadie describió su “modo”, su gesto, su musculatura ideal. Se ha dicho: atravesó la Siberia tumbando osos. Escribía como si hachara en un bosque. Castelar, rey del discurso, reculó como un lacayo, al oírlo, de rodillas... Se ha dicho lo que se dice del mar, del viento y del fuego... Pero esculpid eso en piedra,

fijadlo en tela, vaciadlo en bronce. Imposible. Se parte, escapa, explosiona. Como un grito de la vida...

Es virtud de la grandeza disasociar las ideas. Bosques, cumbres y llanuras nos vuelan los pensamientos, como sombreros. Vuelan hasta las cabezas. Se sienten a pura carne, en la masa del instinto...

¡Bakunin!... Y vemos osos tumbados, pueblos en marcha, reyes que se le arrodillan. ¡Bakunin!... Y nos vuelan las ideas como sombreros. El cráneo también nos vuela. —¡Bakunin!... Y se ve una ola de vida, mesturada de casquijos, que se inmoviliza en Hombre, en Ideal, en grito: ¡Viva la Anarquía!

Grabad, esculpid, pintad la Anarquía, artistas. ¡Es Bakunin!

RADOWITZKY

La Revolución, como las mujeres, tiene esposos, hombres serios, que la aman y la fecundan; pero su amor, lo que se llama el amor, será siempre de los jóvenes. De estas flores de la vida corona ella sus crenchas alborotadas. Ni el sabio que le da hijos, ni el artista que proclama su majestuosa belleza, ni el obrero que la defiende peleando, con serle queridos todos por serenos, gentiles y bravos, son amados en la forma que ama ella a la juventud, a los muchachos revolucionarios.

¿Por qué?... Por lo que aman las mujeres: su propio amor ama en ellos. Su primer novio que en el dintel del mundo, joven y bello, murió por ella a manos del primer verdugo. ¡De entonces a hoy, todos los jóvenes que a sus pies deponen el tesoro sagrado y sin precio —su libertad y su sangre— son aquél, son ése!

Y ellos ¿qué aman en ella?... La misma cosa: su propio amor. Interrogadles y veréis que os dicen que apenas si la conocen. Cierta noche, sobre un libro que leían sin entender, vieron su nombre y les pareció lo único allí luminoso; la amaron. Cierta tarde, paseando, les cortó el paso una insurrección del pueblo; a la cabeza iba ella, tal como la habían soñado, severa, trágica, con las pupilas llameantes; la siguieron. Otro día creyeron oír sus voces rugidoras e iracundas a

través de los muros de una cárcel; la rondaron. Y, lo mismo que ella a ellos, desde entonces vivieron para invocarla, suscitara, libertarla.

Éste, y no otro, nos carece el misterio de ese amor, secreto lazo irrompible, que ata a los jóvenes a la Revolución. La bomba que ellos arrojan es la voz con que la invocan; el incendio que propagan es la seña que le hacen para que se guíe hasta ellos; y la sangre que gotean sus carnes martirizadas, son las flores que le siembran para que ella las recoja y adorne sus crenchas ásperas.

¿Comprendéis?... Otros la aman como esposos; ellos la aman como novios.



Radowitzky y Pacheco

La Revolución de aquí, tiene también su amador fiel: éste es Simón

Radowitzky, el niño héroe. Ahora es hombre, pero su corazón anarquista permanece adolescente. ¡Cómo la ama; con qué fuego inextinguible desde su cautiverio de eternas nieves!

¿Y ella?... ¿Le habrá olvidado?... ¡Ah, revolucionarios, revolucionarios! Hay que erguir la Revolución en la Argentina por la libertad y la vida del primer novio de la Anarquía! ¡Por Simón Radowitzky!

KURT WILCKENS

Blanco y fino, bañado el rostro en el suave azul de sus ojos. Más que obrero, parece artista. Como él han de ser mañana, que el trabajo no ensucie y deforme, todos los trabajadores.

Nada de trágico, ni un arrebató: ninguna de esas fugas, que a nosotros, latinoamericanos, nos desflecan en ruidos confusos. Ni braceos, ni charlas, ni empaques. Luz serena y firmeza honda de hierro labrado a lima.

Sí. El viejo mineral noble ha debido entrar por mucho en la composición de su espíritu. ¡Hierro! Moléculas terriblemente ceñidas que resisten, sin soltarse, igual la temperatura del polo que de la fragua. ¡Hierro! Lo que el fuego purifica y el agua temple. ¡Hierro! El de mi pluma y su bomba, el del máuser del milico y el de la hoja de la espada de Várela. ¡Hierro!

Sí, sí. Esto es la médula de sus vértebras, el riel por el que conduce su vida Wilckens. Encima de ejes de hierro marcha su carga de ensueños. Ideal e instinto, voluntad y fuerza ritman una sola trepidación sobre los caminos, bajo los cielos, con rumbo a la anarquía.

¿Por qué ha matado este hombre?... ¿Hay todavía que decirlo?... ¿Por qué se tiende sobre el abismo el puente, se dinamita al peñasco, se ultima al lobo?...

Explicaos esto, y la muerte de Várela está explicada. A nosotros nos ha lavado el rostro. Triste rostro, que el sudor propio y la saliva ajena enmascaraban de oprobio. Estamos limpios ahora. La claridad de sus ojos baña nuestra alma. El hierro de su espíritu vibra en nuestra sangre.

Esto es verdad, compañeros. Como es verdad que este Cristo infamado, que es el pueblo argentino, desde su cruz sonríe. Sonríe a Kurt Wilckens.

Por lo demás, burgueses, no creáis que bailemos de contentos. Un hecho de éstos es una cumbre a la que miramos con respeto. Tampoco él estará alegre. La altura es fría y sola. Y un hombre que ama a los hombres, como Kurt Wilckens, sólo entra en ella cuando su deber es más fuerte que su amor, que su vida y que su muerte. ¡Cuando su deber es hierro!

Y allá irá con Radowitzky ahora. Y ya son dos... No hagan los bárbaros —burgueses orangutanes y militares gorilas—, que sean tres o diez o cien. No asesinen alevosamente. No reproduzcan contra este pueblo sin odios, la odisea infamante de Cristo. Pequeña, tardía, anónima, algo de justicia existe.

Recuerden a Falcón; piensen en Várela. ¡No olviden a Kurt Wilckens!

LA MUERTE DE KURT WILCKENS

Y bien; Wilckens, a su vez, fue muerto. Parecería que esto debiera descontarse y que, quizás, él mismo lo descontó desde el primer momento: vida por vida, muerte por muerte. Pues sólo los asesinos, los perdidos en la sombra de su delito, se eluden, muerden y se agazapan, son una sola cosa con la noche de que parten, con la oscuridad a que vuelven. Hay que rastrearlos, como a las víboras, entre las grietas de sus instintos, como a las fieras, entre los matorrales de su conciencia...

Wilckens no era de éstos. Los compañeros saben que este hombre andaba en lo alto; que su mirada azul besaba toda cumbre, que su espíritu era como una pasa prendida a toda altura. Que era bueno, consciente y responsable. Y que lanzado al terrible trance de vengador del pueblo, seguramente, positivamente, descontó que, a su vez, iba a ser muerto.

Sí. Wilckens sabía eso. Todo grande siente la fatalidad como un ave guerrera enredada a sus entrañas. Sabe que, tarde o temprano, lo arrebatará en su vuelo, lo llevará a perderse, a estrellarse, ya a los pies de un tirano, ya sobre una barricada. Y descuenta la muerte.

Wilckens sabía... El que no sabe nada, el que es un pobre inconsciente, es su matador. Viscoso y pequeño, vedlo, ahora, queriendo pasar por loco, alegando torpes alucinaciones. Héroe de los militares, se les transforma de pronto en un vulgar chicanero irresponsable. Echa borda abajo el gesto, la dignidad, hasta el móvil de su crimen y se presenta a sus jueces tornado en un simple idiota.

¡Guardáoslo, señores!

Nuestra historia no precisa ni el recuerdo de ese maula alevoso. Le basta con su muerto, le sobra con su vivo. Kurt Wilckens y Simón Radowitzky. ¡He ahí la medalla grabada a nuestros corazones!

Si el pueblo tiene un rostro, un alma, una voluntad, estos hombres son el pueblo de la Argentina. Por ellos nos conocen y en ellos avanzamos. Juventud y madurez, fervor y pensamiento, ternura y fuerza; parecen uno solo a través de dos edades, la marcha de un ideal a lo largo de los años...

En cuanto a lo demás, Wilckens, como Radowitzky, descontaron la cárcel y la muerte. Fueron grandes. Y toda grandeza es fatal. ¡Adelante!

MALATESTA

He aquí un hombre que se ha ganado el derecho de hablar a la humanidad, y que esta le oiga. Sin ser un genio, su palabra se autoriza universalmente. Y es que todos saben que un solo interés mueve su lengua en la tribuna, su pluma en el periódico, su pie sobre la tierra: la justicia.

No posee más que el Ideal, y éste le basta para estar en todas partes como en su casa y hablar a todas las gentes como a hermanos. Herrero, deja su lima, rodea a sus camaradas de trabajo y les dice su pensamiento libertario. Vendedor de refrescos en la calle, para su carro, lo trepa y conglomerada transeúntes para cantarles sus sueños. Fugitivo de la cárcel o la horca, no se esconde para temblar o rectificarse: escribe un folleto, planea una acción, se concentra para un nuevo ataque. Cincuenta años de esta vida han llegado a identificarlo con su palabra. Él es lo que habla: un comunista anárquico. Y viejo y vagabundo y solitario, es grande como la idea que lo alienta, fuerte como el fierro de las armas, joven como el Ideal.

Y no es un santón ni un ídolo. Nadie le ve apareciendo entre astros, rodeado de resplandores, sobre una cumbre. Es más veraz que todo eso y más efectivo.

Es un compañero de los hombres. Es el compañero Malatesta.

Y ved todavía, qué raro... Todo aquello que desvela y desvive a los caudillos, a él no le inquieta. Es un jefe sin soldados y sin táctica, para quien no hay victorias ni derrotas; para el que todo es una sola batalla... Sale de su suburbio de Londres, o del cuarto del camarada de Ancona, o del barco que le trae de una excursión por América, y dice lo que debe decir, en cualquier calle y a cualquier hora: ¡comunismo anárquico! Y esto le basta para arrebatarnos a los tiranos y a los canallas sus multitudes embaucadas.

Ésta es su obra y él mismo es esto: un hombre que alza la visión del pueblo y que aparece siempre apuntando al ideal más alto. La humanidad lo ve. Los revolucionarios le amamos.

En estos últimos tiempos, Malatesta ha caído a Italia. Vuelve indultado, septuagenario, pobre. Llegaba en momentos de triunfos bolcheviques y de derrotas burguesas. Podría callar, retirarse, hacerse a un tibio rincón para morir en paz...

¡Ha peleado tanto!

¡Pero, no, no! ¿No veis que es Marx, el calumniador infame, su táctica dictadora, el socialismo de Estado, lo que amenaza imponerse?... ¡Hay que luchar todavía!... Y ahí está luchando, luchando por el comunismo anárquico.

¡Gran viejo nuestro! ¡Compañero de los hombres! ¡Compañero Malatesta!

KROPOTKIN

Generalmente, se ha tachado al anarquismo de no tener una filosofía. Un anarquista, así fuera un Bakunin, un Reclus o un Malatesta, ha sido siempre visto, más que como hombre que mueve ideas, desata fuerzas espirituales, pone de pie realidades hasta su llegada inéditas, y todo ello con un fin dentro de su concepción de la vida, como un simple rebelde, inquieto y romántico. En general, como poco serio para ser sabio, parcialmente informado para sociólogo y, sobre todo, excesivo, harto excesivo en sus amores o sus odios para ser comprendido en la categoría de los filósofos.

Sin negarles el genio o la bondad o la audacia, se les ha colocado en fila con los ilusos, resplandecientes pero dispersos, poderosos por esencias pero estériles e ineptos como sistematizadores. Se ha dicho de ellos lo que podría decirse del árbol que se carga de frutos, pero que no entiende de su clasificación en el catálogo; del ave que llena el aire de notas, pero que es incapaz de ordenarlas en el pentagrama. No tiene mostrador, no tiene música, no tiene filosofía, en una palabra.

Y esto, dicho hasta el cansancio, y desde todas las cátedras, por esos sapos con anteojos que son los sabios oficiales, ha sido coreado luego, y desde todas las charcas de la literatura oficiosa, por los

filosofastros alquileres: periodistas, pedagogos, diletantes. Más aún: ha hecho cantar a los propios nuestros, anarquistas, una palinodia entrecortada de hipo: ¡ay, no tenemos filosofía! ¡Hay que hacer filosofía!

¡Tenemos filosofía! ¡No hay que hacer filosofía! Como en política, la asociación de los hombres primitivos obedeció a un principio de defensa, en moral obedeció a una inclinación de sus espíritus. Y toda, toda la lucha del anarquista, desde que surgió a rugir y conspirar en la tierra hasta hoy, no ha tenido otro objeto que probar eso, frente a los que eso niegan y en la negación amparan la desigualdad, el crimen y el robo: que hay una ciencia inmanente de la vida, férvida y militante, que tiende en cada ser a mayor bien propio y a menor sacrificio del prójimo. Y que tanto como está este sentido de la justicia desarrollado en nosotros, somos filósofos, tenemos una filosofía.

Kropotkin es un ejemplo de esto, pleno y jugoso. Se lee y se lee, y lo solo que de él queda, a través del farragoso mundo de citas, comprobaciones y datos que aporta, es su amor a la vida, su comprensión, lejos de dogmas, sistemas y doctrinas, del destino del hombre. ¡Qué bueno es, cuánto bien hace! De su cerebro, como de la presencia de una mujer hermosa o de un acto heroico, vuela el entusiasmo, bajo un río de sonrisas. Nos baña y nos inflama. Y comprendemos, al fin, aquel grito de Gorki ante Tolstoi: ¡Venid a ver qué ser más radiante y más fuerte ha nacido en la Tierra!

¿Y no es filósofo?... ¿Y no tiene una filosofía?... ¡Atrás, sapos con anteojos, cantores de palinodias gangosas! Es la vida y tiene el ideal que de ella brota: ¡la Anarquía!

RAFAEL BARRETT

Hay un momento inefable en un relato de Wagner sobre sus relaciones con Bakunin. Fue una noche en su cuarto. El gran oso conversador y andariego estaba planeando una campaña anarquista. Con su talla tamaña, la garra crispada y la palabra golpeando las paredes y el techo, tranquea tras sus proyectos, como un domador en una jaula, tras una fiera que le huye. Los grita, los acorrala, los hace rugir. Y, de pronto, enmudece, suspenso. ¿Qué ocurre?... Es que nota que su oyente parpadea; que la llama de la lámpara le está quemando los ojos...

Y el relato continúa: Bakunin habló hasta el alba; hizo punto con el sol. Pero, con la mano izquierda puesta como pantalla sobre aquel foco de luz que hería a su amigo... Y así es como pudo Wagner oírle horas y horas, sin parpadear, esa noche. Y contarlo años después, para hacernos parpadear de una tierna emoción a nosotros...

No es pura garra la anarquía. Corazón por medio, tiene también una mano blanca, piadosa, fraterna. Barrett fue la ternura de Bakunin.

Pero no fue un cristiano. Ninguna bravura nuestra le arrodilló el pensamiento o le dictó un reproche amargo. No fue esclavo ni de la misericordia ni del miedo.

Fue un señor siempre, y de todo. Señor de la idea y del arte. Señor del coraje alegre y de la voladora esperanza. Si velaba el resplandor de un incendio, o ponía sordina a un estampido anarquista, era para dirigir sus llamas a las raíces del mal o por mejor destacar su belleza o su justicia. En voz baja, a media luz...

Fue el otro tono de la anarquía.

Leer a Barrett es como entrar a su cuarto, sentarse y oírle. Intimidación sin pose.

Sabe bien todo, y se expide sin esfuerzo. Pero sabiendo tanto, más que enseñar, revela. No es dómene, sino apóstol. Dueño de su pensamiento, como de un barco hecho a todas las borrascas, no os conduce a su bodega, sino a su proa; no a lo que pesa en él y lo lastra, sino a lo que en él se afila y se hunde en las negras olas. Ése fue su arte.

Su filosofía, él lo ha dicho: es la actitud de un hombre que confiesa sus entrañas; que retrata la marcha de su firmamento interno. Pero tan fiel y tan antidoctoralmente que nadie, como no sea un irredimible esclavo, puede llamarle maestro. Hay que llamarle hermano.

Como a Bakunin no se le podría llamar sino compañero. Éste, con veinte contradicciones, tallaba una afirmación filuda y poderosa. Él, con el hecho más parvo, el más somero accidente, sugería veinte

caminos hacia otras tantas bellezas dulces y absortas. Fue su otra mano: tanto como aquélla fuerte, la suya fina; sabia, tanto como aquélla grande; atizadora tenaz, pero de otras llamas que las negras y rojas de las revueltas; de las azules y frescas de la esperanza.

Trabajamos afuera; él trabajaba adentro. Vemos los frutos podridos; él veía también las raíces enfermas. Por eso, mientras nosotros poblamos la superficie de blasfemias y canciones, él jadea abajo, lívido y pensativo. Pero cuando la marea de justicia que empujamos, se hincha contra una muralla, la abrasa con un incendio o la vuela de un bombazo; cuando, en fin, aparecemos señores del entrevero o el sacrificio, él no se esconde o nos niega; se yergue y se responsabiliza, señor de cualquier peligro. A nuestro lado, corazón por medio.

Fue la otra mano de la anarquía.

DE USHUAIA

EL CENTINELA

El centinela, en Ushuaia, es un máuser con un dedo en el gatillo. Una puntería que no acaba de afinarse. Un fusilador que os mete, antes que su balazo en el pecho, su intención fusiladora en el alma.

Se apodera de su víctima en el puerto. De aquel primer desconcierto, que fue tu primer porrazo, te sacó él, te alzó, apuntándote. —¡Marche!— Y tras de ti marchó el fusil gatillado.

Después... Todo trabajo se aguanta. Romper piedras, hachear troncos, abrir vías en la nieve, se aguanta. Los insultos del guardián, el silencio que te impone y ese mortal ritmo idiota de toda labor forzada, se aguantan. El hombre es duro, y aguanta. Lo inaguantable, hasta hacerse una obsesión de gritar, es él; él acañonado a tu vida, a tu nuca o a tu frente. ¿Cuándo te descerraja?...

Esto es lo que nunca sabes, ni él, el centinela, seguramente, tampoco. Porque conviene aclarar que no se trata de un monstruo, de frío esbirro. Es un conscripto. Mas nada tienen que ver sus jubilosos veinte años con tu angustia ni su crimen. Podría matarte y seguir pensando en su novia. Él no es su máuser; está tan lejos, humanamente, de ti, como el mismo gatillo que acaricia.

Y eso es lo trágico. Y esa es la técnica: tenerte sobre un abismo sostenido por un dedo. Un dedo que puede también cansarse, distraerse y apretar. ¿Cuándo?...

¿Y siempre así?... ¡Siempre! Hasta la asqueante letrina donde la puerta cortada transversalmente, deja tu rostro en la línea de su fusil gatillado.

Te recibió y te tuvo ahí; mas, por fin, llegó la hora de que te largue. Y entonces te lleva al puerto, como te trajo del puerto. —¡Marche!— Y marcha.

Marcha, pero sin volverte, ni cuando estés en el barco, mientras se divise Ushuaia; pues, si te vuelves, verás sobre el blanco de la playa un punto oscuro que sube o baja, según las olas bajen la nave, o la suban. Es él: te sigue apuntando...

EL CUCHILLO

Gauchos, y de armas llevar, eran todos —o habían sido— los pupilos del Presidio Militar. Hombres caídos allí por delitos de indisciplina o audacia. Pero más en su ser ahora, como rebeldes vencidos, que cuando, como milicos, los mandaban a vencer las rebeliones del pueblo.

El hábito les lloraba. Las cabezas y los hocicos al ras, daban la sensación de una ausencia: las barbas y las melenas. Y con yo no sé qué suerte de rencor o de bochorno arrinconados en los ojos: cual si todavía sintieran en el medio de las “aspas” el sablazo de la ley que les desarmó la vida. Cuchillos rotos...

La diana nos voló el sueño como un sombrero. Pasaba rejas adentro, nos metía bajo las mantas su grito. — ¡Arriba, arriba!— Y tiritando, aturcidos, saltamos para vestirnos. Ya listos, formamos de dos en fondo frente a la guardia.

Requisa, numeración, media vuelta. — ¡Al monte! ¡March!...

Fue entretanto, en lo que duró esa práctica que vi a aquel hombre. — ¡Eh, che, Taitá!— y le di un codazo al más viejo de los presos. — ¿Quién es ese? ¿Viene o sale?

—Ese... Aura te digo. Callate. Vamos.

Me volví para observarlo, él seguía en el mismo sitio, inmóvil. Parecía un poste; una talla de ñandubay; una figura en un palo, en la que se había esculpido, con el genio del creador, el filo de su herramienta. Pensé que, si lo golpearan, sonaría a acero.

¿De dónde saltó aquí?... Ya va para un mes que estamos en el Presidio, y nadie me habló de él, ni lo he visto. Y ahora, de pronto, aparece, seco, empacado y vibrante, como si se desnudara de una cintura...

—¡A ver, Taitá, por favor! ¿Me vas a decir quién es?... ¡Hombre rogado!...

El Taitá se concentró. Su rostro color de barro, flácido y turbio, se hizo un cascote. Enhebraba sus recuerdos. Luego empezó a repasarlos, como un rosario.

“Ése”, era el viejo Ramírez, de los “fundadores” del Presidio Militar, cuando éste, antes de la sublevación estaba en “La Isla”. Había hecho treinta años ya, y le quedaban a hacer dos tiempos indeterminados. Dos vidas más... Pero se iba.

El jefe había conseguido —¡al fin!— lo que tantos gestionaron todos sus antecesores: sacarlo, echárselo afuera, en libertad, indultarlo. ¡Malhaya!

Ahora hacía como tres años que estaba engrillado siempre, solo en su celda, a cadena. Pero, ni así. Lo mismo era el centro, el filo, la punta de los motines. Su voz, sus gestos, sus ojos, horadaban los

tabiques dando órdenes de pelea. Les hacía blandir las uñas, como cuchillos hasta los más infelices.

No quiso trabajar nunca. Par él no se habían escrito los reglamentos, ni con sangre le entraban las disciplinas. Era un harnero su pecho, de los balazos, y su cara un palo hacheado. Todo inútil. Herirlo era darle temple. Salía de los castigos más duros como un hierro de los dientes de una lima: siempre más nuevos. Por eso lo echaban ahora. ¡Malhaya!

—Hombre, mejor para él. No veo porque te disgusta su libertad. ¡Envidioso!

—¡No seas bagual! Comprendé... Ése era el acero nuestro. Con él aquí hasta engrillao, a cadena, como un perro, había siempre una voluntá orejana; un fierro desnudo y listo. Ahura, ido... Pero, ¿no ves los muchachos?...

Miré. Por el camino nevado, les huía el piso, como un arroyo. Flotaban, al parecer, vacíos, huecos, ausentes de su alma gaucha. Cuchillos rotos.

JESUS MOREIRA

Era alto, y parecía más, porque todo en él era empinado: la frente, el pecho, el andar. Vibraba vitalidad como un animal de guerra. Imaginad a Moreira —Moreira el de la leyenda—, pero allá, en Ushuaia y preso.

Había nacido en corriente. De este origen guardaba aún, como un perfume en un frasco, el decir lento y dulzón. Su lengua ruda mecía las palabras como una hamaca. Y al terminar los períodos, gemíanle en la garganta no sé qué espasmos; se le enmarañaba el rostro de cicatrices, y de ahí, de entre esa maraña, lo espiaban a uno sus ojos, de luz fría e inamovil, como los de los felinos.

Un lindo animal de guerra... que se había empeñado en ser un buen animal de paz. Porque ésta era su tragedia; el vía crucis que repechaba el “28”: quería ser bueno; domar su agresiva bestia, allí, donde todo y todos —la ley, sus ejecutores y los propios compañeros— la desafiaban y la azuzaban. Y así vivía, agonizando en la lucha de su alma con sus instintos; como un domador enjaulado con un tigre.

Doloroso cuerpo a cuerpo, en que la fiera caía, cansada, al fin, pero nunca completamente vencida...

No sé si era este espectáculo, que trascendía de su vida, como un lampo de otra vida, o si era algo más concreto: su varonil salto al medio de todo malentendido, parando insultos o hachazos, lo que le daba prestigio. Pero ante cualquier desmán de que se le hiciera víctima, no había más que un comentario.

—¡Sabrá ese zaino, al hombre que ha castigao!... —Y este aparte, cuando la gresca era entre ellos. —L'iba a hundir l'hacha hasta el ojo, pero estaba él... —¿El "28"?...

—¡Y quien, si no!...

Y no había flojos allí. Llaneros o montaraces, se habían "desgraciao" peleando. Y todo lo consentían, todo, menos desmentir al gaucho de chiripá y lanza en ristre, agazapado en cada uno.

Pero estaba él... Moreira —el de la leyenda—, luchando consigo para ser Cristo —Cristo, el de la fantasía. Allá, en Ushuaia, sobre la nieve, y preso.

En el bosque, hacheando robles. Del ramaje esqueletoso, ausente de hojas y nidos, penden goteras de hielo. Y así es que, al golpe del hacha abajo, contra los troncos, responde una armonía cristalina, arriba, desde las copas. Como si de cada rama volara cantando un pájaro.

El día es un árbol también, con ramazones de viento, sonoro y frío. Nuestro guardián se chamusca en un fuego de asar osos. Y más allá, como a tiro de pistola "matagatos", nos apuntan seis fusiles.

A las nueve descansamos. Apenas unos minutos, para retomar el empuje, sorber un mate y cruzar, a media voz, una esperanza o un duelo. Pero ese día lo que cruzó fue una puteada rajante.

¿Qué había, anterior a entonces, entre el “80” y el “5”?... No lo sabía ni lo supe. Solo vi los ojos de éste, encandilados de furia. Y, en el aire, el relámpago, de su hacha.

Pero estaba él... Cuando me paré, ya había barajado el rayo. Y, enmarañado de cicatrices y luces, cantaba, lento y dulzón. —No, pues, chámigo. No hay que peliar entre hermanos.

Ni se dio cuenta el guardia ni nuestro esbirro. Cuanto a nosotros, como si hubiera pasado un ángel... Pero yo me acordé luego que había visto brillar, bajo unas cejas cerdudas, la luz de una puñalada; luz de colmillo de perro...

Y la noche de ese día murió el “28”. Dormía, dicen cuando al grito de: —¡Tomá, por metido a redentor!— lo pasó el puñal del “5”. De parte a parte. Como un lanzazo. ¡Jesús Moreira!

CONFERENCIAS

SENTIDO DE LA CULTURA

Hay dos maneras de encarar las cosas, cualquier problema de interés político o religioso o social, que corresponden también a dos posiciones: desde la cátedra, como profesores, o desde la calle, como pueblo. Saber del asunto, o sufrirlo, estar en el libro o estar en la vida. Ciertamente que hay veces que estas dos actitudes confluyen a un solo punto, se trenzan y penetran, irguiendo en un solo hombre la sabiduría completa. Es raro esto, pero suele realizarse en algunos genios.

Yo —está de más que lo jure— no soy uno de estos últimos ni tampoco de aquellos primeros: ni profesor ni genio. Hombre del pueblo, no más, que mira y trata de resolver los problemas que su vida de relación le plantea, desde su posición de rebelde a todo lo que le oprime o limita, sea ello ley, sanción moral o fetichismo mayoritario. Y como en la llamada *cultura* hay mucho de esto y muy poco de cuanto creo yo que debiera haber, es que vengo a combatirla, tratando también, de paso, de revelar lo que es para mí su verdadero *sentido*.

Entendemos por *sentido* el tono moral, el pulso mental, la postura del corazón y el cerebro frente a la vida. Cuanto a *cultura*, sin duda viene de culto, lo que, a su vez, sugiere servicio hacia determinada

causa o imagen, finita o infinita. Y aquí es curioso observar que la raíz de nuestras más comunes expresiones se hunde en el Mito. A este respecto, tenía razón Agustín Lante cuando afirmaba, paralela a la paleontología, la mitogenia.

El hombre fue, y sigue siendo, un animal religioso. Es una verdad corriente que se ha pasado los siglos adorando siempre algo, físico o metafísico, soles o dioses, la irritación de la atmósfera o sus propias irritaciones de miedo o furia proyectadas al vacío. Su postura frente al mundo fue ésta y no otra: mesiánica, arrodillada.

La Enciclopedia es, por esto, el más eficaz esfuerzo de sabios y de rebeldes de oposición al Mito. Destacó al hombre contra el cielo. El sentido enciclopédico es el ateísmo.

No mella esta afirmación el hecho de que los enciclopedistas no fueran todos mentalidades ateas. Hablamos de sentidos, de posiciones. Voltaire diciendo que, si dios no existe, hay que inventarlo, no es nada más que el fullero pillado en trampa, que quiere, aun a costa de la perdición de su alma, justificarse.

Antepone lo contingente a lo real.

La realidad enciclopédica es el ateísmo; lo contingente, la Revolución Francesa, que remató en la erección del nuevo Estado burgués. El Estado racional y no de origen divino; la sociedad regida por intereses y no por revelaciones. La urna en la iglesia. Éste fue el triunfo burgués, de mucha más importancia en todas las direcciones que el otro que, generalmente, se le destaca como más grande: contra los feudales. Triunfó de dios.

El burgués es, cultural y socialmente, ateo. Pero el ateísmo en sí, si no está condicionado por una honda y caudalosa vida interna, deviene, como todas las conquistas de la razón sobre el misterio, un simple y grueso cinismo. El burgués, ser exterior, mentalidad sensual y política, es también cínico.

El hecho de proclamar, paralelamente a *los derechos del hombre*, el tutelaje de éste por el Estado, denuncia en él la misma actitud fullera de Voltaire: *Si el gobierno no existe, hay que inventarlo*. Su inteligencia se revela en eso: captó en medio de la tormenta subversiva de aquella hora el sentido mesiánico del pueblo. Y le fabricó el Ídolo. Y quien dice Ídolo, dice culto, cultura, servicio.

Y así hubo sobre la tierra un dios más nuevo: el Estado; un sacerdote más insidioso: el juez; una biblia más científica: el código; y un templo más sombrío y de paredes más sólidas: la cárcel. Y lo mismo que aquel otro templo griego del que se dice que, a través de todas sus puertas, subterráneos y escaleras, caminando atrás o al frente, abajo o arriba, se iba a parar al altar, en este mundo burgués todos los caminos llevan a la cárcel. Pero, entre todos, hay uno que, por lo ancho y soleado y por las gentes que por él transitan — muchachas y muchachos, obreros pensativos y profesores locuaces— parecería que lleva a la libertad. ¡Y es mentira! También lleva a la cárcel. Es la cultura. Lleva a la cárcel. Cultivándose en sus aulas, recorriéndola en todas sus direcciones, profundidades y perspectivas, se podrá llegar a sabio o tonto, a conservador o comunista, pero a hombre libre nunca.

Esta afirmación que hago, de plano y en redondo, precisa ser abonada con ejemplos para que no se tome por una temeridad. Si

digo que la cultura lleva a la cárcel, se sobreentiende que la incultura lleva a la libertad. Y agrego más: hay una sola manera de saber algo del hombre, su dignidad y su valor, y es no queriendo saber nada de lo que de él se ha escrito hasta ahora y empezando a saber algo de lo que hasta hoy no se ha dicho nada. Apartando los libros, para entrar en su sangre. Buscando a través de él una cultura nueva, opuesta y negadora de la cultura vieja. Es lo que intentaremos.

La hasta hoy llamada cultura es una mutilación y no un robustecimiento de nuestra naturaleza. Por eso es que el tipo culto de extracción burguesa piensa la mitad de la mitad de todo pensamiento. Piensa una cuarta parte. Y así procede también, y así se ubica frente a cualquier problema, político o religioso. Por ejemplo, ante la guerra. El odio a la guerra es como un refrán en la burguesía, en sus profesores liberales y en su estudiantado de la extrema izquierda. —¡Abajo la guerra!— Pero de un burgués no haréis nunca un antimilitarista, sino un pacifista apenas. Él quiere la paz, porque la guerra, o no es negocio o es un peligro de muerte para él o los suyos. Y ante estos riesgos, él se inflama de fervor pacificante. —¡Abajo la guerra!— Y lee un libro de Barbusse o de Remarque y pone el grito en el cielo. —¡Abajo la guerra!— Y envía sus diputados a que voten millones para el ejército que le guarda la paz en las fronteras, en las calles y en los campos, en las fábricas y en las cárceles. —¡Abajo la guerra!

He ahí la mitad de la mitad, la cuarta parte, de una cultura humana. Pide la paz que proteja su natural cobarde o sus intereses de ladrón del pueblo. Quiere la paz para seguir burgués.

El antimilitarismo es otra cosa. Es la cultura completa. Es el repudio al sable, y a quien lo forja, aunque sea un obrero, y a quien lo esgrima, aunque sea un hermano, y a quien lo afile, que es el burgués siempre. Y más abajo aún: a quien de él saca ventajas contra los pueblos, que es el Estado.

Y aquí conviene aclarar otro punto: ¿qué problema se plantea la cultura —y ya habréis ido notando que, para mí, cultura no es instrucción ni conocimiento, sino sensibilidad y conciencia— frente a la guerra, no ya de pueblo a pueblo, sino de clase a clase, de casa a casa?... ¿El problema del Derecho, el de la libertad, o el de la justicia?... El problema del Derecho tiene su solución en el Estado; el de la libertad, en la ética, mas con todos los matices que involucra la capacidad de cada uno para ser libre; el de la justicia, en la tierra, es decir, en el derecho y la libertad que todo hombre tiene a tomar posesión de la parte de suelo que necesite —eso y no más— con sus productos y sus posibilidades. Los dos problemas primeros son la mitad del problema y son los que el burgués culto se plantea. El problema completo se contiene en el último y es el que solucionamos nosotros en el comunismo anárquico.

Lenin, dictador de Rusia y técnico del marxismo, era, sin duda, un gran talento político. No era un idealista ni un romántico, sino un hombre de acción.

Un solo dato basta para demostrarlo. No asentó la palanca removedora del podrido régimen zarista ni en la libertad ni en el Derecho. Su gran acierto es que la asentó sobre el proletariado, al que prometió justicia. Fue en esa ancha y firme base, sobre músculos de obreros, campesinos y soldados, que irguió su revolución. Miró al

fondo del problema, no a su superficie; unió a los hombres abajo, no arriba: en la incultura, no en la cultura. Y a todos los profesores y estudiantes, sabios o literatos, o los mandó a curarse al extranjero, como a Gorki, o los amontonó en las cárceles de su flamante Estado socialista.

(¡Un momento! La comprobación de un hecho no implica aceptarlo en sí ni en sus consecuencias. Destaco éste de Lenin al solo fin de probar que el que quiere fundar regímenes o destruirlos, deshacer viejas cosas o hacerlas nuevas, tendrá siempre que apoyarse en gentes vírgenes de manoseos culturales. Ahí está la fuerza eficaz y también, ¡ay!, el eterno mesianismo. Él sabía esto y lo aprovechó como dictador. Captó la onda emocional que soliviantaba al pueblo y, en vez de impulsarla al frente, al porvenir sin amos, la desvió de la derecha a la izquierda. Le pintó de rojo el ídolo negro. En lugar de "Derechos" le preceptuó "Dialéctica". Y así tuvimos después una revolución de palabras; una revolución de palabras que traducidas a espíritu y a posición humana, dice lo mismo que la Francesa: culto, cultura, servicio. El hombre arrodillado).

Y movamos, ahora, el tema, como se mueve un peñasco para ver qué hay bajo de él. Jamás el culturalista comprendió al genio. Siempre fue su opositor o su carcelero. Y en los mejores casos, fue su parásito.

Hay una hermosa novela de Petruccelli della Catina, titulada *Las memorias de Judas*. Novela, he dicho, y no historia, lo cual no obsta que revele una actitud que, por ser de todos los tiempos, es también histórica.

Según ella, Judas no fue el traidor de Jesús, sino su protector, su Mecenas. Era un político de grandes ambiciones, un patriota judío al cien por cien. Aspiraba, como toda su raza sometida al dominio romano, a la liberación de Judea. Pero, demasiado culto, con esa mutilación de la audacia característica en quien ha sido manipulado por la cultura, no podía ser un caudillo, un conductor de masas. Mas era rico, y su instinto judaizante le hizo creer que podía comprarse también eso.

Era época, en esa tierra, de santones, predestinados, mesías. La paseó al ancho y al largo buscando entre éstos aquel que le conviniera. Y halló a Jesús. Fina sensibilidad, parabólica y mesiánica. Con sus dineros, que volcó sin tasa en las bolsas de Jesús y sus secuaces, se dieron éstos a recorrer su patria y sublevar las gentes. Pero no se nombra a dios en vano, como se dice. El instrumento, sectario y físico, con el que Judas pensaba golpear a Roma, empezó a trocarse en alma, a hacerse espíritu y a imbuirse de la misión redentora de un verdadero Cristo. Se le escapó de las manos para tomar en las propias la dirección de su vida. Y con ella irguió a su pueblo, ya no políticamente, contra el César, sino contra todos los que manchaban el templo, lapidaban el amor, escarnecían la justicia. Contra los sacerdotes, los poderosos, los fariseos... Terminó, como sabéis, escarnecido y crucificado por romanos y judíos, por los hombres de la ley y de la cruz, por los sabios de la sinagoga y los sabios del código. ¡Por la cultura, en una palabra!... Y sin embargo, señores, de Judas y de los crucificadores, ¿qué ha llegado hasta nosotros?... Fanatismo y oprobio, y nada más. Mientras que de aquel carpintero, parabolista y rebelde, sigue fluyendo un oleaje de

ternura que todavía hermosea, con la persistencia cósmica de una flor de la vida, la tierra dura, ensangrentada y triste...

Lunacharky, excomisario de la educación en Rusia, quizás remordido por las infames persecuciones de que allí son víctimas los anarquistas, estrenó en Alemania, hace ya tiempo, una comedia que quiere ser una justificación. *El Caballero de la Triste Figura* se titula. El Quijote, como comprenderéis. Este Quijote simboliza el sentido de la revolución por la libertad, la revolución eterna e insobornable, latente en Rusia y en todas partes. Es un iluso, según el autor, un pobre loco que pide la luna. Su lema es: ningún tirano; ni de arriba, ni de abajo.

—¡Qué chiflado!— Pero, mientras sus gritos, conspiraciones y arremetidas, mueven, minan, debilitan el poder presente, es también eficaz. Y se lo reconocen. Los políticos de la oposición lo aclaman, lo adulan, lo ayudan. Hasta que el viejo régimen se viene al suelo. ¡Un poema!... La tragedia viene luego, cuando asumen el mando sus aliados de la víspera y con torniquetes aún más duros, porque son más nuevos, trincan y despedazan a enemigos y amigos. Para salvar la revolución, según dicen. Pero el Quijote ve que eso no es cierto, o que es, no más, el retoñar, tras la poda, de la eterna tiranía contra la que él ha empeñado su destino. Y grita, otra vez, conspira, y marcha, codo con codo, con todos los perseguidos, al asalto y destrucción de aquel flamante Estado... Para Lunacharsky y los comunistas, éste es un contrarrevolucionario, un iluso o un tonto. Para nosotros, éste es el hombre culto, el solo culto, porque vive en la viva angustia de ser libre, y ha afirmado su causa abajo, en el pueblo, contra todo gobierno, rojo o negro.

Pero el nuevo Poder, ¿qué hace entretanto?... Primero lo aconseja, después lo encarcela y, al fin, termina poniéndolo en la frontera con un beso en la frente...

Ésta es la obra del excomisario ruso, en la que, como veis, no se cuida de ocultar que los bolcheviques, además de traidores, son también cínicos. Porque ese beso que allá no le dan al anarquista sino con plomo en la calle o con el labio yerto de los hielos de Siberia, aunque se lo diesen ellos con el alma, sería siempre el beso de Judas.

Andreiew, el genio eslavo, para mí la cima literaria que han batido más vientos de dudas y certidumbres, tiene asimismo un relato titulado *Judas*. He aquí igualmente una rápida síntesis.

Judas, tuerto, deforme, pelirrojo, horrible, quiere salvar su alma, presa de mil angustias, y se suma a Jesús y sus discípulos. Es inteligente, sagaz y fuerte; sabe la ley y conoce el sendero. Pero sus bajas pasiones, de que sus deformidades físicas son el reflejo, le impiden ser recto, virtuoso, bueno. E idealiza en Jesús al ser perfecto, puro y severo, señor de todas las tentaciones. Y va hacia Él. Y he aquí que, apenas se le aproxima, todo cuanto poseía —ciencia, experiencia, potencia— ya no le sirve. Su ídolo rebasa todas sus medidas. No puede asirlo, concretarlo, comprenderlo. Porque Jesús es la vida, es el espíritu, es la llama que tanto rastrea como sube, quema como ilumina. Es un hombre contradictorio y genial, y Judas quería un dios hecho a su imagen y semejanza. Estático... Para que le castigue, le roba... Y Jesús le hace administrador de su andariega colonia... Para que le desprecie, le miente... Y Jesús extrae verdad de sus mentiras... Para que lo expulse, lo calumnia... Y Jesús le sonríe, lo

ata a sus pies con una sonrisa... Y cuando los mendigos que les siguen piden y no hay qué darles, una mujer del pueblo, de discutida moral, vuelca sobre los cabellos del Salvador un pomo de esencias riquísimas; una fortuna. Y Jesús lo permite y la bendice... ¡No comprende, no comprende! Y lo vende y lo entrega a la muerte, no por odio —la prueba es que luego se ahorca—, sino por incompreensión de pequeño a grande, de sectario a genio, de cultura letrada y muerta a cultura viva y dinámica.

Y en fin, para terminar con los ejemplos que revelan y destacan las dos culturas que se enfrentan y se chocan en la vida, voy a citar todavía —y ya no más—, otro libro de más reciente data: *El Hijo del Hombre*, de Ludwig. Es un enfoque maestro, plástico y subjetivo, de la Judea contemporánea de Cristo. En él se mueve y actúa el carpintero judío, no ya como un hombre culto, exegeta de la ley y de la historia, sino como lógicamente, de existir, debió haber sido: como un obrero poseído por un ideal de justicia; como un obrero de estos que los estudiantes y los doctores toman para sus... bromas. Un iletrado, en suma, como cualquier machacador de fierros o limpiador de cloacas.

Y en esto del iletrado hay también un problema, cuya solución no puede darla, porque ni se la imagina, ningún adocenado catedrático. Hay iletrados por capacidad, y no por incapacidad; por plenitud y no por vacío. Son virtualmente completos. El que no sea ciego puede verlos. Se distinguen del mortal común como una fuente que mana agua de la tierra, de un aljibe que la recibe del cielo.

No piden. Dan. Rechazan todo lo externo porque sienten en sí la originalidad poderosa de un cuño propio, cuyo fuerte y limpio aflore

marca en la vida una superior o, al menos, una distinta cultura. Su trabajo entre los hombres no es absorber o discernir conocimientos, sino el trabajo que hace el terrón cuando, sin que lo roturen o lo siembren, alumbra una flor o pare un peñasco. ¿Qué haríais con ellos que valga más que lo que ya tienen, traen, destacan?... ¿Combatirlos, rasarlos, mandarlos a la escuela?... ¡Vamos!

Cultura, cultura... Demos también por buena la que exaltáis desde todas las cátedras, oficiales u oficiosa?, y decidnos y probadnos que ella alcanza al mayor número, que penetra en las masas. ¿Movéis con ella a los pueblos hacia una rebelión, no de tapas y de letras, sino de fondo humano, hacia la justicia?

¡Nunca! No podéis enseñar más que aquello que le conviene al Estado, aun allí donde decís ir a su disolución, como en Rusia. Esperar a hacerse cultos es perder la esperanza.

Cultura, cultura... ¿Cuál?... ¿Aquella europeizante, imbuida de Enciclopedia, que Rivadavia y Alberdi, Sarmiento y Mitre injertaron en la cepa criolla, o la que hoy, por prurito fanfarrón y novelero, garabatean los hijos de los patrones de estancia?... ¿Cuál?... ¿La científica, al servicio de la industria, o la industrial, al servicio del Estado?... ¿Cuál?... ¿La que Marx ubica en la “superestructura” de toda vida social, o la que Spengler rastrea en las razas blancas, y sólo en éstas?...

¿Cuál?...

La Mistral, de cuya obra soy devoto, por la descarnada raíz de dolor indígena con que la trenza y la tiñe, ha dicho que América está esperando su Dostoiewsky. Ella ve sólo el ángulo literario de este

asunto. Lo que el hombre de la tierra espera —indio, gaucho o gringo— no es quien escudriñe su alma, sino quien, con puños de hierro y orientación libertaria, lo alce de su esclavitud y lo lance a la pelea. No un literato, sino un revolucionario.

La fuerza está abajo; arriba está la política. La cultura es de señores; la filosofía es del pueblo. Sepamos esto bien y de una vez para siempre, compañeros. Miremos un poco más al obrero, y un poco menos al catedrático; éste sabe, pero aquél vive. Hay una nueva plástica, una nueva ética, una cultura nueva, sabrosa y virgen, en la tarea del hombre tosco, sucio e inédito que cava un pozo, labra un umbral, saca de un tronco una cuna. Él no lo sabe tampoco, pero debemos saberlo nosotros. Y no lo sabe, no porque sea menos, o sea inculto, sino porque está lleno, hasta no tener lugar para otra cosa, de fecundidad, de empuje, de testarudez trabajadora.

Se habla de la cultura como del único medio para salir del pantano en que nos han metido cuerpo y alma los burgueses. Aprender a leer, aprender a discernir y, sobre todo, aprender a escuchar, con pasividad bovina, a los doctores. Y yo digo, y no se asombren los que oyen, que antes de haber en el mundo tantas y tan copiosas extensiones culturales, maduraban en la tierra hombres de más profunda cultura que los que hoy nos atiborran y empachan. No conocerían Derecho, no sabrían Historia, no serían literatos ni profesores, pero han llegado a nosotros rezumando originalidad, genio y audacia. Esta maravilla se explica fácil: fueron seres rebeldes, por conciencia, y no por inconsciencia, a las limitaciones que, fatalmente, cierra sobre toda vida el libro, la ley, el ídolo.

Fueron ellos, y dijeron lo suyo, y no lo que el Estado o la tribu, el rey o el código quiso.

Y ya termino. Saber es bien, pero no es todo, sino algo menos de la mitad de lo que se cree. Por el conocimiento solo, en sus aspectos más varios, vastos y agudos, se puede llegar a sabio y no mover una brizna de la opresión que a todos nos aplasta. La sabiduría no es moral ni inmoral, conservadora ni revolucionaria.

Es el hombre, con su actitud, devenida de su sensibilidad o insensibilidad frente al dolor humano, el que la ennoblece o la degrada. En este punto, pues, no vale más el sabio que el ignorante. Si no reaccionan revolucionariamente, son lo mismo de inservibles y degradados. Con esto en contra del que más sabe: su posición cobarde, su tolerancia podrida es la que perpetúa el mal, la esclavitud y los prejuicios enseñoreados del mundo. Es peor que bestia, porque ha perdido el sentido solidario que nunca muere del todo ni en los más feroces animales.

He dicho por ahí: Todo puede ser conocido y superado, hacérsenos familiar y cotidiano. Ciencias, industrias, artes. Nacen, maduran, caen. Se retoman y vuelven a empezar. No hay novedad, para nadie, a no ser para los advenedizos de la cultura que suponen que con ellos empezó el mundo.

El hombre culto, seriamente culto, está informado. ¡No hay novedad! La parábola del pensamiento humano fue descripta muchas veces en muchos siglos anteriores, la India, Egipto, Grecia, Roma. Empezó en la cárcel y llevó a la cárcel. Describió curvas y rectas, profundidades y perspectivas; todas las cosas, ritmos,

matices, delicadezas y torturas caras o necesarias a los poderosos, se realizaron artística y sabiamente. Pero el pueblo siguió esclavo y el rebelde fue encarcelado siempre. ¡No hay novedad!

Y hay novedad, sin embargo. Hay siempre una cosa nueva, eternamente nueva, para el hombre. No se acostumbra a ella; y la reniega y la protesta y la muerde, y tiene razón. Es injusta, absurda, estéril. Esa cosa es el dolor. Siempre le duele, como si fuera él el primero que lo sufre. Y nosotros decimos que el que siente y reacciona contra el dolor, propio o ajeno, más virilmente, más como ante una injusticia, más como frente a una ofensa, ¡ése, sepa leer o no sepa, es el más culto!

¿Qué es la cultura, entonces?... Un permanente sentido de dignidad, una posición alerta contra los ídolos y una actitud solidaria con todos los humillados y perseguidos. ¡Eso es cultura! Después de eso, lo único que hay son grados de conocimiento; más o menos fuerza de alas para volar cerca o lejos; más o menos sagacidad intelectual para profundizar problemas, y, en fin, más o menos dialéctica para exponerlos. Pero todo esto es poco, no vale ni responde a la importancia que se da, a la gloria que pretende, a la irresponsabilidad en que se desenvuelve.

Einstein, genio, creador de teorías cósmicas, es admirable. Pero Einstein, antimilitarista, diciéndole a los pueblos que la guerra es un crimen de los gobiernos, es mucho más, porque sufre y protesta con nosotros. Tolstoi, novelista enorme, crece cuando se aminora para la literatura, porque se yergue contra el Estado y la Iglesia. Y Cristo mismo, profundo y fino poeta, es uno más, uno de tantos, comparado con el Cristo azotador de mercaderes.

¿Qué queréis saber, muchachas y muchachos, obreros pensativos y profesores locuaces?... ¿Qué buscáis por los caminos de la llamada cultura?... ¡Vais a la cárcel! Volveos sobre vosotros; no seáis turistas sobre la tierra, sino buzos de vuestras propias venas. En la sangre que os circula, en vuestras santas reacciones contra toda tiranía, hallaréis la verdadera cultura, que es siempre la semilla de una justicia.

La hallaréis quizás deforme, dura y áspera. Son siglos que nadie la toca, la acaricia, la alumbra. Le han echado esclavitud, fealdad y miedo encima. No le echéis también vosotros, ahora, palabras. A la luz con ella, como con una piedra o un hierro, contra todos los carceleros de la vida. Hasta para hacerse planta, decía Ghandi, tiene que romperse la semilla. ¡Rompeos, si queréis ser cultos!

ANARQUISMO (1933)

Una idea gana a las masas, solivianta sus instintos y yergue mujeres y hombres para un destino: ser libres. Hubo antes, lógicamente, un pavoroso proceso en que sus propagandistas sufrieron persecuciones, martirios y toda clase de muertes. Pero ¡al fin!, ya está de pie. Para matarla ahora no bastarían todos los asesinos que en el mundo y el recuerdo son. Porque ella hoy vive hasta en los que no han nacido. Y en la salud y en la llaga, y en los que aman y en los que odian. En el hueso de la vida y en el tuétano del hueso. Todo es ella, y donde ella no es, es el vacío.

Como en las selvas, las hojas que se le caen nutren el suelo que la alimenta; las ramas que se le pudren son las debilidades de que se alivia. Lo que le queda es aquello que le sirve para triunfar de la muerte, colgar un nido o envenenar una espina. Cuanto no es esto se lo arrasa la intemperie con sus huracanes de viento, de agua, de nieve.

Son las masas este bosque en que hay de todo, bien y mal, pureza y depravación, bandidos y apóstoles. Mezcla tremenda, pero que es, hasta hoy, la única mezcla en que se han tallado los verdaderos hombres. ¿Los hombres, digo?... Dios y el diablo son cada uno la mitad del otro. Esto sabe el anarquista, y debe mirar hacia ello sin

asco y sin cobardía. Lo que empujaba de abajo, ¿qué era?... No eran príncipes ni santos, sino un miserable, obtuso proletariado. Y aquí está ahora, ahí lo tiene, en la mañana de un mundo desconocido e inédito, tal como es, como no podía tampoco dejar de ser. Hambriento y bárbaro. ¡Pero libre!

¡Eh, no sueño, compañeros! Aquel que arroja de sí el prejuicio de la ley, viola la propiedad y la moral y vive como una fiera, sin más freno que la violencia que lo somete, es libre. Libre con la sola libertad que vale y al fin se impone: de adentro afuera, de vida a muerte.

Y aquí está; ése. Huelga o roba, crea o destruye. Suya es la bomba asesina y la plegaria que se alza de ese derrumbe también es suya. Suyo el motín de la cárcel y suya esa biblioteca. Suya esa pareja de enamorados y suya esa prostituta ponzoñosa. Suyo el que piensa y suyo el que acciona. Y el que nada hace, el podrido por todas las inercias, taladrado por los más mordientes vicios, todavía es suyo; es más suyo que de nadie porque es de aquello que cae que se nutre lo que sube.

Y bueno, pues: aquí está. Hambriento, bárbaro, libre. Lo que le dicen los amos ya se sabe. Como que han reproducido de uno a mil, de mil a millones sus altoparlantes macaneadores. Y en la misma proporción, sus severidades inhumanas. Hablan más fuerte y pegan con más, saña. Pero eso a mí no me importa. Lo que yo quiero saber es qué le decís vosotros, sus guías y animadores y sus, hasta ayer no mas, audaces intelectuales. ¿Qué le decís?... Pongo el oído a los cuatro vientos y recojo un solo eco, una suerte de consigna tan insidiosa que no quiero creer que es vuestra. ¡Cómo!... ¿Habéis

llamado a la chusma, y ahora le pedís cultura?... ¿Desatasteis tempestades, y ahora suspiráis por calma?...

Disteis armas a las masas para ser libres —razón y bomba, coraje y esperanza— y cuando surgen aquí, vastas, pujantes, guerreras, les ordenáis doctoralmente:

—“¡Alto el fuego y media vuelta! No sois todavía capaces de vivir en la Anarquía. Volveos a donde estabais y esperadnos que vayamos a educaros...” —¿Vosotros, vosotros?...

No lo neguéis. Los hechos, las actitudes, las posiciones, hablan para mí más alto que los altoparlantes de los burgueses. Eso es lo que le decís. En esta hora de liquidación de un mundo y eclosión de otro, levantáis la inteligencia —¡la vuestra!— contra su ignorancia; proclamáis la paz —¡la vuestra!— contra su guerra, y agitáis la ciencia —una ciencia de parteras en abortos— contra esta chusma que avanza preñada de libertad a parir en los patíbulos y las barricadas.

¡Ah, no y no! Yo también soy populacho; uno de tantos que el anarquismo ganó para sus peleas. Y yo protesto y yo no retrocedo. Yo me vuelvo y grito al proletariado que huelga o roba, crea o destruye: ¡adelante y adelante! Malos y buenos, los que surgís de un crisol y los que saltáis del fango, todos sois explotados, todos sois víctimas. Y quienes esto no vean o pretendan deteneros, son tiranos o no son revolucionarios. ¡Bandealos! ¡No los oigáis! ¡Adelante!

Pero yo también razono. Mi vehemencia tiene un fondo razonable. Es un convencimiento. Y puesto que no he venido a gritaros qué me irrita, sino qué pienso, voy a decirlo.

Las revoluciones son las genialidades de la Historia. Ésta cuenta por aquéllas, de ellas se nutre y a ellas, en fin, refiere su avance o su retroceso. Antes de ellas, y después, reina la paz; esa despreciable paz, impuesta o aceptada, pero para todos, tiranos o esclavos, trágica.

La revolución la rompe como el genio el error y da suelta a toda clase de fuerzas, cuyo bien o mal social no puede ser medido ni pesado por los metros y balanzas contemporáneos. Pues cualquier ideal que sea tiene un límite, y es el de nuestra propia capacidad intelectual o sensitiva. Esa es nuestra estatura, y no la otra, la física, que nos miden. Sin embargo, por vasta, genial, enorme que pueda ser, hay siempre cosa, sensación o idea que la supera. Ya sentimos, por ejemplo, que la justicia no es todo, ni la libertad tampoco; que más allá de lo justo, que es dar a cada uno lo suyo, recién empieza realmente el dar: cuando nos damos nosotros. Y más allá de ser libres de ir, venir, hacer o deshacer aquí arriba, hay la invisible cadena con que la ley de gravitación nos ata al centro de la tierra. Y más allá y más allá todavía, la vieja y tremenda angustia: no saber qué hay más allá, o saber que no lo sabremos nunca.

¿Quién habla de paz, entonces?... ¿Quién no ve que la tragedia no es la sangre o la barbarie que la Revolución desata o derrama, sino pararse frente a ella, escamotearle el destino y derivarla a futesas de oportunidad o cultura?...

¡Protestamos que puedan ser anarquistas!

Porque el anarquista sabe que las revoluciones son las genialidades de la Historia. Y genial es aquel punto, cerebro o

minuto, en que cuajan, maduras, las cosas esenciales de la vida: idea o acción, instinto o sabiduría. La humanidad del genio se corrobora así: en que pueda lo mismo lograrla un hombre que un pueblo, llenar una hora que un siglo. No es cuestión de poco o mucho, de cifra o tiempo, sino de ceñida identidad, como de tuétano a hueso, de hueso a carne y a músculos, con lo que hay de permanente y eterno en los ovarios de la especie: hambre de infinito, furia de ser, no por adaptación, sino contra todo lo que nos niega: en la caverna, la bestia; en la sociedad, el gobierno; y en las revoluciones geniales, los revolucionarios que no tienen más que talento.

¿Quién habla de paz, entonces, u oportunidad o cultura?... ¿Quién tiene el genio aquí, lo esencial de la vida para lanzarla adelante, más allá siempre, más allá todavía: el burgués culto, su doctor o su industrial, su político o su artista, o esta chusma que ahora irrumpe exigiendo lo que, sin duda, apareció exigiendo el primer hombre y caerá exigiendo también el último: el derecho a vivir?... Y ved que ya no lo pide: avanza, atropella, agarra. Porque es genial hasta en eso:

¡Quiere! ¡Puede!

¿Quién la niega?... Ya lo identificaremos. Antes nos parece bien el relato de un suceso que vivió Ricardo Wagner, cuando, en el '48, fue compañero de Bakunin.

Habían ganado, como la Anarquía ahora, para una revolución a las masas, al populacho de Dresden. Orgía de furias y saciedad de apetitos. Pascuas de la canalla. Energúmenos del más chocante pelaje, lanzados en insolente empujón contra todas las puertas que algo guardaban: armas o viandas, trapos u oro, alcohol o arte. Y fue

entonces que el horrorizado alcalde de la ciudad pidió hablar con el gran músico. —Señor Wagner, le dijo: como artista que sois, espero que impediréis que esa chusma profane los museos.

Y Wagner le contestó: —Señor Alcalde: con la libertad, el arte será más grande; y esa chusma la trae. Consolaos pensando que, si triunfa, los pintores que vengan, de cada bandido de éstos, os podrán pintar un cuadro de más noble y eterna belleza.

Esto cuenta la anécdota, que merece ser cierta, porque lo es filosóficamente.

Cuanto a esa revolución, sabéis que fue sofocada, y huyó Wagner y Bakunin cayó preso. ¿Preso de quién?... De los mismos que hoy y siempre gritan y ruegan y hasta se hacen matar defendiendo los museos en que los tiranos guardan sus privilegios. Gentes sin genio revolucionario, pero de indudable talento posibilista. ¡Alcaldes, vaya!

Toda revolución halla a su paso un tipo de hombre que la para o la desvía o, cuando no puede más, la mediatiza. No es el enemigo airado, enhiesto como un peñasco, que se puede destruir o bandear, sino el elástico y sabio banderillero del toro. La entretiene con sus saltos, la enceguece con sus pullas, la hace tocar el vacío, la inutilidad de todas las atropelladas... pero no la mata, no. El que la mata es siempre otro que espera, lejos y oculto, la oportunidad de esta faena. El reaccionario en este caso. No es un canalla descreído ni un adversario de la revolución, tampoco, sino algo peor: su amigo a medias. No la combate en sus fines ni en sus posibilidades para mañana; la discute hoy, negándonos la capacidad a nosotros. Y esto,

que es sabio, es también tramposo. Pues que no se sabe más que lo que se hace, el que nos birla la cosa nos deja sin saber nada.

Nos hace trampa, ni más ni menos que el banderillero al toro.

Contra este tipo, consciente o no, venimos a protestar. Pensamos que él representa una insidia histórica puesta al servicio de un arribismo igualmente clásico. La Historia es suya, tanto como las revoluciones son de los genios y de las masas. Triunfa en la paz, pero él no es de aquí o de allá, de izquierda o de derecha, sino que en ambos lados tiene intereses, simpatías, raíces. Es un advenedizo. Ha advenido a su actitud o convicción tras de arrancarse del bloque de su clase o de su estirpe. Y puede advenir de arriba o de abajo, ser la flor de una cultura milenaria o el brote de una testarudez apelmazada. Llamarse Anatole France o Benito Mussolini, ser Robespierre o Lenin. Su verdad psicológica e histórica la constituye este denominador: haber trascendido el radio de sus orígenes, situando las soluciones de los humanos conflictos, no en la victoria de una causa sobre otra, sino en las mediatizaciones por el descastamiento de las dos. Y esto, no porque él sea forzosamente un canalla, sino porque él mismo es eso: un descastado.

Si ha advenido de la chusma, trae apetitos y astucia. Y si de la burguesía, escepticismo y terror; no el físico, del cobarde, sino el del equilibrado frente al vehemente, el del control del espíritu frente al desenfreno del instinto. Claro que disimula ambas cosas, lava sus gestos y plancha las proclamas con que le sale al paso a la revolución en marcha.

—¡Alto al fuego y media vuelta!— Y las gentes le obedecen. ¿Por qué?...

Inquirid y examinad por qué en Rusia, por ejemplo, Lenin venció de Tolstoi, y en Italia Mussolini de Malatesta. Por una causa que no tiene grandeza ni misterio. Porque, advenido de un bando o de otro, trae lo más decadente o degradado de cada uno: el escepticismo de la libertad, de arriba, o la ambición de mando, de abajo. Eso milita, propaga, contagia. Lo llama sabiduría, experiencia, historia. Y de eso llegan imbuidos, a las plazas y a los gremios, a los motines y a las cátedras, nuestros propios compañeros pseudo artistas o pseudo sociólogos. Lo han bebido en los cenáculos, en las universidades, en la cultura burguesa. Y ya no son proletarios, que no es decir que no son pobres, sino que no son revolucionarios. Vienen del conocimiento, que es lo estático, y no de una fe, que es lo dinámico; traen imposibles, cuando lo que hay que traer aquí son energías. Y no nos matan, no, pero convencen a muchos —¡a tantos!— de la inutilidad de todas nuestras atropelladas...

¿Con qué razones?... Con las que ya apuntamos. —El proletariado no es capaz de la Anarquía. Toma ésta al modo burgués, de desorden, incultura, falta de ética. Y, si no, mirad el mundo, observad qué hacen las masas: se degradan en todas las violaciones, matan y mueren estérilmente. ¿Dónde está el plan y la lógica, la idea anarquista que sature y oriente sus desenfrenos?... Hay que educarlas, instruir las, pero, ante todo, pararlas. ¡Alto el fuego! ¡Advenedizos! El anarquismo no es robo ni crimen ni imposición; ya sabemos. Es un estado de espíritu, una conciencia de ser que determina actitudes dentro de la sociedad, frente a la vida. Nos alza

y nos lanza a andar. Y el que tenía cadenas, las rompe. Y el que tiene hambre, come. Y el que se ve impedido de moverse o de comer, roba o mata. Nada tiene que ver la Anarquía con estos hechos, pero tampoco nadie puede negar que el que los ejecute sea anarquista.

Finalmente: protestamos que la Anarquía sea privativa también de la gente culta, como la ciencia, el arte y la sociabilidad, de los Ateneos. ¡Porque no es un privilegio! Si lo fuera, nosotros, frente a los pobres del mundo, obreros o bandidos, seríamos unos vulgares canallitas.

No lo somos. Yo, al menos, no quiero serlo. Y no porque el anarquismo se nutra en mí de lo que yo tenga de ignorante o de violento; porque sea, no más, un modo de articular mis instintos con los de las masas, no. Creo que no. Sino porque pienso, y es lo que aspiro a probar, que esta idea es, por excelencia, proletaria.

La Anarquía tiene raíz proletaria. Su primera razón, el cimiento en que asentamos nuestras posibilidades de vida armoniosa y libre — nuestro ideal sociológico, en una palabra—, es la justicia. ¿Para quién?... ¿Para los fuertes, los ricos, los prepotentes?... No. Para los débiles, los pobres, los esquilmados.

La injusticia, sentida y revelada inhumana e inútil, ha hecho de la Anarquía urna milicia: el anarquismo. Rebelión a lo estatuido que aparece en nuestros actos y palabras: ¿por qué?... ¿Por una mayor cultura, una ética superior, una personalidad selecta?... No, tampoco. Eso es aquello que viene en la medida que el pensador o el rebelde se eleva sobre su base, sube las savias del fondo de su ideal

nutricio: la justicia. Ésta es la raíz y lo demás son las flores o los frutos.

Y siendo así, ¿de dónde debe esperarse la revolución libertadora o, al menos, prometedora de libertad: de arriba o de abajo, de la ciencia y la cultura, o de las masas que a nada de esto pueden generalmente alzarse, pero, en cambio, pueden, quieren la Justicia, tienen y saben el derecho a conquistarla,... ¡De éstas primero y siempre!

No hay problema. Es decir, no debe haberlo en un asunto que es de simple posición a favor o en contra de la Anarquía. Comprendemos, sin embargo, que haya dudas. Es difícil para un hombre tener el itinerario de ida y vuelta de una idea. La facultad de centrar en el ojo del espíritu el punto y el espacio, la cumbre y el abismo, no es para todos aún, aunque ya lo haya sido para muchos. En general, nadie ve más que lo que pisa, bache o tierra firme, y de eso habla o escribe. De ahí viene el bizantinismo, que es el yo sedentario elevado a cátedra, el ocio mental considerado trabajo. Posturas intelectuales que tal vez nos ganan públicos, pero que indudablemente nos hacen perder de vista al proletariado.

Ahora tenemos los revisionistas. El fracaso ruso, del que devino en todas partes el más sangriento y bárbaro nacionalismo, ha hecho avanzar, sobre el desastre de nuestros cuadros y núcleos, esta premisa bizantina: sin cultura nada.

Y *Ética*, de Kropotkin, parece ser que cayó como un pan de trastero en las alforjas, ya exhaustas, de cuantos contradecían nuestro anarquismo chusmero, proletario. De esta obra, de la que

nosotros seguimos no conociendo las conclusiones, pues el autor la dejó inconclusa, otros han extraído ésta que se nos antoja absolutamente caprichosa: para criar el anarquismo en las masas es necesario, primero, criarnos nosotros una personalidad anarquista... ¡como la de ellos, claro! Nuestra efigie, con sus groseros resaltes y sus estrías hendidas a cortafierrazos, no es científica ni culta. ¡A las marmitas de nuevo, a licuarnos forma y fondo, que ya nos sacarán, con cucharones, para un vaciado más noble!

He ahí lo que se desprende de este revisionismo y no otra cosa.

No estamos muy convencidos de que ésa sea la finalidad kropotkiniana; pero, de todas maneras, aun siéndolo, no habría por qué alarmarse. Los hombres se avienen poco a dejar sobre la tierra sus pensamientos dispersos, fuera de una órbita que los contenga y ordene. Eso les parece estéril. Tienden a crear un sistema, a cerrar una parábola, a meter el mundo dentro de un círculo. Es inefable. La vida los contradice, hendiendo, sin tragedias ni violencias, ese redondel trazado en su superficie. Es lindo.

Kropotkin, finando el ciclo de sus trabajos y luchas y extrayendo de todo ello una conducta o una ética, para decirnos a sus compañeros: así, y solamente así, llegaréis a la Anarquía, es siempre tan respetable. Es Adán, es el Hombre. Pero lo que hay que decir, porque se quiere olvidar, es que él tampoco partió de una cláusula moral, sino de una rebeldía. Pues la santidad se alcanza, pero de la santidad no se parte. Se parte de la injusticia comprobada, revelada a nuestros ojos, con la protesta en el corazón y en la boca. Y por eso es la justicia la savia y la fuerza del anarquismo.

Y no es que también nosotros no admiremos esta cumbre. Ojalá todos pudiéramos, tras el desplazamiento de cuanto hoy nos bestializa —miseria, herencia, falta de serios estudios—, alcanzar ese estado de santos. Lograrnos en lo mejor que tenemos; que algo bueno tendremos... Precisamente, es en seres de esta altura que flamea nuestra esperanza y nuestro orgullo. Ellos son los ejemplos, las verdades que no nos pueden negar: ¡ahí los tienen; a eso se llega luchando por este ideal que es filosofía y arte, selección intelectual y hasta belleza física!

Pero, antes de eso, ¿qué hay?... Hay la lucha, la tragedia, la monstruosa realidad en que el pueblo se debate. Y hay, sobre todo, el peligro de no verla o, viéndola, no tomarla en cuenta, si nos preocupamos tanto de vernos y servirnos a nosotros. Por eso, entre estos dos extremos: lo alto y lo bajo, la bestia y el ángel, nosotros, militantes, nos quedamos con la acción, adentro del populacho.

Y esto será inculto, bárbaro; pero lo otro, en nosotros, sería gazmoño, infame.

Bakunin también pensaba, meses antes de morir, escribir un libro de ética.

Hubiera sido, sin duda, una bella obra. Esta clase de trabajos sólo se emprenden después que se ha vuelto el cabo. ¡Y qué itinerario el suyo! Aquel hombre todo impulso y frenesí, pasión y genio, serenado al fin como un lago entre crestas volcánicas, ¡qué solemne espectáculo! El torrente aquietado; la ola de vida sombría y aullante, esclarecida y calma, dejando ver al trasluz de su masa profunda,

peñascos negros, arenas de oro, montes de corales, pececitos de plata...

¿Quién puede ahora imaginar la riqueza en cosas tiernas y graves, dulces y airadas que se llevó a la tumba nuestro titán?... Quizás ahí esté el secreto de esos silenciosos llantos de sus últimos días, sin motivo aparente. El dolor de llevarse ese caudal intacto. Y el no sentir ya en las venas su alegre audacia diabólica para arrancarse la entraña y arrojarla a las gentes: ¡ved, tocad, oled: esto es un revolucionario!

En ese deseo incumplido, en esa nostalgia enorme, también le amamos. Lo amamos hasta en sus lágrimas. Sí; pero después del otro, siempre después del otro: del Bakunin que movió, a puñetazos y gritos, las más pesadas y negras piedras de la injusticia.

¡Bakunin! Su voz fue la primera voz que llegó hasta el fondo de la vida. Puso su boca en la boca de todos los abismos en que la humanidad ha ido rodando: en el crimen, el error, la esclavitud, el vicio. —¡Arriba, en marcha! ¡Justicia, Justicia!— Casi un siglo que viene ascendiendo, pero —¡al fin!— ya está aquí.

Son los proletarios; es el proletariado. ¿Qué le decís?...

Camaradas: no os llamamos a una clase ni a una casta. No tenemos en cuenta tampoco qué os determina a ser esto o lo otro. Deterministas a medias, fiamos en la voluntad sobre todo. Cuando decimos: los burgueses y las masas, los de arriba y los de abajo, lo que queremos recortar son posiciones. A favor o en contra de la Anarquía. Esto no es testarudez ni postura verbalista. ¡Ay! El que ha vivido sabe que, quien más, quien menos, todos estamos propensos

a girar un poco en blanco, más allá de nuestras capacidades. Sabemos, y nos cuidamos. No os traemos ensueños ni caprichos, sino concretos sociales. Ahí está el proletariado con su gran dolor desnudo, rencoroso o pasivo: debemos penetrarlo. Ahí está su trabajo, cuanto más triste y anónimo, más rico en posibilidades revolucionarias: debemos revelarlo. Ahí está toda su vida, clara, derecha, rotunda: de ella hay que saturarse. Ésa es nuestra cantera y nuestra mina. Hay que erguir lo proletario, que es la fuerza y la razón de la Anarquía —su piedra y su hierro— si queremos destacar un anarquismo recto y firme también, como de hierro o de piedra.

Comprendemos el encanto de lo burgués: su cultura, sus progresos, la fina y bien distribuida lubricación de su complejo engranaje. A pesar de que todo ello sea nuestra sangre, son nuestras lágrimas, hay a quien no le repugna, a quien hasta le encanta. Más, todavía: pretende encantar también a los proletarios.

Le decimos que no. Al hombre fuerte, anguloso y vasto que es el de abajo, todo eso le viene chico o le queda grotesco. Son pequeñas cosas que sólo encantan a las pequeñas almas. Acordaos de Wagner y el alcalde de Dresden.

Pero aunque le vinieran como pintadas, la radio y el auto, el pullman y el aeroplano, la novela en la mesa de luz y la banalidad en todas partes, sospechamos que se olvida todavía lo esencial: que la vida se conforma de adentro afuera, que confort es sólo aquello que se adapta a nuestro espíritu, y que cuanto ahora existe con este nombre, o como comodidad y belleza, es porque viene al pelo de los parásitos y a contrapelo de los trabajadores. Éstos deben, si deben cumplir un destino, crearse una civilización a su medida, o sin

medida. Se trata de una existencia articulada en poderosas pasiones para poderosas gentes. Se trata de proletarios contra burgueses, como, antes, de éstos contra feudales. Se trata de lo contrario, lo opuesto: de morir o ser advenedizos, o de llevar adelante la revolución por la Anarquía.

Y ésta ya viene; aquí está. No sólo en huelgas, motines, artes para las masas y rebeliones de estudiantes contra maestros, sino en algo que fue siempre, históricamente, el índice y el signo de todo vuelco social. Mientras aquello acontece, puede decirse que aún no aconteció nada. La paz reina en Varsovia.

Son los síntomas, pero todavía no son la cosa.

La cosa es cuando plantea problemas sin solución ni en la política ni en las concesiones. Cuando surge un hombre, o cien, que dirime los asuntos en clásico y en heroico. —¡Quiero! ¡Puedo! Y no sólo se lleva lo que quiere, sino que arrastra tras sí la admiración de los pueblos. Entonces es que otra moral ha nacido y que la vieja saltó como una cáscara rota desde adentro. Y ahora es eso.

Y aquí está.

Todos los períodos de inminencia catastrófica dieron estos espectáculos, que hoy se generalizan, profundizados, en el mundo: los llamados delitos o crímenes en sus más varias y emprendedoras militancias. Que nos duela o no —a mí no me duele nada—, fueron siempre los *bandidos* los precursores físicos de las revoluciones. En sus uñas y sus armas, su coraje y sus sarcasmos, esplendió el primer destello de toda nueva justicia. Y ahora es eso. Y aquí están.

Os hago gracia de daros a oler sus entrañas. Sabéis que son como las nuestras, no más, con más desesperación o más audacia. Lo que interesa es que acendréis su significado histórico. Vienen porque la revolución se ha puesto en marcha, porque sube de todos los abismos, porque fuimos nosotros a llamarla. ¿Quién se alarma, ahora, o le hace ascos?... Nosotros, no. Nosotros saltamos al medio de su corriente para afirmar la Anarquía, nuestro anarquismo de abajo, el de las masas, el proletario. ¡Adelante y adelante!

FRAGMENTOS

LA PATRIA

La patria, para los que no la amamos en esta expresión política de los patriotas, es el hogar, y de éste, lo que los sentimientos magnificaron románticamente. La querencia es nuestra patria. Rincón del mundo, pequeño como un pañuelo, en que tomaron calor de nido las audacias primerizas, los pensamientos humildes que son más luego las piedras básicas de las personalidades.

Salgamos de ahí, y la patria no aguanta un golpe de crítica sin venírse nos al suelo, cuarteada. Desde lejos, de otra tierra, extraños, cuando la idea necesita concretarse a un punto, a una síntesis primaria y consoladora, se ve claro esto.

La querencia es nuestra patria. Su tiranía es romántica, de recuerdo, magnificada en la carne. En ella están, desde la madre que nos late en la memoria como un viejo corazón, hasta el amigo que se nos enrosca en el pecho con sus brazos leales. Y entre esos dos polos, un mundo de pequeñeces queridas y añoradas. Y nada más.

La patria de los patriotas es muy otra. Edificada de afuera, contra nosotros, cada paso en su grandeza pisa en nuestra libertad, apunta el cañón de una tiranía a nuestros pechos. Conspira para anularlos más allá todavía de sus fronteras.

(Hijos de italianos) "La Protesta", 8—9—1915

La calle, la lucha, el deseo de aparecer en la arena, también listos y resueltos a todo evento, no pueden ser un motivo para negarnos. Si para actuar nuestras vidas es necesario empalidecerlas, olvidar fines y sueños, al demonio la actualidad, camaradas. Más vale pegarse un tiro.

(Anarquismo y anarquistas) "La Protesta", 19—12—1915

EL CRIMEN DE AYER

El crimen de ayer... ¡Ah, sí! Nosotros sabemos bien que en el cuerpo de la humanidad hay todavía cavernas, grutas y lúgubres hendiduras llenas de fieras; que somos como un planeta, del cual apenas algunos pocos audaces conocen sólo la costa, la playa, pero que conserva todo el interior inexplorado y salvaje. Y nosotros sentimos —no odio, no— piedad, dolor y vergüenza por aquella parte humana que mora y clama en la sombra.

El crimen de ayer... El crimen de ayer es, pues, tu crimen, mi crimen, el crimen de todos los que se sienten hombres. De todos, porque no fuimos capaces de redimir esa parte de nuestra naturaleza, limpiar esos eriales de víboras. Sí, sí, hermanito que matas, madre que descuartiza su nene, chico que robas llorando: perdónanos. Perdónanos de no haber ido a vosotros todavía con amor, con cultura, con verdadera justicia.

“El Libertario”, Nº 9, 7—8—1920

EL JUEGO

Jugar es decadente. Es darle beligerancia a una fuerza que todo hombre viril echa de sí cada vez más lejos: el azar. Poner en manos de la casualidad el destino. Hipotecarse a la suerte, al hado y a lo que salga. Sólo pensar que nuestra felicidad no depende de nosotros, de nuestro esfuerzo constante, audaz, ya nos repugna. Y a más que hay que tener el valor también de ser pobres, mientras la mayoría sea miserable. En esto, como en tantas otras cosas, ningún hombre de conciencia debe querer ascender mientras quede el pueblo abajo.

(Ladrones) "La Antorcha", Nº 9.

SINDICALISMO

El sindicalismo en sí no ha dado más que fracasos hasta ahora. Se ha engañado y nos ha mentido. Ni tenía la fuerza para la revolución, como creía, ni el amor a la libertad, como nos dijo. Era excluyente y sin ideales.

Partía de la esclavitud para llegar al predominio. ¡No amaba, no amaba!

Mientras fue un modo, no más, de defenderse los obreros de sus amos, un fenómeno social, un abrazo de la corriente, estuvo bien; cuando pretendió afirmarse, detenerse, ser la base de un nuevo ciclo histórico, una causa y una sociología, se ha perdido.

Las ideas anarquistas lo atacan y lo baten, no para destruirlo, sino para centrarlo de nuevo, ponerlo en su verdadero pie de una de tantas cosas que sirven a la libertad del hombre; no la única.

Grandeza, he ahí lo que le faltó, no en el fin, sino en el medio al sindicalismo; fervor por la causa humana; fe en la liberación total. Quiso ser fuerza, no más, y no supo que a donde no hay amor no hay potencia. No habló ni pensó nunca bien de los haraganes, los artistas

y los sabios. Era sólo para los trabajadores su paraíso. ¡Y no, no! De ser, tiene que ser para todos, ¡para todos!

No se abren ciclos históricos con ideales más pequeños que aquellos que les son contemporáneos. La cuestión no es obrera, sino humana; el trabajador es el hierro en la montaña, pero en ella hay también mármoles y granito y otros metales. El ideal grande, el que tiene el porvenir seguro, es el que todo lo abraza, lo ilumina todo y todo lo ama. ¡El comunismo anárquico!

“La Antorcha”, Nº 51

Lo que se aspira, lo que se sueña, es tan importante, por lo menos, como lo que se hace. La historia no alza cadáveres ni se nutre únicamente de gestos; perpetúa ideas, alumbra definiciones. Lo que pasa de pueblo un pueblo, de siglo en siglo, no es sólo el cálido oleaje de la sangre de los mártires, sino también el concepto, cada vez más alto, cada vez más amplio, de la libertad humana.

“La Antorcha”, Nº 88

El pensamiento de una virilidad; una fuerza que vive alerta, que no cae en ninguna trampa ni tradicional ni contemporánea. No hay mujer, sea la gloria, la madre o la amada, que le ciña el cuello y lo avasalle. Podrá apareársele, seguirlo, ungirle como la Magdalena los pies al Cristo, pero domesticarlo y tenerlo a su servicio, ¡nunca!

“La Antorcha” Nº 45

Se olvida fácil y a cada rato que la anarquía no es una consecuencia, sino un principio; no es una deducción, sino un ideal de fondo; no nace en dadas etapas de progreso o retroceso, sino en la misma eterna vida. Se espigan las resultantes burguesas, que han de ser, lógicamente, contrarias a la libertad humana, cuando lo que debería espigarse son las posibilidades de ser libres, aun cuando todo, determinismo o realidad histórica, estuviera en contra. Pues no es política lo que hacen los anarquistas, sino filosofía.

No nos interesa nada adonde marche o regrese la economía contemporánea, pues de antemano sabemos que ella será consecuente al derrotero inicial, que es siempre una sujeción al dios, al rey, al amo. No podemos, ni aun forzando nuestra buena voluntad, avizorar panoramas libertarios, sobre campos roturados y sembrados por esclavos. Que tal sucede con el progreso actual de la ciencia, de la industria, de las artes.

Y esto no es ir ni volvernos contra la luz o la higiene o el maquinismo; no es saltar a la caverna o a la vida nómada; no es no lavarnos la cara o viajar a pie o a nado. Es solamente querer, antes que todo y por siempre, la libertad; partir de la libertad; no asentar ningún problema sino sobre este pizarrón ardiente: la libertad. Y es de ahí que parte, que crece, que difunde entre el pueblo el comunismo anárquico.

El industrialismo, en cambio, se afirma en esta premisa, de cuño absolutamente marxista: lo actual es bueno, sino en lo que es, en lo

que podemos hacerle parir. Prolonga al bien, lo que hoy es mal; da por cierto y aceptado que el progreso burgués debe abortarnos al fin el progreso humano. Es evolucionista, en una palabra.

“La Antorcha”, Nº 131

El hombre no es solamente egoísmo. Dentro de él, y por arriba, latente e imponderable, como razón y nostalgia, hay su inquietud y su ideal de lo noble y de lo justo. Y a ello debemos lo mejor que hay en la tierra: la ciencia, el arte, el trabajo. De esa generosidad, que está también en su sangre, vivimos más que de pan. O, por lo menos, tanto. Aquello es su tragedia, su círculo; ésta es su espiral, su drama. Juguete de lo económico, que él mismo crea, o determinante de su destino, que debe crearse: he aquí el dilema que, cada vez más agudo y rotundo, planta una guerra a muerte entre autoritarios y libertarios.

De “Extranjeros en España”, *La Obra*, Nº 24

Ayudar es ayudarse. El esfuerzo que se pone en la obra revolucionaria, no cae a un pozo, sino que se alza y se suma a un impulso de la vida. No muere tragado por el vacío, sino se alarga y se aclara en el torrente idealista. Es la gota de que está hecha la ola, la piedra que tiene en pie la montaña, seamos conscientes de esto para que nuestra alegría de hacer aun más humildes cosas por la Anarquía –escribir un manifiesto, pegar un grito, repartir un folleto o un periódico– no decaiga renazca siempre.

No es el caso de ponerse este dilema enfrente: o todo o nada. Todo no se puede, compañeros; nada es la muerte. Algo, algo cada día, cada hora es lo que vale, lo que cuadra a la planta en la tierra, al monte en la altura, al hombre en la batalla. Hagamos algo, pues.

“La Antorcha”, Nº 304

Ocho conscriptos fusilaron a dos criaturas de Avellaneda. Los mandó el mayor Rosasco. Sobre dos pechos inermes, abrieron ocho bocas de las que saltaron ocho salivazos rojos. Las escupidas calientes no cayeron en la tierra ni en el aire, sino en las frentes de esos ocho soldados. Son también ocho balazos de los que llevarán las cicatrices mientras vivan.

Sí. A poco que lo mediten, verán que ellos están también acribillados; acribillados de desprecio público, de indignidad humana, de asesinato alevoso.

Que está tan muertos para el amor y la paz entre los hombres, como los dos muchachos que fusilaron. Y que el fusilador de todos fue ese mayor Rosasco.

“La Antorcha” Nº 302

Las revoluciones de fondo y de magnitud sociales no sólo desatan fuerzas que no previmos; son, una vez desatadas, ingobernables. No oyen más voz ni atienden más directivas que las que interrumpen las bocas amordazadas por siglos, y que ahora gritan lo más bajo y lo más alto que tiene el hombre; una salvaje mistura de barro y luz, amor y odio. Son cataclismos. Como no puede preverse hasta dónde un terremoto va a destruir todo lo creado y aflorar todo lo inédito, tampoco puede preverse lo que una revolución va a ahogar en sangre o va a crear en sangre. Lo único previsible es esta paradoja grotesca y trágica: los primeros que bandean son los que envejecieron labrando el cause y el plan para contenerla. Kropotkin constató esto, y así lo escribió días antes de su muerte. Su vieja Rusia paría una Rusia nueva que desbordaba todas previsiones. ¿A qué hablarle, si no oiría? Y aunque oyera, ¿acaso podría entenderle? Esto apunta para su mujer y su hija que le instan para que diga la palabra de su ciencia entre aquella desaforación de los instintos. ¡Cuánto dolor resuma esas carillas postreras que le recoge en un libro Ricardo Baeza!

Entonces, ¿nada? ¿Queremos decir con esto que está demás cuanto se haga como balance o arqueo del *Debe* y el *Haber* sociales? ¡No! queremos decir que todo, no sólo en ese renglón de la economía, en filosofía también, y en arte, es necesario plantearlo con ese otro hombre a la vista: el de la revolución; revolucionariamente. De lo contrario, si giramos lo que extraemos

de una realidad burguesa, ello nos dará soluciones de su misma esencia y corte. En economía, y en todo.

De “Moler bien y para todos”, *La Obra*, Nº40



BIOGRAFÍA

Nació Carlos Rodolfo González Pacheco, según registra su partida, el 9 de agosto de 1882. Ni alumno modelo ni chico desdichadamente modoso, que hacen la delicia de ciertos padres, su infancia se deslizó traviesamente entre sierras y valles, los de su Tandil natal. De sus travesuras da algún reflejo el cartel “La Plata” y de su contracción a la escuela el cartel “Dolores”: “¡Eran tan tristes las clases! Nos salvamos gracias a esto. Y hoy sabemos que la vida es grande...”

Seguramente afecto a la lectura desde la adolescencia, apenas mozo fue ganado por el anarquismo, que imantó para siempre su pensamiento y su vida.

Y empezó a hablar a sus copoblanos desde una tribuna —lo cuenta era la *Conferencia “Santa Cruz”*— a principios del siglo, antes que, si no a escribir, a publicar. Porque debió haber gastado algunas plumas quien lo hacía con tan firmes rasgos desde sus primeras publicaciones. *Rasgos* titulábase, precisamente, su primer libro, de prosa y verso, editado en 1907. Rasgos eran.

Ya colaboraba en nuestros periódicos y pronunciaba arengas en los mítines.

Los viejos lo observaban con complacencia; con entusiasmo lo escuchaban o leían los jóvenes. Era un valor nuevo, activo y original. Y, para mejor, propagandista —escritor y orador, no escritor, literato ni orador— divo, que tanto proliferaban entonces entre los avanzados.

“Lo que cubría el horizonte, brotaba hasta sobre los mármoles de las mesas, con una fuerza de maciega del trópico, tapando la realidad como una glorieta el sol, era la literatura...” “Todos eran anarquistas; como si escribir fuera, no más, ser eso. Mas no por lo que esta idea, doctrina o temperamento lleva en su tuétano como latido cordial, fiel a la libertad y fervoroso de la justicia, sino por su irradiación externa, disonante, huracanada, épica...” “Os hago gracia del recuento y del recuerdo de cuantos eran entonces dinamiteros del verbo —*explica Pacheco en su conferencia sobre Ernesto Herrera*—. No hay que ser cruel nunca y hay que creer en la sinceridad de los

jóvenes siempre..." "Y en este ambiente falso, verbal, pintado, apareció Herrerita."

Así apareció también Pacheco, en un contraste que los años fueron acentuando. Igual había pasado en España, en la ampulosa y retórica literatura finisecular, contra la que reaccionó la llamada generación del 98. Pero allá eso no ocurría entre los avanzados, ni menos entre los anarquistas, cuya prosa tomaba diapasón en Salvochea y Lorenzo, en Mella y Tárrida del Mármol, en Prat y Pellicer Paraire, autor este último de las admirables *Conferencias Populares sobre Sociología* y creador, en Buenos Aires, del Instituto de las Artes Gráficas.

A poco lanzaría con Antillí, en San Pedro, *Germinal*, el primero de la brillante serie de periódicos que dieron, en gran medida; la tónica de la prensa anarquista del país. Y luego *La Mentira* (órgano de la patria, la religión y el Estado), con Federico A. Gutiérrez (el oficial de policía a quien el viejo Ragazzini había *contaminado* de anarquismo en sus frecuentes estadas en el Depósito de Contraventores; periodista de talento y buen poeta que había popularizado el seudónimo, Fag Liber, con que firmaba sus colaboraciones en *La Protesta* y el valioso libro *Noticias de policía*). Más luego apareció *Campana Nueva*, con Antillí, al que siguió el vespertino *La Batalla* (*La Protesta* aparecía de mañana), promovedor de la gran campaña del Centenario contra la Ley Social y la de Residencia, que soliviantó a los obreros y congregó mítines nunca vistos en la Argentina. Extraordinaria fue también la represión que se desató: cerrojazo general a toda la prensa y las organizaciones nuestras, detenciones en masa, deportaciones, además de las infaltables torturas. Pacheco

fue a parar, con muchos compañeros más, al presidio militar de Ushuaia. Sus recuerdos de entonces integran un capítulo de este libro.

A todo esto, conferencias por todo el país, en plazas, locales obreros y salones. Y controversias. Su verbo acertaba con la vena de lo genuino, ganando en profundidad, eficacia y belleza. Al par, su prosa se iba afinando, al adquirir, con el dominio de la dinámica de su estilo, precisión y serenidad, mayor concisión y más riqueza. La plétora de ideas se echa de ver siempre, remansada ahora en ritmo menos áspero, aunados el pensador y el poeta en el feliz logro.

Antes sólo era intensidad; ahora es también dirección, la que “constituye asimismo una fuerza, y no tan sólo la intensidad”, como dice Barrés, citado por Barrett. Así logra sentido y conciencia de su fuerza y, con ella, mayor responsabilidad.

Vuelto de Ushuaia, con Foppa sacó *Libre Palabra*, y después *El Manifiesto*, con Antillí, que dejó para irse, siempre en propagandista, a México y Cuba, y atravesar el charco hasta España. Estuvo de regreso en agosto de 1914, y entró en la redacción de *La Protesta*.

Antillí, su camarada—amigo de siempre, purgaba desde fines del año anterior una condena de tres años, por la Ley Social, a causa de un artículo sobre Radowitzky, en el cuarto aniversario de su atentado. Terminada en 1916 la condena de Antillí, él y Pacheco reanudaron, con *La Obra*, la línea de sus notables periódicos. Por esa época, con más intensidad que anteriormente, recorrió el país en giras de conferencias, con breves descansos entre una y otra y las

interrupciones motivadas por el estreno de sus obras de teatro, iniciadas con *Las Víboras*, en septiembre de 1916.

El 5 de mayo de 1919, a cuatro meses de la “semana trágica”, un edicto policial sobre publicaciones anarquistas las clausuró: *La Protesta*, *La Obra...* todas. Pero a menos de tres meses de esa fecha, la gente de *La Obra* quincenal, con el concurso más activo de Ánderson Pacheco y Bianchi, sacaron *Tribuna Proletaria*, diario de la mañana nada menos, con el que se libró triunfalmente la batalla contra la desviación de la llamada dictadura proletaria, como se había debelado antes la débil desviación guerrerista y la incursión camaleónica. La actuación de Pacheco fue, en todos los casos, relevante.

Y entre campañas de conferencias a lo largo y a lo ancho de la Argentina, viajes a Montevideo en actividad militante y fructuosas giras a Chile, en 1923, y en 1924 al Paraguay, donde lo sorprendió el ciclón de Villa Encarnación, en el que dio pruebas de su entereza bajo las furias de la naturaleza, como las diera siempre bajo las furias de los sicarios del Estado; entre periódicas detenciones, la más larga bajo Uriburu, que aprovechó para escribir *Juana y Juan*, y una condena a seis meses, en 1926, por un artículo sobre Wilckens de que se hizo cargo, que no cumplió pues prefirió veranear para no agarrar viaje, mantuvo su colaboración en *El Libertario*, *La Antorcha* y otra vez *La Obra*.

¡Cuán intensa vida en una vida! Y de qué calidad.

Al recibir la noticia de los levantamientos rusos de 1905, Reclus exclamó alborozado en su lecho de moribundo: ¡Al fin! No fue

entonces. Cuando la revolución española de 1936 –la más grande y profunda tentativa revolucionaria de la historia–, Pacheco partió para España. ¿Al fin? Pero tampoco fue entonces. De su experiencia habla uno de los capítulos, fruto de una madurez pletórica y depurada. De allá volvió a reanudar su actividad de siempre, para morir, casi doce años después, años de difícil militancia, el 5 de julio de 1949. Y ahora, con estas ediciones, sus letras vuelven a reanudar la batalla de toda su vida.

ALBERTO S. BIANCHI